

Conciencias

Pensar la TRANSFORMACIÓN



LA 4T ANTE SUS DESAFÍOS

ANDRÉS ARAUZ | KARINA OCHOA | ATILIO BORÓN | SOL MAGNO | ENRIQUE DUSSEL |
TANIA SÁNCHEZ | JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO | VERÓNICA GARCÍA | JOSÉ MUJICA |
JUAN CARLOS MONEDERO

morena

IN
FP INSTITUTO
NACIONAL DE
FORMACIÓN
POLÍTICA

1

Junio, 2021

Debate teórico para la revolución de las conciencias

La revolución de las conciencias no puede avanzar sin un debate teórico de fondo. Toda gran transformación necesita de un intenso intercambio de ideas. No se puede concebir la Revolución Francesa sin los filósofos de la Ilustración (Voltaire, Diderot, Rousseau y Montesquieu); el liberalismo mexicano del siglo ^{xix} floreció gracias a los artículos publicados en la prensa liberal de combate; las grandes revoluciones sociales de principios del siglo ^{xx} se cristalizaron, en gran medida, por los textos de intelectuales anarquistas (como Flores Magón) o marxistas (como Lenin o Trotsky) y los Estados de Bienestar de la posguerra tuvieron grandes maestros del pensamiento, entre ellos Sartre, Foucault, Marcuse, Althusser o Mandel.

En la era neoliberal las preocupaciones humanistas cedieron paso a los intereses de la bolsa de valores, algunas de las mentes más brillantes se pusieron al servicio del poder económico y el debate teórico cayó a niveles vergonzosos.

La Cuarta Transformación de México inició gracias a la revolución de las conciencias y forma parte de una gran oleada progresista latinoamericana que se ocupa de temas que son cruciales para el futuro de la humanidad. Para que la revolución de las conciencias se profundice, estamos obligados a hacer una reflexión rigurosa acerca de los retos que enfrenta el mundo tras la barbarie neoliberal.

En este primer número de *Conciencias*, la revista teórica del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), presentamos las reflexiones de José Mujica, expresidente uruguayo, sobre el impacto del neoliberalismo en la ecología; un ensayo del escritor venezolano Luis Britto acerca de los retos del orden posneoliberal; las observaciones que hace el exjefe del gobierno español José Luis Rodríguez Zapatero sobre las tareas que enfrenta la izquierda ante la comunidad política global; un texto del pensador argentino Atilio Borón respecto a la geopolítica en el mundo actual; Andrés Arauz, brillante político ecuatoriano, problematiza sobre las posibles soluciones a los grandes problemas del mundo actual; y el gran sociólogo español Juan Carlos Monedero diserta sobre los problemas del partido-movimiento.

Para este número también hemos preparado un *dossier* en el que los filósofos Enrique Dussel, Ramón Grosfoguel, Karina Ochoa y Rafael Bautista nos hablan de descolonización y transmodernidad. Finalmente, incluimos una serie de reflexiones sobre la izquierda y los feminismos.

RAFAEL BARAJAS



morena



MORENA

Presidente: Mario Delgado Carrillo

Secretaria general: Citlalli Hernández Mora

Secretario de comunicación: Cuauhtémoc Becerra González

Secretario de formación política: Enrique Dussel Ambrosini

INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN POLÍTICA

Presidente: Rafael Barajas Durán

Coordinación académica: Juan Carlos Paizanni

Miembros del consejo interno

Armando Bartra, Blanca Montoya, Consuelo Sánchez, Elvira Concheiro, Enrique Dussel, Felipe Ávila, Héctor Díaz Polanco, José Gandarilla, José Valenzuela Feijóo, Karina Ochoa, Katya Colmenares, Paco Ignacio Taibo II, Paloma Saiz, Pedro Miguel

Miembros del consejo consultivo

Aldo Guevara, Bernardo Cortés, Cristina Cavalcante, David Pérez, Fernando González, Haydeé Bravo, Jorge Alberto Reyes, Leduan Ramírez, Marco Antonio García, Omar Alonso, Perla Valero

REVISTA CONCIENCIAS

Consejo editorial

Aldo Guevara, Diego Matus, Juan Carlos Paizanni, Katya Colmenares

Editor: David Antonio Pérez Nava

Corrección: Carlos López

Revisión: Mariana Gutiérrez González y Juan Carlos Aguilar

Diseño editorial: Paola Rodríguez

Portada: Ana Lilia Viveros Cázares

Obra gráfica: Ana Lilia Viveros Cázares

Sitio web: www.revistaconciencias.mx

www.infpmorena.mx

Las y los autores ceden a la revista *Conciencias* del Instituto Nacional de Formación Política los derechos de reproducción y distribución de sus artículos para su divulgación en todos los países del mundo, en formatos impreso y digital; sin embargo, la responsabilidad por lo expresado en los artículos, reseñas y obras visuales es estrictamente de ellos.

LOS RETOS DE UN MUNDO POSNEOLIBERAL

Los gobiernos progresistas frente al neoliberalismo: desigualdad y desafío ecológico José Mujica	6
Los retos de un orden posneoliberal Luis Britto	8
Geopolítica para un mundo poshegemónico y tripolar Atilio Borón	9
El internacionalismo de izquierda y la comunidad política global. Retos y tareas José Luis Rodríguez Zapatero	11
Ante grandes problemas, soluciones audaces Andrés Arauz	14
El partido-movimiento y la ruta hacia un mundo más allá del neoliberalismo Juan Carlos Monedero	17

DESCOLONIZACIÓN Y TRANSMODERNIDAD

Descolonización de las conciencias y formación política. Diálogo con Enrique Dussel	22
Descolonización, gobiernos progresistas y extractivismo epistémico. Diálogo con Ramón Grosfoguel	28
Feminismos descoloniales y horizontes utópicos. Diálogo con Karina Ochoa	34
La descolonización de la formación política. Diálogo con Rafael Bautista	40

FEMINISMOS A LA IZQUIERDA

Feminismos a la izquierda en América Latina. Luchas hermanas y retos comunes Andrea Ávila, Verónica García, Sol Magno y Tania Sánchez	50
Convergencias entre las demandas de las mujeres y el proyecto de la 4T. Análisis de coyuntura Tania Arroyo, Daniela Campero, Violeta Vázquez-Rojas y Yazmín Ugalde	60

**LOS RETOS
DE UN MUNDO
POSNEOLIBERAL**



Los gobiernos progresistas frente al neoliberalismo: desigualdad y desafío ecológico

José Mujica

Eso que se llama neoliberalismo de *neo* no tiene nada, pues no es otra cosa que una viejísima propuesta que poco tiene que ver con la democracia; tiene que ver con la economía, pero han teñido las cosas de tal manera que parecería que el liberalismo y la democracia son dos caras de la misma moneda. Pero, la práctica y la experiencia han demostrado que cuando el liberalismo económico se siente en dificultades no tiene ninguna clase de prejuicio en desprenderse del liberalismo político.

Estamos entrando en una época desafiante, con una explosión tecnológica. La pregunta es si la inteligencia artificial trabajará para la liberación del hombre o si será un instrumento de su sometimiento.

Este neoliberalismo, que no tiene himno y que no tiene bandera, viene con otros acicates, como el desarrollo espeluznante de la empresa transnacional, que actualmente significa dos tercios del comercio mundial y que tiene un peso creciente en las decisiones políticas. Porque toda concentración económica significa, a la postre, influencia política determinante.

El otro signo de nuestra época es la creciente desigualdad que comienza con las reformas fiscales conservadoras de la década del 80 y que en términos redondos significó prácticamente la mitad de lo que se pagaba entre 1932 y 1980. El alivio fiscal, impulsado por el gran capital, empujó en forma espeluznante la concentración de la riqueza. La empresa transnacional creó el basamento de este mundo globalizado y necesita que se tomen medidas a su favor. En América Latina, particularmente, hay un acorralamiento de las burguesías nacionales que tienden al rentismo, porque lógicamente

no pueden competir con el peso del capital transnacional; no sólo tenemos capitalismo, sino que tenemos parasitosis. Hay cosas que son inexplicables. Nuestro país tiene 24 mil millones de dólares que no se colocan en Uruguay. Lo que tenemos por delante en términos de transformación es una épica.

El progresismo en América Latina ha logrado algunas mejoras en el reparto, pero no ha cambiado lo esencial. Tenemos que luchar por revalorizar el concepto del Estado, impulsar un Estado responsable de las cuestiones sociales, porque se puede poner en duda el porvenir de la humanidad respecto a la evolución del capitalismo. Pero hay una humanidad real, inmediata, que nos obliga a pelear, aunque no sea más que para mitigar el sufrimiento en nuestra América. Sería una inmoralidad comer, dormir bien, leer y pertenecer a los círculos de clase media relativamente acomodada y despreocuparse de la suerte de las grandes masas en nombre de un hipotético cambio que algún día vendrá, por eso tenemos que luchar con todas las limitaciones, porque la vida es una y se va.

En primer lugar, debemos tener claro que hay que pelear por revalorar el papel que cumple el Estado en una sociedad; en segundo, tenemos que trabajar en la construcción del propio Estado; en tercero, tenemos que garantizar la construcción de bienes públicos; y en cuarto lugar, entender que la fiscalidad en una sociedad es una herramienta no sólo de lucha, sino de transformación.

No es posible esta actitud fiscal regresiva que está determinando que, en los hechos, los más fuertes económicamente paguen menos, o que las multinacionales, para asentarse en nuestros países, exijan e impongan condiciones que significan costos gravosos para nuestras sociedades, como la incapacidad de competir, aun en cuestiones elementales de nuestras formas de economía.



Necesitamos estados fuertes que gasten mucho en enseñanza, que puedan invertir mucho en investigación y para eso creemos que tenemos que aprender de algo que está pasando lejos de nuestro territorio. El Estado no debe quedarse sólo con los recursos de la fiscalidad, sino que tiene que transformarse en socio con determinadas actividades económicas y cobrar dividendos, hay que poner al capitalismo a cuidar los medios del Estado para que los multiplique, porque de lo contrario el techo fiscal de nuestros recursos no nos permitirán hacer frente a las dificultades sociales que existen. Creo que si China lo está haciendo, con mayor razón los tenemos que hacer nosotros, los subdesarrollados. Si el Estado tiene dificultades para ser gestor porque se burocratiza, el Estado puede ser un banco inversor junto al capital privado nacional, dando la espalda y recogiendo dividendos. Ésta es una idea que hay que pelear primero en la cabeza porque con Estados pobres no podemos tener políticas sociales, políticas de enseñanza, políticas de sanidad.

Mientras que el mundo rico está envejeciendo luego de ser rico, nosotros estamos envejeciendo siendo pobres. Nuestro punto de partida es diferente, nuestros desafíos son distintos. Tenemos que utilizar también el capitalismo para que nos aporte recursos. No se trata de pedirle al capitalismo lo que jamás va a hacer, porque los problemas sociales no son del mercado, son de la sociedad, el mercado jamás los va a enfrentar.

Por otra parte, el desafío ecológico que está trazado por delante también nos obliga a pensar. La izquierda y el mundo progresista tienen que encabezar una revolución de carácter cultural. Es mentira que la humanidad puede seguir despilfarrando para acumular riqueza y que al planeta no le pase nada. No es posible sostener la contradicción entre la vida que llevan las masas africanas o el

pueblo estadounidense y la Europa rica. El mundo no resiste semejante despilfarro, no quiere decir que no existan recursos para que se pueda vivir con dignidad. Hay recursos, pero necesitamos un cambio de conciencia.

Hay una batalla que es de carácter cultural. La sociedad consumista es la mayor barrera que tiene el capitalismo hoy, porque está metida en nuestra casa, en todas partes, en nuestras relaciones subjetivas. Si la izquierda quiere cambio, tiene que darse cuenta de que si no cambia la cultura no cambia nada. Porque estamos esclavizados por un sistema que nos determina al dios mercancía. Por lo tanto, hay primero una batalla en lo inmediato, que implica luchar por mitigar, y es lo que hacemos, pero también hay una batalla de largo plazo que significa un cambio civilizatorio. En la izquierda no podemos soñar con cambiar el capitalismo si no empezamos por cambiar los valores que mueven nuestra conducta y nuestra cabeza. Esto es mucho más profundo de lo que parece, y como tal significa un compromiso de construcción política porque los esfuerzos son colectivos. Los líderes no cambian la historia, quienes la cambian son las grandes filas de indios, por eso hay que construir fuerzas políticas y como tal revalorar el Estado y comprometer la vida en esta causa. ◉



Los retos de un orden posneoliberal

Luis Britto

El sistema que ha tenido éxito en acumular más de la mitad de la riqueza del mundo en el 1 por ciento de la población, también ha tenido éxito en privar a las inmensas mayorías de educación, medios de vida y cuidados médicos. En América Latina y el Caribe, triunfos electorales y contundentes movimientos sociales ponen en evidencia la caducidad, no sólo económica y social, sino también política del orden neoliberal. Por eso, los retos de un orden posneoliberal son los siguientes.

En lo ecológico, detener el calentamiento global y la contaminación; racionalizar el uso de recursos naturales y preservar el equilibrio ecológico planetario; controlar o vetar, según el caso, la manipulación genética de organismos vivos; y detener la privatización de las aguas y la destrucción de los pulmones vegetales del mundo.

En lo social, en lugar de destruir los excedentes económicos, aplicarlos para desterrar el hambre y la pobreza del planeta; eliminar de manera efectiva todas las barreras de discriminación social, étnica, cultural, de género o de cualquier otra índole; aplicar el ahorro de trabajo de la automatización a la disminución de la jornada de trabajo y no para incrementar el desempleo.

En lo económico, colocar bajo control social los principales medios de producción y planificar la economía en función de las necesidades sociales; reivindicar el derecho a proteger las economías nacionales, reestructurar integralmente los sistemas tributarios, con aplicación efectiva de principios de territorialidad y progresividad y proscripción de paraísos fiscales, así como reestructurar los sistemas monetarios en función del efectivo respaldo de las respectivas divisas. Además,

regular o proscribir la especulación financiera que produce dividendos ficticios; remitir la deuda pública impagable que devora la producción de la mayoría de los países; proscribir la aplicación de bloqueos y de mal llamadas sanciones para intervenir en la política y dañar a las poblaciones de los países víctimas.

En lo político, reestructurar los modelos electorales a fin de que permitan la efectiva y transparente expresión de la voluntad de las mayorías. Constituir gobiernos que respondan a las demandas y necesidades del pueblo y no a las del gran capital. Implantar el control previo, concomitante y posterior informatizado en tiempo real de las actividades financieras públicas y privadas.

En lo estratégico, reducir el gasto mundial en armamentos, que incentiva conflictos en lugar de prevenirlos, e instituir la progresiva cooperación de los ejércitos en tareas pacíficas de interés colectivo. Proscribir el uso de mercenarios, paramilitares y asesinatos selectivos en los conflictos y en tiempos de paz. Disolver las alianzas militares que en realidad ejercen como instrumentos de injerencia y ejércitos de ocupación en los países donde operan.

En lo internacional, reestructurar las organizaciones existentes o crear otras nuevas que no sean instrumentos de unipolaridad imperial. Incentivar las alianzas de países históricamente agredidos y explotados. Culminar los procesos de descolonización de los pueblos.

En lo cultural, reconocer de manera efectiva el derecho universal a la educación. Aplicar el aparato mediático de las industrias culturales para la educación y la difusión de conocimientos científicos y estéticos. Invertir los recursos ahorrados en la reducción de armamentos y la proscripción de especulaciones en la investigación científica, la educación y la creación cultural. ◉



Geopolítica para un mundo poshegemónico y tripolar

Atilio Borón

No es para nadie un misterio que hoy el mundo se encuentra en un punto de inflexión. Estamos ante un parteaguas histórico que ya se venía gestando con el fracaso de la así llamada revolución neoconservadora, personificada en las figuras de Ronald Reagan, Margaret Thatcher y Juan Pablo II, a quienes algunos también agregarían, ya que bastante tuvo que ver en todo esto. En realidad, esta revolución neoconservadora fue una restauración del liberalismo, tal como dijo el expresidente Pepe Mujica. Se trata de algo que ya habíamos conocido, originado a principios del siglo xx y que desembocó en la Gran Depresión de 1929, sólo que ahora, bajo el influjo engañoso del prefijo *neo*, aparece como una novedad, como una cosa innovadora, cuando no es sino la repetición condenada, como en su versión original, a producir una de las más graves crisis económicas de toda la historia.

La llamada revolución conservadora fue la venganza del capital contra la clase trabajadora que se concretó con el debilitamiento de los derechos sociales, laborales y previsionales que se habían conseguido durante los años del capitalismo keynesiano, que funcionó sobre la base de un poderoso movimiento sindical y social de izquierda que impulsó aquellos cambios que serían rechazados después por los sectores dominantes, produciendo con ello una escandalosa involución democrática que convirtió a muchos de los regímenes que se arrogan ese nombre (el de democráticos), en irritantes plutocracias que concentraron la riqueza y los ingresos en una escala jamás conocida en la historia de la humanidad: nunca hubo un 1 por ciento con tanta riqueza; a esto hay que agregar la agresión salvaje a la naturaleza, la destrucción de

los lazos sociales y la integración social, y el vaciamiento del proyecto democrático.

La pandemia del coronavirus no es la causa de la actual crisis, como a veces escuchamos, pero sí tuvo dos efectos importantes sobre ella: aceleró sus tiempos y profundizó sus peores impactos, como estamos viendo en los Estados Unidos, que ya se venían arrastrando desde la crisis de la mal llamada hipoteca subprime de 2008. Todo esto precipitó el derrumbe definitivo del paradigma neoliberal. Sin embargo, el que lo digamos nosotros es bien sabido (y hace tiempo que lo venimos diciendo); pero que ahora también lo sostengan los tecnócratas y economistas asesores del Foro Económico Mundial de Davos, es lo auténticamente importante. En sus documentos hablan de la necesidad de reiniciar el capitalismo, pero este proceso de reiniciación (al modo de un ordenador que se pasma) tendría un actor protagónico que es el Estado, debido principalmente —según sus propias palabras— al fracaso monumental de los mercados al no garantizar el crecimiento económico y la sustentabilidad política y ecológica del capitalismo a largo plazo. Es por esto que hablan sin pudor de un *state-led capitalism*, o sea, un capitalismo conducido por el Estado, una cosa insólita que no habíamos escuchado en ellos nunca antes, pero que ahora, ante el derrumbe generalizado que ellos mismos certifican y que reproducen en el *Financial Times*, *The New York Times* y en los principales medios del capital financiero mundial, parece serles evidente y los obliga a pensar en la necesidad de un Estado fuerte. De alguna manera están insinuando que su modelo será como ese capitalismo autoritario de Singapur, duro en materia cultural y social, pero muy liberal en relación al manejo de la economía.

Ahora bien, en este verdadero parteaguas civilizatorio, México y América Latina jugarán un papel de gran trascendencia. Somos vecinos, nos guste o



no, de la superpotencia estadounidense, cuya declinación (pronosticada por sus más lúcidos estrategas desde hace más de una década) ha sido desoída por el *establishment*, pero que es tan inexorable como irreversible. Donald Trump fue una reacción brutal ante esta situación. Joe Biden, por otro lado, reaccionará de alguna manera más suave, pero con el mismo objetivo en mente; lo ha dicho así en un artículo que publicó en *Foreign Affairs* en los meses de marzo-abril de 2020: hacer que Washington vuelva a ser quien detente el liderazgo en el mundo. Lo dice textualmente: «Washington tiene que sentarse otra vez en la cabecera de la mesa donde están los demás países»¹. Y ese es un diagnóstico equivocado, pues en realidad ya estamos transitando hacia un mundo poshegemónico tripolar, en el cual el antiguo hegemón mundial, que era Estados Unidos, está siendo desafiado por el arrollador crecimiento económico y tecnológico de China y por el retorno de Rusia a las grandes ligas de la política mundial.

En el caso de China, lo más importante no es tanto el crecimiento de la economía sino la extraordinaria expansión de sus vínculos internacionales, que han hecho de ese país el principal socio comercial o financiero de 144 países. Esto jamás había ocurrido, ni en el apogeo de la hegemonía estadounidense. Pero además de esto, China tiene a su favor otra cosa: una fenomenal inversión en educación superior y en todos los niveles, en ciencia y tecnología; lo que le permite tener un número superior de patentes en tecnología 5G, 6G e internet de las cosas, muy superior a la que llegó a tener en su momento Estados Unidos. Ésta es la razón por la cual hay nerviosismo en el *establishment* estadounidense, y no porque China prevalezca debido a salarios baratos, lo cual es un mito, ya que en el país asiático, en algunas ramas del sector industrial, el salario medio del trabajador equivale al salario medio del trabajador industrial en Portugal, que es un país de la Unión Europea. El desarrollo tecnológico formidable de China es una de sus grandes ventajas.

Este mundo a reconstruirse después de la pandemia, así como el desplome del orden económico neoliberal, hará que Estados Unidos trate de capear este temporal replegándose sobre su retaguardia estratégica latinoamericana y caribeña. Esto significa que se reforzarán los mecanismos de control político, económico y militar sobre nuestros países; que continuarán las campañas de desestabilización en contra de gobiernos que no se subordinen ante los mandatos de Washington; tampoco se pondrá fin a los bloqueos en contra de Cuba, Venezuela, Nicaragua o Irán, que constituyen crímenes de lesa humanidad que no podemos olvidar. Habrá, en todo caso, algunos cambios en los modales de Washington y en los énfasis puestos en las diferentes tácticas; por

ejemplo, apelar más al poder blando que al duro, que es el que suele plantear la derecha más radical. En América Latina no cabe esperar ningún cambio político profundo durante la administración Biden.

En este nuevo escenario internacional tripolar en el que además emergen otros países (hay que empezar a tomar en serio, por ejemplo, la gravitación de la India en los asuntos mundiales), hay signos de cambio muy importantes. La elección de Andrés Manuel López Obrador en México fue uno; la elección de Alberto Fernández fue otro; el triunfo del MAS en Bolivia es muy importante porque avanza en esa dirección; lo mismo los procesos de convulsión y derrumbe que se están experimentando en los países del litoral Pacífico latinoamericano: en Chile, Perú, Ecuador, Colombia, incluso en Guatemala, los pueblos se declaran en franca rebeldía con movilizaciones muy vigorosas en contra de los restos de este viejo orden neoliberal. Todo esto, mientras Cuba y Venezuela resisten heroicamente el vendaval.

En este contexto, México seguirá siendo —por un imperativo geográfico, económico, político y cultural— el país más importante en el mundo para los Estados Unidos. Y esto tenemos que tenerlo muy claro: más importante que México no hay para la política exterior de los Estados Unidos. Por lo tanto, nosotros tenemos que solidarizarnos con la lucha de México por su autodeterminación, por la defensa de su soberanía, por sus avances sociales, por la 4T, que son más amenazadas que nunca por la administración estadounidense. Necesitamos que México pueda resistir (y por eso es necesario brindarle todo el apoyo), porque éste puede ser el país desde el cual se relance la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), que es algo fundamental. América Latina y el Caribe deben retomar la senda de la unidad, de lo contrario nuestro destino será convertirnos en un conjunto de tristes protectorados estadounidenses, arrojando por la borda nuestra historia, el bienestar de nuestros pueblos y, peor aún, hipotecando el futuro de unidad continental que soñaron los padres fundadores de nuestra América. ◉

¹ Se refiere a Joseph Biden (2020, marzo-abril). «Why American Must Lead Again. Rescuing U.S. Foreign Policy After Trump», en *Foreign Affairs*, 99 (2).



El internacionalismo de izquierda y la comunidad política global. Retos y tareas

José Luis Rodríguez Zapatero

México decidió rectificar su historia en un proyecto de cambio profundo que deseo se consolide con gran fuerza en beneficio de los más humildes, de los olvidados, de los que han tenido que irse de México durante décadas, y en favor de la transparencia y la limpieza de la política.

Me alegra especialmente que Morena y México, por lo que representa en el conjunto de América Latina, decida hacer una reflexión con carácter global; quizá ésta sea la primera afirmación que me gustaría hacer: la izquierda debe reafirmar y recuperar su visión internacionalista, pues cuando la tuvo fueron los mejores momentos de su historia gracias a que contaba con una visión capaz de dar una respuesta global coordinada. Esto es particularmente imprescindible en América Latina: la unidad de la izquierda, de todos los progresistas, la construcción de un programa común. Quizá la gente, actualmente, no nos pregunte si hemos estado en una fase del capitalismo avanzado más o menos destructivo, sino que nos interroga sobre si tenemos una plataforma programática anclada en valores, en un proyecto compartido. Es por eso que yo siempre he deseado y siempre he hecho votos por una gran coordinadora de partidos de la izquierda en América Latina, que cuente con un programa común para la izquierda progresista latinoamericana; eso sería un gran avance para ganar el futuro y la conquista democrática.

Ahora bien, lo que los países logran en su evolución es siempre fruto de la cultura formativa, de la cultura política y de la cultura democrática. Decir izquierda es siempre decir cultura y formación, pero también es decir optimismo. Es verdad que la crisis de la covid-19 incrementó la pobreza, las tensiones internacionales y los intentos de golpes de Estado; la derecha que ha

reaparecido con su peor cara en América Latina, la del populismo de extrema derecha, puede ser muy agobiante. Pero el pesimismo nunca ha creado un puesto de trabajo; es el optimismo, la convicción, la fuerza lo que necesitamos para que los ciudadanos nos den la confianza y nos apoyen.

Desde el año 2020, ésta ha sido una época marcada por una grave crisis global, como todas las que vamos a vivir de aquí en adelante (como fue la crisis de 2008 y la climática), pues el desarrollo tecnológico y la interconectividad así las producen. De cualquier modo, si echamos una mirada con perspectiva, veremos que hace un siglo, en 1920, ya había ocurrido la Primera Guerra Mundial, devastadora, y pasábamos también por una pandemia a la que se la llamó injustamente «gripe española», que también lo fue. El siglo pasado fue un siglo de guerras —como la Segunda Guerra Mundial—, y deseo recordar ahora que en 1900, en el arranque de aquel siglo, existían apenas 1500 millones de habitantes en la Tierra, mientras ahora, un siglo después, somos 7500 millones. Es el cambio demográfico más ingente de la historia, pues hasta 1800 la población en el mundo crecía siempre poco a poco, de modo que nadie imaginaba que un siglo después de 1900 podríamos tener semejante cantidad de personas. Muchos podrían haber pensado que seríamos incapaces de alimentar a 3 mil millones de seres humanos en la Tierra, y sin embargo el desarrollo tecnológico y el conocimiento han hecho que la capacidad de producción alimentaria se multiplicara al grado de dar de comer a mucha más gente y ser capaces de reducir la pobreza y la miseria, incluso ahora a pesar de la crisis pandémica.

Es importante esta perspectiva para dar cuenta de la capacidad de los países y de los pueblos. En la actualidad, hay dos países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) que en los últimos 50 años han incrementado más su renta per cápita: Corea del Sur y España, quien al salir de la



dictadura tenía una renta per cápita inferior a varios países latinoamericanos, pero que ahora ha logrado una transformación importantísima de la mano de la cultura y la educación, que si bien son insuficientes y tienen problemas, han estado acompañadas de una clave: un sistema fiscal que permite que ahora, el actual gobierno, haya aprobado un ingreso básico universal para que nadie esté en la miseria. Ese mismo sistema fiscal va a permitir este año que la renta del trabajo, el impuesto personal y las rentas más altas paguen sólo el 50 por ciento. Eso supone toda una redistribución, aunque es cierto que insuficiente; con precariedad laboral, de acuerdo. Y es importante la defensa del salario mínimo, abogar por su dignidad, lo mismo en México que en España, es por eso que el actual gobierno español ha instaurado los 1000 euros de salario mínimo, así como los derechos laborales.

Ahora bien, si echamos una mirada al mundo, en estos momentos lo más importante de la crisis producida por la pandemia es el evidente cambio en la relación de fuerzas en términos geopolíticos. Éste es el siglo de Asia y del Pacífico. China ya se ha adelantado como gran líder y potencia mundial, rebasando indefectiblemente a los Estados Unidos. La crisis que hemos visto en este país es profunda, pues saben que van a perder el liderazgo mundial a manos de China y saben, también, que habrá un cambio demográfico de gran calado en Estados Unidos, pues este año será el primero de su historia en el que nazcan más niños de las llamadas minorías que niños blancos del genotipo tradicional estadounidense. China, por su parte, es de los 10 países con mejores resultados en educación en la prueba del Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos; pronto se dará a conocer el informe del último año y en él aparecerán cinco países asiáticos, el primero de los cuales es China. Esto muestra que el gran reto de la izquierda es hacer de la educación la gran palanca, pues de lo contrario no tendremos mayorías sociales. La derecha gana desde el populismo, desde el discurso fácil, pero con un pueblo con una educación auténtica, fuerte, firme, con convicciones y valores, es mucho más difícil que los mensajes de la derecha ganen terreno. Cualquier proyecto de izquierda, entonces, debe tener la educación como eje central, una educación pública, inclusiva; ése es el dinero mejor invertido de un país, cuando lo usa en becas, asegurando que ningún niño deje de tener formación y, desde luego, garantizando para ello las condiciones mínimas sociales.

En esta crisis pandémica los esfuerzos del Estado (al que hay que reforzar) tienen que encaminarse a abolir la miseria y ésta tiene que ser una gran promesa de la izquierda. El verbo abolir tiene una fuerza expresiva y emotiva que quizá nos remita a la abolición de una de las páginas más oscuras de la historia de la humanidad, que fue la esclavitud. Tenemos, pues, que cumplir una promesa al mundo: que a pesar de los nueve mil millones de personas a las que nos encaminamos, debemos abolir la pobreza y construir

un sistema multilateral renovado. Las crisis son globales, las respuestas han de ser también globales. Es fundamental, entonces, que reformemos las grandes instituciones internacionales que diseñó Estados Unidos con su liderazgo inapelable tras la Segunda Guerra Mundial, instituciones de crédito como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, las cuales tienen que hacer un compromiso mucho mayor.

Pensando en América Latina, ese multilateralismo debería llevarnos a exigir un gran plan de reconstrucción poscovid en el que estuvieran presentes esas instituciones, además del Banco Interamericano de Desarrollo, la Corporación Andina de Fomento-Banco de Desarrollo de América Latina, las Naciones Unidas y, en general, todas las instituciones regionales. Ésta sería una primera gran propuesta para América Latina, y para ello estoy pensando en el plan de reconstrucción europeo que ha sido la mejor noticia en Europa después de décadas: la promoción de un plan keynesiano de endeudamiento y de mancomunar la deuda, lo cual es aún más grato si recordamos la nefasta experiencia de la gestión de la crisis por las instituciones europeas y las grandes instituciones internacionales durante 2008-2009. Ahora, en cambio, hemos podido tener un plan de reconstrucción que salva Europa y que, en el caso de mi país, nos va a permitir, entre otras cosas, encontrar una salida a la covid y reconstruir y promover el apoyo social con nada más y nada menos que 140 mil millones de euros, de los cuales 70 mil millones van a ser de una subvención. No habrá un futuro, ni ante crisis económicas, ni ante grandes problemas como el cambio climático, el control de los mercados, la armonización fiscal necesaria para evitar los paraísos fiscales y la competencia de las grandes tecnologías, si no tenemos instituciones internacionales fuertes y uniones regionales. Europa está trabajando, construyendo, tiene un potencial regulador, pero necesitamos que eso suceda también en el ámbito internacional, de ahí que ese plan de reconstrucción para América Latina debería ser la antesala de una gran integración latinoamericana, que fue el sueño de los padres fundadores de las independencias. Eso no debe olvidarlo la izquierda, porque esto es lo que le dará credibilidad en el futuro, el cual se escribirá con grandes uniones regionales y con la construcción de una comunidad política global que tendrá sus defectos y dificultades, pero que es necesaria para cumplir con el instinto de conservación de la especie humana, dotada de una inteligencia ante la cual no va a competir nunca la inteligencia artificial.

Plataforma común, programa común de la izquierda latinoamericana, propuesta de plan de reconstrucción son, en consecuencia, fundamentales para llevar adelante los grandes principios del socialismo democrático: cohesión social, justicia y distribución de la riqueza que empiezan con la educación y tienen como exigencia moral indeclinable abolir la miseria de todos los países del mundo. ◉





Ante grandes problemas, soluciones audaces

Andrés Arauz

Quisiera abordar algunos temas alrededor de la cuestión del mundo posneoliberal. Mucho se ha abordado por parte de Atilio o del expresidente Zapatero alrededor de la urgente necesidad de un plan de reconstrucción económica que, coincido plenamente, debe tener un carácter regional. En estas circunstancias, en América Latina tenemos que estar a la altura de la historia. El rol que debe asumir México es clave, pues en su presidencia de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac)¹ tiene un protagonismo que debe ser potencializado para que un plan de esas dimensiones (quizá imitando lo que la Unión Europea ha aprobado recientemente) pueda pensarse realmente en nuestra América. Claro que es complejo, pero la situación también lo es y nos exige soluciones audaces, así que creo que es el momento histórico para ello. Del mismo modo, alrededor de la integración regional, hay retos importantísimos entrando al siglo XXI: no podemos quedar fuera de la inversión sustantiva y sustancial con saltos cualitativos en materia de educación, ciencia, tecnología, creatividad e innovación en toda nuestra América. Tenemos que hacer un compromiso para que ésta sea una inversión de gran escala; hemos perdido décadas y no podemos seguir perdiendo el tiempo, hay mucho que hacer en esta materia y nuevamente la Celac, con el liderazgo de México que sí ha planteado la cuestión, debe insistir en ello.

¹ Desde el 7 de enero de 2020, México y el presidente Andrés Manuel López Obrador presiden este organismo internacional, debilitado en los últimos años, pero que aún conserva el viejo impulso de unidad continental que le dio vida en el año 2010.

Los anteriores son algunos elementos de coyuntura relacionados con la construcción de una región posneoliberal. Sin embargo, a mí me gustaría enfocarme en tres asuntos cruciales, de escala planetaria, y sobre los cuales el progresismo, las izquierdas de nuestra América, tienen la posibilidad de interpelar al mundo entero. La primera tiene que ver con la relación entre la democracia y la información, que me lleva a una pequeña digresión vinculada a nuestra realidad en América Latina en la actualidad: en Ecuador, en estos momentos, hemos visto cómo el domingo se tomaba una decisión sin ningún sustento jurídico para que la participación de las fuerzas progresistas sea imposibilitada en las elecciones del 7 de febrero de 2021². El Tribunal Contencioso Electoral ha devuelto el trámite al Consejo Nacional Electoral, con el fin de que nuestro partido sea impedido de participar en las elecciones en un intento explícito de proscripción política. Nosotros denunciaremos esta amenaza a la democracia ecuatoriana y hacemos un llamado a ustedes, a todos quienes tienen vocación democrática, para que en el Ecuador no se impida nuestra participación. Estamos liderando todas las encuestas, el pueblo ecuatoriano quiere votar por esta opción que representa la continuidad de la ola rosa, de esta orientación hacia el desarrollo y el buen vivir en nuestro país.

En un caso como éste se revela la importancia de la democracia y la información, pues cada

² Se refiere al 29 de noviembre de 2020, cuando el Tribunal Contencioso Electoral tomó la determinación de aceptar un recurso de impugnación contra las fuerzas correístas representadas por el binomio Arauz-Rabascall y la Alianza Unión por la Esperanza (Unes). Remitida de nueva cuenta al Consejo Nacional Electoral, la impugnación fue finalmente rechazada el 17 de diciembre, permitiendo así la participación de la Unes y cerrando el paso a todos los recursos antidemocráticos que buscaron impedirla.



vez con mayor frecuencia vemos cómo en nuestra región la democracia liberal, la democracia burguesa, tiende a ser ahora un bien preciado para las fuerzas progresistas, mientras la derecha retardataria considera que la democracia está fuera de juego; ellos, en su afán de impulsar su modelo caduco —y al no poderlo hacer de forma democrática—, apelan a formas antidemocráticas, sea a través de tratados internacionales impuestos, de la manipulación de la información, o directamente con el ejercicio de la fuerza bruta, de la represión, como lo hemos visto en el caso de nuestra hermana Bolivia³. Con esto se evidencia la importancia de la información: en las democracias que medianamente quieren funcionar, los electores, los ciudadanos tomamos decisiones con base en la información disponible; pero si estamos en un mundo cada vez más oligopólico-monopólico en la concentración de la información, mediada por las *big tech*, con algoritmos desconocidos para todos, sin saber cómo se administra, se rankea y se evalúa la información que está disponible para nosotros; y considerando, además, que según las encuestas de uso del tiempo, pasamos entre 6 y 8 horas diarias frente a la pantalla de un *smartphone*, entonces estamos hablando de que estamos mediados por grandes corporaciones extrarregionales que no tienen que responder a la idiosincrasia o la cultura latinoamericanas, tampoco a las prioridades de nuestros pueblos, sino a la

agenda de política exterior del hegemon planetario. Es por todo esto que necesitamos reflexionar sobre la relación entre información y democracia, pero también sobre qué vamos a hacer para ganar márgenes de soberanía de los pueblos frente a la agenda informativa a nivel planetario. Cada vez que recibimos una notificación en nuestro celular, ésta está mediada por un oligopolio planetario que tiene una agenda, que es un actor político, que no es neutral, y cuyos algoritmos son secretos, no auditados por nosotros los ciudadanos, ni individual ni colectivamente. La discusión sobre el mundo posneoliberal, si queremos preservar valores democráticos, tiene que entrar a analizar la información de las plataformas tecnológicas y la manera en que se comportan a nivel planetario según ideas, valores y principios.

Ahora bien, el segundo reto que tenemos en el mundo y en nuestra región tiene que ver con lo ecológico. Estamos hablando de un futuro intergeneracional. Ya no podemos pensar en marcos teóricos y prácticos propios de una métrica caduca que lo que hace es forzarnos a pensar en cortoplacismos y en improvisaciones, esto es, sin pensar en nuestro planeta, nuestra economía o nuestra sociedad en un marco temporal de 20, 30 o 50 años. Nos obliga a pensar sólo en el aquí y el ahora, ¿o qué es si no el PIB? A lo sumo cubre un año, o cuando lo analizan en los mercados de valores, un trimestre. De esa forma no podemos pensar en un futuro igualitario intergeneracionalmente hablando.

¿De qué hablamos cuando pensamos en la contabilidad empresarial? En sus proyectos de inversión, las industrias extractivas no contemplan los que se denominan contablemente como pasivos contingentes del daño ambiental que causen. Si Chevron Corporation hubiera tenido que contemplar el daño a la selva virgen amazónica cuando comenzó su destrucción en 1980, tal vez el proyecto no hubiera sido rentable y tendríamos todavía una Amazonia

³ Arauz piensa en el golpe de Estado ocurrido en Bolivia el 10 de noviembre de 2019, mismo que derrocó al presidente Evo Morales (recientemente victorioso tras las elecciones del 20 de octubre) y creó un clima crítico en el país andino, entonces al borde de un conflicto social de grandes proporciones. En ese contexto, habría que mencionar la importante participación del gobierno mexicano, presidido por Andrés Manuel López Obrador, quien evitó con la figura del asilo político (perfectamente consignada en el derecho internacional) la captura y posible asesinato de varios miembros del gobierno depuesto, incluyendo al propio Morales.



como pulmón del planeta. La contabilidad macroeconómica, empresarial, es el ámbito, la regla, el mundo en el cual se desenvuelve el capitalismo moderno, que es monetario, cuya métrica son los dólares y los euros y vive en la contabilidad de unos libros virtuales. Tenemos que modificar las reglas de la contabilidad empresarial para incorporar en ella a la naturaleza, los derechos de los trabajadores, nuestros valores sociales y democráticos, así como la equidad intergeneracional. Éste es un reto para la reconfiguración del mundo posneoliberal, con aproximaciones más cercanas a nuestras prioridades, desde el progresismo, desde las izquierdas, desde la búsqueda de igualdad para las futuras generaciones.

Sobre este punto, y aunque ya se ha discutido mucho en ciertos círculos, es importante mencionar también las desigualdades incorporadas en el marco internacional. A este respecto hay un elemento muy particular que es de vital importancia: los tratados bilaterales de inversión y las cláusulas de arbitraje entre inversionistas y Estado, que no son más que marcos neocoloniales que permiten otorgar impunidad a las empresas transnacionales, especialmente a las industrias extractivas, que lo que buscan es garantizar la exportación de naturaleza del Sur al Norte. Es necesario echar todo esto abajo, pues los tratados bilaterales de inversión y las cláusulas de arbitraje no tienen ningún sentido en el siglo XXI, que busca igualdad alrededor de lo ecológico y lo intergeneracional.

Finalmente me gustaría hablar de lo monetario. Hemos vivido épocas como humanidad con distintas hegemonías monetarias: en su momento los gulden holandeses, después la peseta española, la libra esterlina y ahora el dólar estadounidense. Pero en el planeta la exigencia de que tengamos un instrumento menos neocolonial es indispensable. El poscovid, y lo dicen las propias Naciones Unidas en el informe del año pasado de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés)⁴, el *Green New Deal*, tiene que ser financiado no con los mecanismos tradicionales a los que nos tienen acostumbrados (como rogar que la inversión privada solucione los problemas comunes de la humanidad o apelando a los organismos multilaterales financiados por las potencias hegemónicas). No, no se trata de esto para financiar el renacimiento de un mundo igualitario, sino que tenemos que ir hacia instrumentos monetarios descolonizados. En este sentido, la principal iniciativa nace justamente de América Latina, de un grande de nuestra historia, que es Raúl Prébisch, que cuando fue director de

la UNCTAD le planteó al Fondo Monetario la creación de una moneda supra llamada «derecho especial de giro», que existe y la usamos por última vez en el año 2009, cuando fue distribuida en todos los países del mundo y, en el caso de Ecuador, fue utilizada —cuando yo estaba en el Banco Central— para aplacar los impactos de la crisis subprime que afectó a todo el planeta. Ahora, sin embargo, es necesario hacer una emisión mucho más grande de los «derechos especiales de giro», con el fin de financiar bienes públicos comunes. Por un lado, para ayudar a los países del Sur a financiar el embate de la crisis en la dimensión sanitaria con importación de vacunas, medicinas, tratamientos y equipamiento; en el ámbito económico, permitiéndoles sobrellevar este bache que ha ocurrido en todo el planeta, pero que ellos no pueden solucionar a partir de la emisión como sí lo hacen los grandes bancos centrales del planeta (Estados Unidos, Inglaterra, Unión Europea, Suiza, Japón y Canadá): nosotros tenemos que buscar estas soluciones en el marco internacional; además, con estos «derechos especiales de giro», sería posible financiar la solución de la vacuna y conseguir el financiamiento de un *Green New Deal* internacional que nos brinde condiciones igualitarias de acceso a, por ejemplo, los bienes públicos tecnológicos, lo que permitiría poder sustituir la matriz energética y material a nivel planetario, en términos de consumo insostenible de materias primas; así como sustituir el conocimiento científico hoy privatizado, para convertirlo en un bien público común compartido a toda la humanidad.

En todo esto debemos avanzar. Estamos en una época histórica que requiere soluciones audaces. No he planteado elementos muy alejados de lo que ya se está discutiendo en la humanidad, soluciones que ya se han planteado o bien en la década de los 70, o bien más recientemente, alrededor de la discusión de los medios públicos comunes. Esto es lo que queremos aportar desde el Ecuador al mundo, con un gobierno progresista, internacionalista, con vocación de integración regional, latinoamericana, bolivariana y totalmente comprometida con la supervivencia de nuestra especie⁵. 📍

⁴ El objetivo de la UNCTAD es, desde su fundación en 1964, ayudar a impulsar el desarrollo económico de los otrora llamados países del Tercer Mundo, hoy mejor conocidos con el eufemismo de “países en vías de desarrollo”.

⁵ Pese al entusiasmo y buena voluntad del autor, Arauz sería derrotado por el derechista Guillermo Lasso en las elecciones ecuatorianas del 11 de abril de 2021; eso a pesar de haber recibido la mayoría de votos en la primera vuelta electoral del 7 de febrero. Como es natural, tal descalabro postergó la implementación de un nuevo gobierno progresista en aquel país andino, pero de ninguna manera lo evitará definitivamente. La historia reciente de nuestros pueblos así lo indica.



El partido-movimiento y la ruta hacia un mundo más allá del neoliberalismo

Juan Carlos Monedero

La inteligencia no se les da, y sin embargo la derecha gobierna en demasiados lugares del mundo. Cuando la izquierda gobierna, tiene demasiadas dificultades para cambiar las cosas, para hacer cambios estructurales. Hemos visto cómo apenas dos años de gobierno de la derecha valen para dismantelar lo que la izquierda ha construido incluso durante dos décadas. Ha ganado gobiernos la izquierda en México, en Argentina, en Bolivia, en España; hay historias populares en Chile, Colombia; resiste Venezuela; hay optimistas perspectivas en Ecuador. Pero todos estos gobiernos tienen profundas dificultades para poner en marcha agendas políticas radicalmente transformadoras.

De la victoria de Joe Biden diré que ahora que no tenemos que preocuparnos por Trump, empecemos a preocuparnos por Biden. Se han planteado varios acuerdos para la izquierda, mismos que compartimos: apostar por el papel del Estado, por la educación, por abolir la pobreza, por recuperar la dignidad del trabajo, por un ingreso mínimo vital, porque haya una vacuna que llegue a todo el mundo. La covid-19 podría ayudar en esa dirección, al haber demostrado que una pandemia sólo la solventa el Estado, y eso es algo que ha ocurrido en todos nuestros países.

Ahora bien, estamos celebrando dos años del arranque de la Cuarta Transformación y tenemos que preguntarnos por qué nos cuesta tanto, cuando gobernamos, trabajar realmente para las mayorías. En estos contextos debemos tener presentes muchas cosas:

—Ganamos el gobierno, no el poder.

—Derrotamos a gobiernos neoliberales, no al neoliberalismo. Esto si no lo entendemos, seremos como esa mosca que choca una y otra vez contra el cristal.

—Ensanchamos la base haciendo más consumidores, pero no siempre creamos ciudadanos.

—Ganamos los gobiernos con el apoyo de los olvidados, de las mujeres, de los pobres, de los trabajadores precarios, de los indígenas, de los inmigrantes, de los estudiantes sin futuro. Sin embargo, cuando gobernamos, nos olvidamos de darles las gracias y de preguntarles si quieren compartir con nosotros la gestión de gobierno.

—Hemos interiorizado, incluso en la izquierda, los principios neoliberales y su manera de estar en el mundo. Pensamos también nosotros en términos individualistas en nuestros países, cuando todos los desafíos que tenemos por delante no son nacionales sino globales.

Los problemas son globales; no nos dimos cuenta de que lo primero que hicieron los gobiernos neoliberales cuando regresaron a América Latina en Brasil, en Ecuador, en Argentina, en Chile, en Bolivia, fue dismantelar la Unasur y debilitar la Celac, de manera que ya no había las relaciones entre los países latinoamericanos que hubo un día, cuando los ciudadanos de América Latina sabían cómo se llamaban los presidentes de todos los países de su entorno. Fragmentarlos fue una de las primeras misiones del modelo neoliberal.

Pero lo más importante para un gobierno de transformación, para un gobierno de izquierdas, es aquello que frecuentemente resulta como el elefante que está en la habitación pero que nadie menciona, del que nadie quiere hablar. Eso quiero decirlo especialmente aquí, porque aquí lo terminará leyendo en algún momento, tal vez, Andrés Manuel López Obrador. Me refiero al partido-movimiento, sin el cual es imposible hacer cambios estructurales que no puedan dismantelarse por quienes puedan sustituirnos, para que no ocurra lo mismo que con el *impeachment* a Dilma Rousseff, quien sacó, junto con Lula, a más de 20 millones de personas



de la pobreza; gente que, sin embargo, cuando fue necesario no se echó a la calle a reclamar su democracia.

Los mayores sufrimientos políticos que hemos tenido este año (antes de la covid-19 y el tremendo dolor que ha generado) han sido los desencuentros internos en Morena. Me duele como si fuera mi propia casa, porque en Podemos, en España, también hemos experimentado esas divisiones, y veo que la propia debilidad de nuestras organizaciones políticas debilita también nuestra posibilidad de poner en marcha transformaciones.

Los grandes cambios que le quedan por hacer a México son enormes, y son tan enormes como las esperanzas que ha despertado Morena y AMLO, porque no fue una sino varias generaciones las que lloraron de emoción el día que Morena ganó las elecciones y puso a López Obrador de presidente. Y los grandes retos a veces reclaman grandes obras, pero no hay que pensar en términos faraónicos, porque los cambios reales son los que ocurren en cada esquina de cada pueblo y de cada ciudad. La lucha contra el feminicidio, la explotación laboral, la violencia que ejercen las fuerzas de seguridad, la queja ante la ausencia del Estado, la robotización de la economía, la lucha contra ese fascismo del siglo XXI que son las finanzas y contra una política que se ha dronificado, que es como un dron que nos dispara y no sabemos de dónde, por ese control oligopólico de los medios de comunicación que están cada vez más en manos de fondos de inversión, de sectores empresariales y, sobre todo, de sectores financieros; también, el cambio de vida que implica el cambio climático y su solución. Son tantos y tan descomunales los cambios que no los puede hacer sólo un gobierno, y es imposible que lo haga sin dolor el mercado. Por eso Morena no puede dejar de ser ese partido-movimiento, que es la herramienta necesaria (que no la suficiente) para crear una agenda posneoliberal.

Cuando teníamos las respuestas, nos cambiaron las preguntas. Todo en nuestras vidas se ha convertido en una mercancía, todo: comer, beber, estudiar, el sexo, el deporte, todo es una mercancía, y encima se nos desvaneció la alternativa que teníamos frente al capitalismo, con el hundimiento de los países socialistas. Nos robaron hasta las palabras (hoy incluso la izquierda habla de mercado de trabajo); sí, nos han robado las palabras.

Decía Federico García Lorca (cuando creó La Barraca, que iba por los pueblos representando obras de teatro) que tenemos que ser misioneros patológicos, darlo todo sin pedir nada a cambio; los más lúcidos de todos nosotros tienen que estar en el partido-movimiento, a veces más en el partido y a veces más en el movimiento. Dedicemos tiempo al partido, porque sin él, el éter revolucionario se disipa, como ha pasado tantas veces en México, con tantos movimientos a los que les ha

ocurrido como a las olas en el mar, que desaparecen cuando desaparece el viento. El neoliberalismo está muerto, estoy convencido, tras la covid-19 ha recibido su golpe definitivo, pero él no lo sabe, y mucha gente no lo sabe, y por eso va a morir matando, y puede incluso devastar el planeta antes de marcharse.

El poscovid-19 va a estar marcado por las inercias del neoliberalismo, y sólo vamos a poder frenar estas inercias si abrimos en nuestros países, si México aprovecha la ocasión, para abrir una gran conversación donde nuestros argumentos se impongan en debates nacionales e internacionales a los argumentos de los neoliberales. Un maestro mío en España decía que la antesala de toda revolución es una gran conversación, y sólo nosotros con una organización política como Morena, que enamore, que haga reír, que sepa pensar, luchar, que sepa bailar, que no se olvide que la risa es revolucionaria, esa organización política, sólo con ella, con estas características, podemos abrir esa gran conversación.

¡Adelante Andrés Manuel, adelante mujeres y jóvenes de Morena! El mundo se está levantando y necesitamos urgentemente aquello que nos pidió Gramsci: organizarnos, porque hace falta toda nuestra fuerza; instruirnos, porque hace falta toda nuestra inteligencia; y alegrarnos, porque hace falta todo nuestro entusiasmo.

Un día en el Kremlin, en 1917, los ayudantes de Lenin vieron al gran líder bailando en la nieve en un patio y de repente se asustaron porque él estaba enfermo, así que bajaron a preguntarle si estaba bien. Lenin les contestó que estaba muy contento porque ese día habían cumplido un día más que la Comuna de París de 1871. Por eso agradezco a Morena, porque ya llevamos dos años de la Cuarta Transformación. 🍷





DESCOLONIZACIÓN Y TRANSMODERNIDAD





Descolonización de las conciencias y formación política.

Diálogo con Enrique Dussel

KATYA COLMENARES. El Instituto Nacional de Formación Política y la Escuela Nacional de Formación Política de Morena quieren imprimir en su propuesta formativa el sello de la descolonización. Sabemos que necesitamos avanzar en la construcción de otro mundo, de alternativas, de otros modos de reproducir la vida y relacionarnos con la naturaleza. La búsqueda de nuevos caminos pasa por dejar de vernos a nosotros con los ojos prestados de los grandes imperios, y que podamos conocernos y decidir nuestro destino, así como el modo como queremos organizarnos y reconstruir nuestro país.

El proyecto descolonial surge como un cambio de paradigma en el modo como comprendemos la realidad: ¿qué significa descolonización y por qué es un asunto relevante para nosotros?

ENRIQUE DUSSEL. El tema de la descolonización se origina históricamente hace no mucho, entre intelectuales del Caribe. Esto sucede porque básicamente, en la parte hispana-continental y lusitana (Brasil) de América Latina, ya teníamos claridad sobre el hecho de que nos habíamos emancipado de España. El Caribe, en cambio, va a seguir siendo colonia, y sabemos, por ejemplo, que Cuba se emancipa de España a finales del siglo XIX, en 1898. Incluso en pleno siglo XX hubo todavía colonias en el Caribe, de manera que la colonización siguió estando muy presente y ligada al tema del esclavismo.

La emancipación como lucha contra el esclavismo se ligó a la cuestión de la emancipación nacional de algunas de las islas del Caribe, de ahí que ellos siguieron elaborando una visión de izquierda, pero no en el sentido de lucha de clases, sino fundamentalmente desde el sentido racial de la dominación en el Caribe y la lucha todavía contra el colonialismo. Puerto Rico todavía sigue siendo un Estado, pero secundario, una semicolonía de Estados

Unidos; de modo que los caribeños plantearon el tema de la descolonización.

Aníbal Quijano, en Binghamton, estando en relación con Wallerstein y también con el pensamiento caribeño, descubrió el racismo como la clasificación social más importante, incluso más que la clase social, contrario a como lo habíamos pensado en el marxismo tradicional. Esta reflexión nos permitió tomar conciencia de que la liberación de los imperios (España, Portugal, Francia, Inglaterra y posteriormente Estados Unidos) sería un proceso aún más complejo. Porque al comienzo del siglo XIX la mayor parte de América Latina nos habíamos emancipado de España, pero inmediatamente caímos en un neocolonialismo. Como ejemplo tenemos la deuda externa. No bien terminada la emancipación en 1822, el gobierno de Rivadavia en Argentina hace un empréstito a un capital financiero inglés, el cual estuvo pagando como deuda externa durante casi todo el siglo XIX; algo similar aconteció en Brasil. El Caribe, por su parte, siguió dependiendo del mundo anglosajón y sobre todo estadounidense, que remplazaron la dominación española.

La colonialidad había pasado un tanto desapercibido, pero cobró mucha más relevancia hace pocos decenios, cuando nos empezamos a dar cuenta de que no sólo éramos una neocolonia política, también dependíamos militarmente porque nuestras decisiones se definían más bien en el Departamento de Estado de EUA que en el ministerio de Defensa de cada nación. La dependencia económica, la dependencia militar, la dependencia política eran una realidad entonces y lo siguen siendo hoy. En estos días, justamente, hemos visto como la OEA interviene en América Latina, de manera que la descolonización es fundamental y hay que decir que se trata de un asunto epistemológico en última instancia, porque seguimos siendo eurocéntri-



cos, aun en las universidades y en la concepción teórica de la historia, de la sociología, de todas las ciencias, sean éstas ciencias físicas, naturales o humanísticas. Europa sigue siendo el centro, en las universidades nos comportamos como una elite eurocéntrica que piensa América Latina desde Europa. Y por eso era necesario cambiar el lugar, nosotros le llamamos el lugar de enunciación, en latín, *locus enuntiationis*, que se refiere al lugar desde donde yo hablo. Puedo hablar desde Berlín, desde París, desde Nueva York, desde México, desde Sao Pablo, desde Buenos Aires, lo importante es tener claro desde dónde me sitúo. Pablo González Casanova decía que había un colonialismo interno, también lo decía Stavenhagen. Hemos sido dominados por una elite eurocéntrica que nos ha interpretado desde las categorías y las ciencias sociales y físico-naturales europeas y estadounidenses. Hemos sido siempre vistos como objetos, pero nunca como sujeto de creación.

La ruptura se produce aproximadamente hace dos decenios, no mucho más, cuando empezó la crítica a la dependencia con la teoría de la dependencia y poco a poco fuimos ya encontrando un lugar de enunciación, un lenguaje distinto y categorías de interpretación propias. Entonces irá surgiendo en América Latina una nueva interpretación de la realidad, una interpretación descolonizada en el sentido de que ahora pensamos desde nosotros mismos lo que ha acontecido con nuestro continente desde la invasión, es decir, desde 1492, y el genocidio que se produjo con nuestros pueblos originarios, que los hemos ignorado y que están como fuera de la historia. La descolonización es entonces toda una revolución teórica, práctica y política, porque ahora sí hay que empezar a afirmar la soberanía popular: el sujeto del poder es el pueblo y no el Estado, menos aún un Estado dependiente y corrompido por las potencias extranjeras.

Para resumir, descolonización epistemológica significa empezar a pensar con nuestra propia cabeza de mexicano, de latinoamericano, de caribeño, pensar desde los pueblos originarios indígenas, desde los esclavos y desde el pueblo, para entonces desde ese lugar reconstruir las ciencias y la interpretación sobre nosotros mismos. Éste es el supuesto del ejercicio del poder, porque según nos interpretemos, podremos, entonces, vincularnos a las potencias, tales como la europea, estadounidense y ahora también china, hindú, árabe y bantú africana, que son los grandes polos culturales del mundo presente.

CARLOS PAIZANNI. En el contexto mexicano tenemos la narrativa de la Cuarta Transformación, que hemos ido desarrollando con el gran liderazgo del presidente Andrés Manuel López Obrador. Sin embargo, nos falta reflexionar y profundizar en relación con sus contenidos. Necesitamos pensar con nuestra propia cabeza, como bien lo menciona usted. La experiencia mexicana se dio mucho más tarde que la primera ola del progresismo latinoamericano y tiene sus especificidades como proceso; la tarea es hacer teoría de esto que denominamos Cuarta Transformación.

Ahora bien, con referencia al contexto en el cual estamos trabajando dentro del INFP, que es el de la Escuela Nacional de Formación Política, sabemos que para cualquier proceso de liberación en América Latina es necesario no descuidar el enfoque descolonial. La pregunta sería: ¿cómo debemos llevar a cabo una descolonización de la formación política en un partido-movimiento como Morena? Esto nos parece relevante en el marco de una América Latina que alberga movimientos en lucha por la autonomía y la justicia.

ENRIQUE DUSSEL. Nuestra responsabilidad como intelectuales en este momento de la Cuarta Trans-



formación, y desde un pensamiento descolonial, es pensar en la nueva política, lo cual supone asumir también la responsabilidad ante lo que llamamos hoy el Sur global, es decir, países dominados del Asia, América Latina y el mundo bantú africano. Se trata de pensar en una política distinta, porque como decía en ese punto el gran ético *Che* Guevara, necesitamos un hombre o un ser humano nuevo; y digo ético, porque siendo el *Che* un estudiante de medicina salió en su moto hacia Perú para cuidar leprosos. El corazón del *Che* latía junto al pueblo y, específicamente, junto al pueblo doliente. ¿Quién más doliente que una comunidad de leprosos? Fue a trabajar con ellos, estuvo meses, hasta que tuvo que salir para seguir su camino. Los leprosos le agradecieron tanto entusiasmo de vivir que les había dado.

La exigencia de la descolonización en la política significa concebir la política de otra manera, porque a veces seguimos —y aun en Morena— concibiendo la política como antes, como el ejercicio del poder desde la representación de una clase política que se puede fetichizar y corromper. Es necesario pensar descolonialmente en el origen mismo de la política futura, repensar qué significa el poder político, que no tiene como sede el Estado, que no es el monopolio de la violencia como dominación ante obedientes (como dice Max Weber, que muchas veces la izquierda lo toma como un gran autor crítico) La sede del poder político es el pueblo y justamente un pueblo descolonizado, de manera que cuando éste elige un representante, éste es sólo eso, lo que quiere decir que va a obrar en su lugar, pero para esto debe estar ligado al pueblo y debe, sobre todo, escuchar las necesidades del pueblo y no las necesidades de la burguesía, que puede necesitar organizar el trabajo ilegal del *outsourcing*, para no pagar a obreros, para explotarlos y sin pagar impuestos. De ser así, entonces estaría conviviendo con la clase dominante, pero lejos del pueblo.

El pueblo es el sujeto de la política y hay que escuchar sus necesidades, por eso desde el sureste de México se nos dijo que de lo que se trata es «que los que manden, manden obedeciendo»; esa palabra la usó Evo Morales. El poder es un poder obediencial y esa palabra también la usa el actual presidente de México, se trata entonces de poder escuchar obediencialmente al pueblo. En la *Guía ética para la transformación de México* se dice que hay que ser obediente al pueblo. Obediente significa escuchar, por lo que necesitamos una política descolonizada que sepa dónde se encuentra el origen y el fundamento del poder; eso es, en última instancia, la voluntad de vida de un pueblo. Voluntad de vida significa: el pueblo quiere vivir, quiere comer, quiere tener agua, tener una ropa con la cual vestirse, una casa que habitar, una escuela donde puedan estudiar sus hijos, un trabajo del cual pueda honestamente vivir; así, la voluntad de vida de un pueblo es el poder de un pueblo. Irak, por-

que quiso vivir, resistió la invasión del pueblo más organizado militarmente en la tierra, que es el de Estados Unidos, y después de años de ocupación, se va derrotado por este pueblo. ¿Por qué? Porque el pueblo quiso vivir.

Tenemos que concebir una nueva política, una nueva cultura, una nueva economía descolonizada en favor del pueblo, y eso supone que hay que educarlo. Por eso es esencial un partido político para ocuparse de la formación de los futuros políticos, que hoy son los jóvenes participantes de Morena. Si seguimos con las mañas del pasado no saldremos del colonialismo, al fin nos plegaremos ante el poder extranjero. Tenemos que formar a nuestro pueblo y, sobre todo, a nuestra juventud, con una nueva concepción en la que el poder es el querer vivir de un pueblo, por eso resiste, y no la dominación para ser obediente. Necesitamos concebir la política descolonizada en la Cuarta Transformación como una política completamente distinta; si no nos ocupamos de formar a la juventud, no tendremos futuro, porque lo antiguo nos comerá el mandado y volveremos a repetir lo mismo. Esto no acontece en el poder ejecutivo, pero hay muchos en el poder legislativo, al nivel de presidentes municipales y gobernadores, que entran en la tentación de la corrupción y ahí la ética es fundamental en una concepción nueva de la política.

KATYA COLMENARES. Como parte de los trabajos que hemos querido llevar a cabo en el INFP nos hacemos continuamente la pregunta: ¿cómo traducir la descolonización en formación política? Efectivamente se trata de contribuir a que vayamos construyendo otra manera de relacionarnos, otra manera de reproducir la vida y en específico, otra manera de hacer política.

En la coordinación académica estamos asumiendo la necesidad de ir a trabajar la formación política en territorio, para entonces, desde los problemas reales que tiene la gente, profundizar junto con ellos los fenómenos a analizar; es decir, no se trata de explicar el neoliberalismo como concepto, sino más bien situarlo dentro de las problemáticas que la gente está enfrentando de manera directa. En la zona minera, por ejemplo, analizar el problema del neoliberalismo desde la mina y sus consecuencias, como el problema de agua; analizarlo desde ahí y de ese modo convertir la formación en un medio para la transformación y la organización. No se trata, entonces, de llegar con la teoría, con la academia o con las ideas en abstracto a la gente, sino que hay que saber pensar desde los problemas y desde las prácticas que nos permitan construir otro modo de reproducir la vida, porque hacia eso tiende la política. El objetivo es reproducir la vida comunitaria con dignidad y justicia. En ese sentido, tenemos que hacer del medio el propio fin, contribuir a la reconstrucción de los tejidos comunitarios tan rotos en este momento en el cual vivimos. Cuando la gente se organiza, cuando la gente discute,



cuando la gente quiere resolver los problemas de la vida, tiene que hacer política y hacerlo a través de la escucha, reconstruyendo relaciones comunitarias. Tenemos que ir traduciendo la descolonización en prácticas de formación política, es el gran reto que tenemos dentro del INFP.

Dentro de la izquierda sigue pendiente la cuestión de las perspectivas de cambio. Se habla de la transmodernidad, por ejemplo, como un horizonte más allá de la modernidad capitalista que hemos sufrido los últimos 500 años con su inherente dominación del ser humano y de la naturaleza. La perspectiva transmoderna no se plantea como una construcción a futuro, sino que estaría ya como una realidad presente en las relaciones comunitarias; por ejemplo, en los pueblos originarios, quienes estructuraron su forma de relacionarse con la realidad de otro modo porque nunca cosificaron la naturaleza. En este sentido, ¿por qué la descolonización es una condición necesaria para poder avanzar en la construcción de un nuevo proyecto de humanidad, más allá de la modernidad o lo transmoderno?

ENRIQUE DUSSEL. Recuerdo un diálogo con Álvaro García Linera, gran pensador e intelectual, que conocí casualmente hace muchos años, cuando en una ocasión estuve en Bolivia para dar un curso y me dieron el doctorado *honoris causa* de la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz. Alguien me comentó que había una compañera de México que estaba presa en Bolivia y querían que la visitara en la cárcel; se trataba de una mujer comprometida con la izquierda y fui a verla. Ella me dijo que en su calidad de extranjera la estaban tratando bien, pero que estaba preocupada por su pareja, que era boliviano. Entonces fui a visitar a ese joven que estaba preso. Pasaron muchos años y cuando estaba dando un curso en la Universidad Mayor de San Andrés, en la Paz, Álvaro García Linera, entonces ya vicepresidente, estaba al lado mío y me dijo de pronto: «Enrique, yo tengo que agradecerte algo». Le dije: «¿A mí? ¿Qué te he hecho?». Me dijo: «Tú me fuiste a visitar cuando yo estaba preso». Miren qué interesante, yo había visitado a un estudiante de izquierda, compañero de una mexicana y no sabía quién era, resulta que era Álvaro García Linera, hoy gran intelectual y gran político.

Estando ya en México, después del golpe en Bolivia, conversando en una reunión, García Linera me decía: «Si en algo fallamos en la primera ola de la revolución de Bolivia, que por suerte hoy sigue adelante, fue porque no logramos dar formación fuerte y novedosa a nuestras bases». Ahora que han vuelto al poder hay cambios, veo que la vicepresidencia ha comenzado a pensar en una formación mucho más sistemática para los jóvenes y los políticos. El pensamiento de los pueblos originarios, cuando usa la metáfora de que la naturaleza es nuestra madre, es científicamente justificable. Los seres humanos,

todos nosotros, el *homo sapiens*, somos el fruto de la vida de la naturaleza o la vida que hace 3500 años surgió en la Tierra e hizo una evolución y llegó a lo que somos nosotros, es decir, el ser humano no ha creado al ser humano. La modernidad, la ciencia, la inteligencia no han creado al ser humano. Fue la naturaleza; por eso, llamarle madre es una metáfora, pero objetiva, real, racional y justificable científicamente. A la naturaleza no la podemos ver como un objeto, no podemos explotar la naturaleza ni comprarla y venderla como un terreno, pues precisamente, si hay algo sagrado, es la naturaleza. De ella dependemos, de ella somos fruto, la naturaleza está en el origen de nuestra vida y no podemos considerarla un objeto, sino que debemos considerarnos nosotros mismos al interior de la totalidad de la naturaleza. La modernidad, que ha hecho tantas cosas positivas, como dice Ramón Grosfoguel, se olvidó de esto, como cuando Descartes afirmó que «las cosas reales son *res extensa*», es decir, objeto de la maniobrabilidad del ser humano y ha explotado la naturaleza, la ha maltratado, la ha destruido.

Vemos que el actual virus es fruto del ser humano, el calentamiento de la Tierra es fruto del ser humano, el que haya un hueco de ozono en la estratosfera es un hecho humano y que haya plásticos en los océanos también lo es. ¿Qué pasó? La naturaleza se nos rebela y ahora hay que tomar otra actitud ante ella. ¿Y quiénes trataron con sumo respeto a la naturaleza, como lo digno por excelencia? Nuestros pueblos originarios, que son más sabios que Newton y Einstein, pues respetaron a la naturaleza. También ellos la descubrieron y la veneraron, pero no en su vida cotidiana como nuestros pueblos originarios.

Las exigencias de un cambio son de tal profundidad que necesitamos descolonizarnos de un mundo que, en efecto, no debemos negar, sino asumirlo, pero corrigiendo sus efectos negativos. Éstos no habían sido descubiertos, porque al descubrirse un gran invento se le utiliza, pero no se prevén los efectos negativos hasta que se manifiestan a largo plazo. Cuando dichos efectos de grandes invenciones empiezan a acumularse, de pronto una civilización entra en crisis y eso es lo que nos está pasando actualmente con el virus, que es el primero de otros que vendrán si no cambiamos.

El hombre nuevo del *Che* Guevara quizás era algo mucho más profundo, porque nos demuestra que juntos tenemos que cambiar el sentido de la vida y el sentido de la política, quizás no destruyendo la representación de arriba hacia abajo ni al Estado, pero sí teniendo que institucionalizar la participación del pueblo en articulación con su representación. Eso es una revolución política futura que la Revolución Francesa y el liberalismo no plantearon: ¿cómo se organiza institucionalmente el pueblo? No con encuestas superficiales, sino con una real participación cotidiana del pueblo, que se articula con la representación. Es una nueva



concepción del Estado plurinacional y plurirracia, mucho más complejo que el moderno; por supuesto habrá Estado, pero sería uno distinto y hay que tener mucha imaginación para comenzar a pensarlo.

La utopía es fundamental. Galeano se pregunta: «¿para qué sirve la utopía? Para caminar»¹. Porque la utopía es lógicamente pensable, pero empíricamente imposible, y aunque sea empíricamente imposible querer lograrla es avanzar, no en un progreso económico cuantitativo, sino en un progreso de vivir la vida con mayor profundidad. Ése es el cambio de sentido del que García Linera me hablaba: «tenemos que cambiar el sentido común de la gente». Ahí está la nueva política.

CARLOS PAIZANNI. Sin duda que hay que poner al centro del debate la necesidad de redefinir los horizontes prácticos, sobre todo hablando en términos de una organización política como lo es Morena.

¿Por qué consideramos que este proceso de transformación social no debe dejar de lado la tradición colonial y la situación de dependencia en la cual nos encontramos? Porque en la medida en que lo hagamos visible, por lo menos conceptualmente, la relación de dominación en términos de división internacional del trabajo, en términos de la herencia colonial y los obstáculos epistemológicos que nos impiden pensar nuestra propia realidad, de manera original, podremos avanzar en la radicalización, en la profundización de esto que denominamos Cuarta Transformación. Es por eso que para nosotros, desde la Coordinación Académica del INFB, nos resulta tan relevante esta serie de cursos que pondremos a disposición de la militancia y de la población en general. ◉

¹ Aunque frecuentemente atribuida a Eduardo Galeano, la frase citada fue realmente pronunciada por el cineasta argentino Fernando Birri, en un encuentro sostenido por ambos en Cartagena de Indias, Colombia.





Descolonización, gobiernos progresistas y extractivismo epistémico. Diálogo con Ramón Grosfoguel

CARLOS PAIZANNI. *¿Cómo juzgas la idea de poner hoy en el centro del debate la descolonialidad? Es decir, ¿cuál es el fin de dejar en claro la necesidad de pensar en estos términos sobre todo en este proceso de transformación social que en México se ha denominado Cuarta Transformación?*

RAMÓN GROSFUGUEL. Sobre la Cuarta Transformación, que en algunos lugares de América Latina sería quizá la tercera (pues en realidad ha habido diferentes procesos en América Latina), diría que no es posible hacer un salto cualitativo en las luchas de liberación de los pueblos si no tenemos una perspectiva descolonial. ¿A qué me refiero? Ha habido luchas muy importantes para nuestro continente, como las luchas de independencia. Por supuesto, en México también estuvieron la guerra de Reforma, luego la Revolución Mexicana, pero a escala mundial tenemos procesos paralelos de luchas de liberación nacional que pasaron por etapas diversas. Obviamente la guerra de independencia fue algo común a muchos lugares donde existieron luchas por reformas contra sectores muy conservadores en el siglo XIX, y en algunos lugares hubo algo equivalente a la Revolución Mexicana de principios del siglo XX, pero no en todos.

Algo que es extensivo a todas estas experiencias es que hubo procesos antimperiales, procesos anticoloniales, pero uno de los límites de éstos fue que nunca fueron epistémicamente descoloniales. Me refiero que a la hora de construir nuevos procesos, nuevas formas de autoridad política, a la hora de construir una nueva economía y nuevas relaciones sociales más allá de la dominación colonial imperial, se recurría nuevamente a las categorías y la visión de mundo eurocéntrico, es decir, se recurría a la reproducción de conceptos y categorías del mundo de la modernidad occidental que, de alguna manera, traicionaban los objetivos propuestos por todas esas revoluciones.

¿Por qué? Si se hace una revolución antimperial o anticolonial e instauras algo como el Estado-nación, como estructura de autoridad política, esa estructura ficcionalizada donde tienes la correspondencia de un Estado y una identidad que corresponde de uno a uno con una población, lo que sucede es que estás reproduciendo un modelo que es muy eurocéntrico, que viene de la conquista de Al-Ándalus. Cuando la monarquía castellana conquista los territorios de Al-Ándalus impone la idea «cristianízate o te mato»: una identidad de Estado que corresponda de uno a uno con la identidad de la población. Esto, posteriormente, se seculariza con la noción de Estado-nación y sabemos que eso no existe en ninguna parte y crea más problemas que soluciones. De ahí la demanda de los pueblos originarios en América Latina y, sobre todo, los cambios constitucionales de Ecuador y Bolivia que han llamado la atención con respecto a crear formas de autoridad política plurinacionales.

Lo mismo ocurre con los procesos económicos e incluso con los procesos de construcción de estructuras de conocimiento, como las universidades o los currículos escolares. Volvemos a reproducir, en el plano epistemológico y en el plano del conocimiento, ideas que son muy eurocéntricas, muy coloniales en los procesos de liberación que han ocurrido en nuestra América. Esto ha hecho que muchas de esas luchas no hayan tenido un mayor alcance. Por eso, para estas transformaciones, la Cuarta Transformación en el caso de México o esa segunda independencia que anuncia la Revolución Cubana, por ejemplo, es indispensable un giro descolonial en nuestro pensamiento, en nuestra forma de ser y de estar en el mundo, en la manera como vamos a construir instituciones que ya no reproduzcan nuevamente los problemas de la modernidad occidentalizada contra los cuales estamos luchando.



De ahí la trascendencia e importancia del giro descolonial, histórico, para que en lo nuevo que se vaya a construir, a partir de donde estamos insertos hoy, haya giros en la educación, en la economía, giros en la forma de autoridad política, en la manera en que nos relacionamos con otras formas de vida. Giros descoloniales con respecto, por ejemplo, al patriarcado que existe en muchos lugares. Sabemos que el patriarcado que se globaliza es el de la cristiandad y en muchos lugares del mundo, como en algunas partes de nuestra América, no había patriarcado antes de la llegada de los europeos; entonces la descolonización pasa también por descolonizarnos de esas formas de relaciones patriarcales, que muchas de ellas vienen impuestas por la historia colonial.

Entonces, llamo la atención sobre la importancia y lo indispensable que es el giro descolonial en este momento histórico, si no queremos repetir los errores de las transformaciones previas. Se trata de un giro descolonial en este momento de la historia que nos permita dar un salto cualitativo con respecto a las experiencias del pasado. No quiere decir que en el pasado no hubiera avances, donde cosas positivas se conquistaron, pero tuvieron límites por los cuales no pudieron llegar a ser transformaciones plenas, porque reprodujeron una epistemología con el esquema colonial eurocentrado, que provocaba que cuando se pensaba la construcción de lo nuevo repetíamos los mismos esquemas de siempre. Por eso es indispensable la descolonización pedagógica, de la educación, de la economía, de las relaciones patriarcales, de las relaciones con otras formas de vida...

KATYA COLMENARES. Efectivamente, tenemos un gran camino por delante, porque necesitamos construir alternativas que nazcan desde las propias necesidades. Si algo ha marcado los últimos siglos es

precisamente la preminencia de Europa, en todo el discurso y en toda la comprensión histórica, científica y de identidad, con la cual nos conocemos a nosotros mismos y conocemos la realidad. Esto es un gran problema a la hora de construir un proyecto de transformación y necesitamos avanzar hacia otras estructuras, mirarnos, por supuesto, y reconstruir esas historias que no han pasado nunca por el ojo y por la mirada de quien cuenta la historia. Tenemos que ir avanzando en ello. ¿Cómo se debe llevar a cabo una descolonización en la formación política?, ¿qué implicaciones tendría?

RAMÓN GROSGOUEL. Ésta es, de hecho, una pregunta central para el INFP. Yo diría en términos prácticos lo siguiente: en primer lugar, hay que salirse de la prisión disciplinaria. A lo que me refiero es que en las universidades occidentalizadas compartimentizamos el conocimiento a partir de divisiones disciplinarias, que muchas veces nos fragmentan el conocimiento y caemos en lo que un filósofo fanoniano del Caribe, Lewis Gordon, llama decadencias disciplinarias, porque empezamos a producir conocimiento a partir de los problemas de las disciplinas y no a partir de los problemas de la humanidad. Entonces, cuando abrimos los ojos estamos produciendo conocimiento bajo la prisión disciplinaria que es irrelevante a los problemas que vive la humanidad hoy. Lo primero que habría que hacer es identificar los problemas en concreto que vive la humanidad y pensar cómo eso se traduce a la realidad mexicana. La formación tiene que ser a partir de identificar problemas; para esto hay que tener una idea aproximada de la cartografía del poder que vivimos en este sistema globalizado con la modernidad capitalista, y hay que identificar en esa cartografía las diferentes jerarquías de dominación y los problemas que la humanidad vive con respecto a ellas.



Por ejemplo, uno de los problemas fundamentales es el de la humanidad que vive hoy el sistema de explotación y superexplotación capitalista, con su división internacional del trabajo en centro y periferia. Frente a esta cuestión hay que hacer un trabajo enfocado en los problemas económicos que vive la humanidad, sobre todo esta crisis del capital financiero *per se*, una crisis continua en la cual el 1 por ciento siempre termina llevándose el grueso de la riqueza del mundo y el resto del planeta es cada vez más miserable, vive más en pobreza, y las desigualdades sociales se siguen incrementando. Por lo tanto, hay que hacer un programa específico de cómo descolonizar la división internacional del trabajo, qué hacer en esa área. Y habría que hacer todo un currículum en relación a eso porque con todas las revoluciones que ha habido a escala planetaria, la división capitalista internacional del trabajo ha seguido ahí y no ha habido hasta ahora una descolonización de esa estructura mundial que es productora de grandes desigualdades y pobreza.

Por otro lado, hay que pensar qué significa el ascenso de China con respecto al sistema-mundo que hemos vivido hasta ahora, y cuál es el potencial de posibilidades que se abren para los pueblos en su lucha de liberación. Otro problema es, en otra jerarquía de dominación, el sistema interestatal global. Pues el asunto del Estado-nación, que ha creado más problemas que soluciones y alternativas, debe ser descolonizado para hacer una refundación de los Estados hacia un carácter plurinacional o confederal, como dirían en otras partes del mundo. O sea, ¿cómo hacer para descolonizar el Estado desde ese sesgo del Estado-nación?

Otro problema es el del racismo. ¿Cómo hacer un currículum enfocado en este problema? Igualmente tenemos el problema ecológico que vive la humanidad. El punto inicial es que hay que identificar problemas. Obviamente somos seres humanos y tenemos límites, no podemos atacar todos los problemas al mismo tiempo, por lo que la escuela del INFP tendría que hacer una lista de los problemas prioritarios que vive la humanidad. ¿Cuáles son los problemas centrales que identifican ustedes como centrales de cara a la situación de México y de cara a la situación de América Latina hoy en el mundo? El problema ecológico, por ejemplo, es uno central que habría que pensar a través del problema de la vida, el problema de la producción y reproducción de la vida, no de su destrucción. Llevamos 500 años de modernidad, donde el proyecto de destrucción de la vida ha sido central, no solamente por sus lógicas capitalistas, sino también por la cosmovisión del capitalismo en la modernidad, que es la del dualismo cartesiano. Hemos hecho tecnología dualista-cartesiana los últimos 400 años, con una racionalidad de la destrucción de la vida contraria a la racionalidad de la reproducción y producción de la vida, como históricamente tenían otras

civilizaciones previas a la civilización moderna-colonial del mundo que vivimos. Las civilizaciones previas a la modernidad colonial, que tenían cosmovisiones holísticas y no dualistas de tipo cartesiano, permitían pensar una producción de tecnología que tuvieran los equilibrios y la racionalidad de la reproducción de la vida. En este sentido, también habría que descolonizar ese aspecto y tener también un currículum enfocado a ello.

Es necesario priorizar cuáles son los temas desde los problemas. Una vez identificados, hay que dar un segundo paso, y esto consiste en imprimir esos problemas de diversidad epistémica, es decir, no volver a identificar problemas para acudir nuevamente al pensamiento de siempre que yo llamo racismo-sexismo-epistémico, es decir, volver a hombres occidentales de cinco países para buscar las respuestas a los problemas. Vamos a estar leyendo a un francés, a un alemán, un británico, un estadounidense y un italiano, prioritariamente, que es el canon actual de las universidades occidentalizadas y de mucha de la izquierda occidentalizada. Con esto no estoy diciendo que no haya que leer a estos pensadores críticos que vienen de esos cinco países, estoy diciendo que no pueden ser el centro de la conversación, sino sólo uno más dentro de un abanico de ecología de saberes, como diría Boaventura, o de una diversidad epistémica en los problemas que estamos estudiando.

Vamos a estudiar el problema ecológico. ¿Cómo se piensa eso desde los pueblos de Chiapas, desde los pueblos andinos, con las pensadoras y pensadores críticos aymaras? ¿Cómo piensan ellos el problema ecológico? ¿Cómo lo piensan los pensadores y pensadoras críticos del mundo musulmán, del mundo budista y de otras cosmovisiones? ¿Cómo hacer una ecología de saberes que nos permita tener una idea más profunda de estos asuntos? Estas cuestiones son necesarias para, a partir de ahí, poder entrar al pensamiento crítico de hombres occidentales sin ningún problema, pero siempre centrados en las realidades desde las cuales estamos localizados y desde las cuales estamos pensando. Así pues, incorporar lo que nos es útil, no solamente del Norte global, sino de otras perspectivas del Sur global. Necesitamos un diálogo Sur-Sur, y para eso hay que imprimir diversidad epistémica en todos los problemas que estamos identificando.

De igual modo hay que proceder con el tema del Estado-nación. ¿Cómo se piensa ese problema desde experiencias africanas o, por ejemplo, desde la experiencia de los curdos que han acuñado este término de Estado-confederal o desde la experiencia de nuestros pueblos en América del Sur, con el concepto de Estado plurinacional? Habría que identificar problemas y a esos problemas imprimirles diversidad epistémica, para de ahí poder construir propuestas, ya no sólo críticas, sino también en términos de cómo transitar hacia soluciones que estén



más allá de la colonialidad, es decir, que serán ya, como dice el maestro Enrique Dussel, soluciones transmodernas. En el momento en que tú aplicas la diversidad epistémica y Europa deja de ser el centro (aunque no vamos a hacerle a los hombres europeos lo que los hombres europeos le han hecho al mundo, que es interiorizar, excluir toda la epistemología y todos los conocimientos del resto del planeta), incorporas a los europeos, pero como uno más, ya no como el centro de la conversación. En este sentido, somos antieurocéntricos, pero no somos antieuropeos, y de este modo podemos nutrirnos de las aportaciones vengan de donde vengan.

Llamo la atención sobre estos dos pasos que me parecen fundamentales para la construcción de currículums en una escuela de formación que esté acompañando al proceso de la Cuarta Transformación en México, y para eso hay que identificar los problemas centrales del país y producir desde ahí los insumos descoloniales que necesita el proceso para echar adelante la Cuarta Transformación.

CARLOS PAIZANNI. Lo que nos has comentado creo que aterriza en tierra fértil sobre los proyectos que tenemos dentro del Instituto, porque hemos considerado que éste tiene que ser un vehículo, un instrumento para poder detonar los debates regionales. En este sentido, hemos desarrollado un plan, un programa que pasa por constituir consejos consultivos en todos los estados. Estos consejos consultivos están integrados por artistas, luchadores sociales, académicos que permitan organizar el debate regional con los movimientos sociales, con los militantes de Morena, de tal manera que puedan en un espacio democrático reflexionar en relación con las problemáticas locales, hacer un diagnóstico de las necesidades formativas y las necesidades sociales que es necesario atender.

RAMÓN GROSGOQUEL. Precisamente. Hay un tercer punto que olvidé mencionar, que hay que tener presente, que consiste en pensar junto y con los movimientos sociales. Consciente de lo que acabas de mencionar, no se trata solamente de que un grupo de intelectuales críticos se reúnan y decidan por los movimientos sociales, sino que también se incorpore el pensamiento crítico desde los movimientos sociales y los intelectuales críticos que se producen desde ahí, que no necesariamente son académicos y en la mayoría de las ocasiones no lo son. Entonces, hay que incorporar también esa crítica, que viene desde esos lugares, a cualquier proceso de construcción de soluciones o propuestas de cara a la Cuarta Transformación.

CARLOS PAIZANNI. Justo vamos en esa misma tesitura: poder retomar y a largo plazo redefinir toda esta estructura informativa con base en esta ecología de saberes que bien has mencionado y que es importantísima. La escuela y estas propuestas que

emergen del Instituto y la Secretaría tienen ese horizonte muy presente. Ahora bien, tengo una pregunta sobre el extractivismo epistémico. ¿Por qué es tan relevante para nosotros en América Latina, en México, pensar desde un marco categorial diferente, no heredado, no asumido de manera crítica, sino pensarlo desde este horizonte original? Esto por un lado, y por el otro, ¿cómo es que esta teoría crítica tradicional, eurocéntrica, para poder renovarse ella misma, para poder subsistir a su propia crisis, hace uso de categorías y conceptos surgidos en el seno de la lucha social, del pensamiento latinoamericano, para poder subsistir en primer lugar, pero luego reciclarlo y vendérselo a nosotros mismos en México y en América Latina?

RAMÓN GROSGOQUEL. Sí, el extractivismo epistémico es sumamente importante, porque muchas veces ocurre y esto ha sido una constante del pensamiento eurocéntrico: la intención de apropiarse de categorías, de conceptos, incluso hasta de teorías producidas en el Sur global para luego reciclarlas. En primer lugar, es un problema ético, porque reciclan las teorías como si fueran de ellos, sin reconocer de dónde vienen, es decir, borrando, invisibilizando, inferiorizando al otro, pero a su vez viviendo del otro, en el sentido de apropiarse no solamente de sus riquezas, sino también de sus conocimientos.

Pero en ese reciclaje ocurre además que resignifican esas aportaciones que vienen del Sur global y las reciclan cuando han sido resignificadas; esta forma resulta muy problemática. Ahí, en este proceso, colonizan nuevamente las aportaciones dentro del proyecto moderno, dentro de perspectivas eurocéntricas y las reciclan ya con otros contenidos que no eran los contenidos originales de los cuales vienen y se producen esas teorías. Esto pasa no solamente en la relación Norte-Sur, incluso pasa en cierta inteligencia de izquierda occidentalizada y eurocéntrica dentro de nuestros propios países, que hacen este tipo de maniobras muy problemáticas. Estos procesos de resignificación y reciclaje terminan expropiando a los pueblos de sus propios saberes, que luego distorsionan con contenidos que no estaban en los propios saberes. Reciclaje de estos conocimientos, pero ahora con el nombre de ellos.

Esto yo lo veo como un problema ético y político al mismo tiempo. Ético, porque se apropian de conocimientos de otros sin reconocerlos, encubriendo de dónde vienen; y político, porque luego los usan con contenidos que son totalmente eurocéntricos y coloniales, aun usando las mismas palabras y los mismos términos. Por eso es que hay una dimensión de las cosmovisiones cosmológicas, una dimensión sobre la cual la modernidad, con la separación entre religión y mundo secular, ha realizado una división para reciclarse a sí misma, como si estuviera más allá de una cosmovisión y de esa manera justificar con un argumento



positivista-cientificista que tienen acceso a la verdad, a la realidad de manera científicista y recitarse como superiores al resto del mundo, porque los demás son supersticiosos, religiosos, etcétera.

Este mecanismo de colonización es un mecanismo de epistemicidio, pues también inferioriza los conocimientos de los demás a partir de este binario secular-religioso, lo cual resulta falso, ya que si estudiamos con detenimiento la modernidad ésta no es otra cosa que la secularización de las narrativas de la cristiandad y de muchas instituciones de dicha cristiandad. Si queremos entender la modernidad, hay que estudiar a profundidad la cristiandad, que nos da las claves para entender muchos mecanismos de los relatos y de las instituciones de la modernidad hoy.

Cosmovisiones como la ubuntu, pachamama o taojíd sobre las que habla Karina Ochoa, tienen la idea de la diferencia dentro de la unicidad, son cosmovisiones antidualistas que nos dan una entrada al mundo muy distinta, porque ponen a los seres humanos dentro de un mismo cosmos coexistiendo con otras formas de vida y ya no como los seres humanos separados ontológicamente de ellas. Ese dualismo cartesiano que impuso la modernidad ha sido problemático y destructivo. El antropoceno del que hablan los científicos hoy, lo localizan más o menos a partir del siglo xvii en adelante, y ahí es donde está en pleno apogeo la modernización moderno-colonial del planeta Tierra y la formación, ya en el plano epistemológico, de esa secularización de la cristiandad. Nótese que estoy diciendo cristiandad siguiendo al maestro Dussel, no cristianismo.

En la secularización de los dualismos de la cristiandad en Descartes, si nos fijamos con detenimiento, la idea de lo humano aquí y la naturaleza allá como algo demoníaco está ya en la cosmovisión de la cristiandad: es el dualismo como algo controlado por el demonio y acá en los poderes fácticos son los representantes de Dios en la Tierra. Entonces este dualismo, posteriormente secularizado en Descartes, se transforma de tal modo en la idea de que la naturaleza pasa de ser madre a convertirse en objeto inferiorizado, a tratarse como formas de vida inferiores que pueden ser destruidas sin que la vida humana o la Tierra se vean. Esa falacia dualista cartesiana empieza ahí, justo en el siglo xvii, donde identifican los científicos el comienzo del antropoceno, en el momento en que la civilización humana interviene en la reproducción de los ciclos de reproducción, ya en el plano biológico de la vida. Estamos hablando de una situación donde ya no podemos seguir diciendo lo que en el mundo moderno occidental decimos: «Los humanos somos destructores de la vida». Ha habido seres humanos viviendo en el planeta por miles de años y no han destruido la vida como ha estado pasando en los últimos 400, 500 años, y claro, eso tiene que ver con que no somos los humanos por sí

mismos, sino que es un proyecto civilizatorio el que está destruyendo la vida. Entonces hay que salirse del tema de que los humanos somos los destructores, cuando realmente lo que intenta este lenguaje es deshumanizarnos. Fíjense cómo la modernidad deshumaniza a los seres humanos y cuando se trata de sus propios éxitos dicen: «No, esto lo logramos los occidentales, llegamos a la Luna». Pero cuando se trata de los problemas que genera esa civilización, entonces se hacen humanistas. Esto es un problema civilizatorio que tiene que ver con unas lógicas que están destruyendo la vida y esas otras civilizaciones que existieron por miles de años nunca la destruyeron como la civilización actual, porque tenían otra manera de relacionarse en términos prácticos con el mundo, además de otra cosmovisión.

Este elemento de cosmovisión que está presupuesto en las maneras en cómo nosotros pensamos el mundo es lo que la izquierda ha abandonado, porque ella participa del mismo prejuicio moderno de lo secular y lo religioso, como si lo secular no tuviera una cosmovisión en su seno. Y lo peor de todo es que se trata de una visión cristianocéntrica disfrazada de científica o de filosofía moderna, que supuestamente está más allá de cualquier cosmovisión o cosmología. La inteligencia de izquierda que dice «yo soy ateo y no tengo que ver con eso» es el peor avatar de la cristiandad, porque es la que reproduce un esquema que viene de la cristiandad secularizada, encubierta como si no viniera de ella.

Hay que retomar esta cuestión de la vida también en el sentido de las cosmovisiones que están ahí, es decir, que no hay que inventárselas sino recuperarlas en nuestro propio pensamiento crítico como parte de la producción de teoría que permita la transformación revolucionaria del mundo en el que estamos. Ahora mismo estamos siguiendo un esquema moderno colonial en la propia visión que maneja la izquierda, tirando de lado todo lo que son estas cosmovisiones como si fueran cosas supersticiosas y usan la palabra religión de manera despectiva, lanzando por la borda todo eso como si no hubiera una cosmovisión en la propia modernidad en la que estamos metidos. Esa cosmovisión de la modernidad es la secularización de la cristiandad y, sobre todo, a través del paradigma del dualismo cartesiano. Posteriormente tenemos alguien como Hegel que sistematiza todo esto y nos presenta una historia mundial, universal, ya como parte de esas narrativas que se secularizan en su filosofía y constituyen nuestro sentido común. Pero el problema es que nosotros tenemos hasta ahora una narrativa histórico-mundial que, aunque mucha gente no tenga que ser un experto en historia o haber leído a Hegel, se reproduce como un relato por todas partes, en los medios de comunicación, en la escuela, en los contenidos curriculares, dándonos un sentido común falso y distorsionado de la realidad de nuestros pueblos. En esta visión de la historia nosotros



quedamos como pueblos inferiores frente a ese occidente superior, y ahí vienen toda una serie de problemas a través de los cuales mucha de nuestra izquierda termina por fetichizar la modernidad y abrazarla, porque se ha tragado el cuento de que la ciencia viene de la modernidad, que la libertad, la igualdad y la fraternidad son productos de la modernidad occidental y que la democracia es occidental. Entonces, cuando abres los ojos, estás tragándote toda una narrativa histórico-mundial que puede ser fácilmente falsable y mostrada como equivocada, pero que asume, produce y constituye nuestro sentido común. De ahí que el tema de descolonizarnos de las cosmovisiones hegemónicas de la modernidad es central y retomar otras cosmovisiones como punto de partida de un proyecto descolonial y transmoderno, pluriversal, constituye también un paso central en un instituto de formación política, pues puede hacer una gran contribución no sólo al proceso de la Cuarta Transformación en México, sino también al mundo y, sobre todo, a América Latina, porque todavía estamos en muchos sentidos colonizados por esas narrativas, aun en la propia izquierda.

KATYA COLMENARES. Parte del trabajo que hay que hacer es descentralizar este mundo, esta vida, esta historia, este modo de comprender la realidad. Y efectivamente, el capitalismo ha sido sacrificial en toda su comprensión del horizonte utópico, y en él estamos todos tomando algún tipo de lugar en esa estampida que va hacia la muerte, porque finalmente la historia mundial que produce el capitalismo va al suicidio colectivo. Todas esas narrativas, esas construcciones utópicas, hay que ponerlas en el centro de la discusión, eso es algo de lo que definitivamente la izquierda no se ha hecho cargo, por todo este prejuicio moderno de que lo espiritual está en un ámbito de superchería, que es el contenido valórico, que no es científico, entonces ha sido muy desprestigiado todo este discurso y en ese desprestigio se ha encubierto el gran mito de la modernidad y las utopías que están detrás de ella, que más que utopías son construcciones ideológicas para justificar un sistema de dominación.

RAMÓN GROSFUGUEL. Creo que una mirada de largo plazo es fundamental, porque cuando hablamos de una transformación civilizatoria hablamos de un proyecto de largo plazo y largo plazo no son diez años, son siglos, y la construcción de pensamiento utópico desde ahora, pero con giros descoloniales, es fundamental. Es un momento, ahora mismo, de crisis civilizatoria, pero es la oportunidad que nosotros tenemos de producir un pensamiento que nos permita poner un horizonte nuevo que sirva de brújula a la política y a lo político, de manera que transitemos o atravesemos esta crisis civilizatoria de la modernidad.

Hay cosas como, por ejemplo, el Estado moderno, que está ahí y no lo podemos saltar esta noche, eso sería ya un error político muy grave, pero sí

podemos desde ahora construir formas alternativas de autoridad política frente a ese Estado moderno. Por ejemplo, cuando miramos el proceso bolivariano, obviamente hay que ocupar el Estado como una manera de interrumpir las formas políticas de dominación, pero al mismo tiempo se hace un andamiaje por afuera de ese Estado, creando el futuro comunal, como se plantea en el pensamiento de Hugo Chávez y en la Revolución Bolivariana, donde se construye una alternativa al Estado moderno, que poco a poco vaya desde abajo autogestionándose, decidiendo a nivel popular y arrancándole decisiones. Pero eso es un proceso de horizonte de largo plazo, porque plantearse hoy eliminar el Estado moderno sería ya una cosa políticamente equivocada; pero sí se puede transitar hacia una nueva forma que supere su determinación moderna, es decir, un Estado transmoderno, comunal, que nos permita enfrentar esta crisis y conducirnos hacia un nuevo proyecto civilizatorio.

En el largo plazo a la utopía hay que dejarla abierta, pues ésta nunca se va a realizar, pero nos sirve de brújula. Es verdad, y Enrique Dussel tiene razón en eso: muchas veces las utopías no han correspondido con las realidades del mundo que vivimos y se han colapsado, pero han servido de brújula política y al mismo tiempo no debemos descartarlas *a priori*. ¿Y si pasara que la utopía que nos planteamos resulta que en la realidad es mejor todavía de lo que habíamos planteado? Ésa es una posibilidad, aunque hoy estemos en una realidad tal que nos hace muy pesimistas no la debemos cerrar completamente, debemos dejarla abierta y ver qué pasa en los próximos siglos. A lo mejor resulta que la utopía que nos imaginamos se nos quedó corta, que hay algo que ocurre que no sea peor de lo que imaginamos, sino que sea hasta mejor, entonces es mejor dejarlo abierto en este momento y no cerrarle completamente la puerta a la posibilidad de que la utopía se nos quede corta y lo que ocurra en la realidad sea una utopía mejor de la que habíamos imaginado. Dejo ese tema como un tema abierto, que por el momento nos sirva de brújula política y nos indique hacia dónde transitar y caminar. Esto lo digo en relación, por ejemplo, a la discusión del Estado. Construyamos un Estado comunal, pero quién sabe, a lo mejor en el futuro se supera el Estado y no es que no haya instituciones, sino que van a haber instituciones de autoridad política, pero que ya no serían lo que hemos visto hasta ahora.

En fin, por el momento hay que ponerle atención a la construcción utópica del futuro y pensarla ya no desde un laboratorio cerrado en cuatro paredes, sino pensada desde lo que ya está construyéndose en la realidad y desde lo que ya contribuyen muchos pueblos en sus propias prácticas de vida, que nos dan los insumos para pensar un mundo donde otros mundos se hagan posibles y este que tenemos hoy se haga imposible. ○



Feminismos descoloniales y horizontes utópicos.

Diálogo con Karina Ochoa

KATYA COLMENARES. ¿De qué manera la descolonización atraviesa también el feminismo y sugiere nuevos horizontes para la construcción de alternativas?

KARINA OCHOA. Siempre hablo de feminismos descoloniales en plural, porque creo que es difícil hablar del feminismo descolonial. El plural recoge las diferentes genealogías y trayectos sobre los que se va construyendo este campo de reflexión y de acción. Me gustaría comenzar mencionando cómo se hace el cruce entre el debate descolonial y el feminismo, porque muchas veces, cuando hablamos de feminismos descoloniales, lo que resalta es una fuerte crítica a lo que denominamos feminismo hegemónico. Cuando decimos feminismo hegemónico nos referimos a estas lecturas feministas que son profundamente eurocéntricas, que concentran su mirada en la experiencia de mujeres fundamentalmente blancas, de clase media, metropolitanas y que van construyendo toda una noción del sujeto-mujer como un sujeto universal, que en realidad da muestra de una particular experiencia acaecida en contextos profundamente occidentalizados.

Entonces, los feminismos descoloniales se insertan en un campo de discusión y de críticas a los feminismos hegemónicos, que son feminismos que acogen los paradigmas, los esquemas, los modelos y los nodos del proyecto moderno eurocéntrico y que no son capaces de mirar más allá de las lógicas de dominación entre hombres y mujeres que se establecen en la experiencia de las sociedades occidentales o que han sido occidentalizadas. En ese sentido, los feminismos descoloniales ponen sobre la mesa una veta de reflexión crítica que atraviesa, por ejemplo, por el cuestionamiento del concepto mujer, desde su pretensión universalizante que se acerca al modelo de mujer blanca eurocentrada. También ubica ciertas críticas a la categoría de género.

Con respecto a esto último podemos decir que diferentes expresiones de lo que llamamos feminismos descoloniales hacen una fuerte crítica a la categoría de género en varias direcciones; en primer lugar, en la dimensión política y práctica en el sentido de que la categoría de género se impone a la historia del feminismo latinoamericano a partir de la década de los 90 con la famosa conferencia de Beijing, cuando en el contexto del neoliberalismo y de los cambios globales llegan las grandes financiadoras a América Latina derrochando mucho dinero a través de las organizaciones feministas latinoamericanas para imponer la agenda de la transversalidad de género. En este punto hay toda una discusión que se da dentro del feminismo latinoamericano por la imposición de la agenda transnacional y por la pérdida de las banderas de los feminismos nacidos desde y en América Latina. En segundo lugar, también hay una fuerte crítica en términos epistémicos y del debate conceptual sobre la categoría de género, dado que ésta sólo alumbraba una realidad y oscurece otras que atraviesan por la existencia de las mujeres que somos racializadas y que venimos de las experiencias coloniales. Es decir, la categoría de género alumbraba las relaciones de dominación entre hombres y mujeres, pero, por ejemplo, no alumbraba sobre la relación que existe entre una mujer blanca estadounidense de clase alta, que además es patrona de un hombre racializado ilegal centroamericano que es jardinero. Como tal, la sola categoría de género no es capaz de alumbrar las realidades que también atraviesan a estos sujetos y a estas sujetas que somos racializados y estamos atravesados por la historia colonial. En ese sentido, por ejemplo, las mujeres afroamericanas utilizan el concepto de interseccionalidad para dar muestra de las realidades que vivimos mujeres y hombres que tenemos una historia marcada por la racialización y por el racismo, pero también por las lógicas de



clase y muchos otros marcajes de desigualdad que no se quedan únicamente en la categoría de género.

Los feminismos descoloniales son un campo de reflexión crítica en el que encontramos nodos problemáticos frente a esta mirada hegemónica del feminismo, pero también frente a la cuestión de los patriarcados. En este punto hay una discusión en América Latina que pone sobre tela de juicio el debate sobre los patriarcados ancestrales. Encontramos debates importantísimos donde contribuyen María Lugones, Aura Cumes y también otras compañeras de los feminismos comunitarios de Bolivia y Guatemala, voces diversas, entre las cuales están quienes no se reconocen a sí mismas como feministas, como es el caso de muchas compañeras indígenas, pero que han contribuido de manera muy potente a este complejo campo de los feminismos descoloniales.

Podemos ubicar una línea de reflexión que se identifica de manera muy temprana poco antes de la década de los 90 y se asocia al pensamiento descolonial hacia la primera década de 2000, como crítica al profundo eurocentrismo y occidentalismo del feminismo clásico o hegemónico, en el sentido de que este último, a pesar de ser pensamiento crítico y que puede percibirse como libertario, es un proyecto que acoge y contiene las propuestas epistémicas y políticas del proyecto moderno colonial.

Quiero enfatizar que esta línea de reflexión no nace con los llamados feminismos descoloniales; si nosotros salimos de ese límite vamos a ver que en América Latina, en el Caribe, en África y en otras latitudes hay una fuerte discusión desde muchas décadas atrás, donde se expone justamente el debate de cómo las luchas feministas no consideran a las mujeres marcadas por historias ancladas al colonialismo y al racismo. Pienso, por ejemplo, en el debate de *bell hooks* en la década de los 80, que confronta a Betty Friedan porque su categoría de mujer no

considera a las mujeres negras, ni refleja su experiencia. Mucho antes también Sojourner Truth, en el siglo XVIII, después de escuchar las demandas de las mujeres blancas en un congreso de mujeres mientras debatían sobre los derechos de la mujer en Akron (Ohio), se pregunta: «¿acaso soy una mujer?». Porque todas las narrativas que exponían las mujeres blancas, asociadas además a un sector de clase, no tenían nada que ver con las historias de las mujeres negras que habían sido esclavizadas. El debate del feminismo hegemónico que divide el espacio entre espacio público y espacio privado para explicar la subordinación de las mujeres, no tiene sentido para las mujeres que fueron esclavizadas y que no tenían acceso al espacio privado porque su proceso de esclavitud se desarrolló siempre en el espacio público de la producción esclava, de manera que incluso el espacio privado podía ser un espacio de privilegio porque significaba estar en una zona diferente al proceso de esclavitud que se daba, por ejemplo, en la pizca algodонера. Como éste hay muchos otros ejemplos. Está también el debate que abre Domitila Chungara, una de las líderes de las minas de Bolivia, que está registrado en un libro testimonial llamado *Si me permiten hablar*, donde se cuenta que en la década de los 70, en un congreso que conmemoraba el año internacional de la mujer realizado en México, Domitila confronta a una de las representantes feministas mexicanas, después de que ésta le pidiera a Domitila que dejara de hablar de la lucha de los obreros para centrarse en hablar de ellas como mujeres, a lo cual Domitila le responde algo como lo siguiente: «Vamos a hablar de nosotras. Mire, yo he visto que usted diariamente llega a este encuentro con un vestido muy elegante, con un peinado nuevo que seguramente le cuesta muy caro, en un carro con chofer, mientras yo llevo una semana con la misma ropa. Yo vengo a exponer mi lucha de las mujeres, esposas de los



mineros en Bolivia, y hoy me pide usted que calle esto para hablar de nosotras. ¿Qué de común hay entre usted y yo?».

Lo que Domitila le está diciendo a su interlocutora es que a pesar de que compartimos la condición de ser mujeres, no hay nada que nos iguale porque muchas veces nos atraviesan otro tipo de desigualdades que son mucho más fuertes que la condición de género y que tienen que ver con la historia colonial.

Domitila, al ser una mujer destinada a ser iletrada, rural e indígena, no pudo ella misma plasmar su pensamiento en escritura, sino que fue rescatado a través de la oralidad de su testimonio por una mujer, que además era europea. El pensamiento de Domitila pudo haberse perdido en el olvido de no haberse registrado. ¿Cuántas historias de lucha de estos otros feminismos se habrán perdido en la historia? Hoy en día, con el debate que han abierto los feminismos descoloniales se está ganando presencia en espacios como la academia o el debate político, lo cual permite cierto posicionamiento de la discusión en América Latina. Pero hay que tener claro que éste no es un debate nuevo, tenemos como desafío meter la cuña en los procesos de transformación política que se están dando en México y en diversos países de América Latina para visibilizar esto y profundizar la transformación de la realidad política, porque hay muchas contribuciones que hacer desde los feminismos descoloniales.

CARLOS PAIZANNI. Hay que pensar que cierta tradición de pensamiento crítico de izquierda eurocéntrico sigue vigente y sigue siendo retomado por algunos referentes de la lucha social en América Latina. Es necesario poner en cuestión ese entramado de teorías, que es posible adoptar críticamente, rescatar, redefinir, refuncionalizar a partir de un horizonte o un marco teórico que nos brinda el pensamiento descolonial. Es importante no olvidar que, por ejemplo, Habermas, insigne referente de la Escuela de Frankfurt, sostiene la necesidad de consumir el programa de la modernidad, sin tomar en cuenta las implicaciones que eso tiene para los países dependientes. Lo que quiero destacar es que no todo pensamiento crítico es crítico al mismo nivel, el pensamiento descolonial precisamente nos muestra la complejidad del entramado de dominaciones que necesitamos visibilizar para poder entender un problema en concreto y transformar su realidad. ¿Cómo se lleva a cabo una descolonización en el seno de una formación política?

KARINA OCHOA. Mencioné cómo los feminismos descoloniales hacían una fuerte crítica al pensamiento feminista hegemónico por ser profundamente moderno y colonial. Creo que ese mismo rasero es necesario y se ha utilizado desde la apuesta descolonial a las izquierdas y a los proyectos alternativos porque uno de los principales problemas

que notamos en los proyectos de izquierda de América Latina es que, al no realizar el proceso de descolonización, tienen las mismas complicaciones y no logran desestructurar muchas de las dinámicas del proyecto moderno colonial, lo que al final termina poniendo en jaque los procesos.

Éste es un debate que se dio en la primera Escuela Descolonial en Venezuela, donde participaron Ramón Grosfoguel, Enrique Dussel, José Romero Losacco y Juan José Bautista. Ahí discutimos respecto al problema fundamental que estaban viviendo los proyectos alternativos, de izquierda y el proyecto del socialismo del siglo XXI. Una cosa quedó clara y es que cualquier proyecto de izquierda o alternativo tiene que pasar necesariamente por este rasero descolonial, de otro modo vamos a recaer en los mismos problemas que han enfrentado los proyectos coloniales.

Una de las dificultades que encuentro es que muchos de estos proyectos parten de los principios políticos modernos coloniales; presuponen, en el fondo, que la condición humana se basa en el principio de defensa permanente; como consecuencia, en muchos espacios de participación política constantemente nos estamos defendiendo y reproducimos la lógica de la guerra permanente. Hay defensa porque hay desconfianza al otro, hay una incapacidad de abrirnos realmente a la posibilidad de generar esto que llamamos diálogos Sur-Sur. Lo digo porque en mi experiencia, dentro de los espacios feministas —aunque hablamos de esta otra lógica desde una perspectiva de horizontalidad—, las lógicas de poder operan con estos mismos principios. En ese sentido, creo que la descolonización es un proceso necesario, que pasa por desestructurar lo establecido. Ramón Grosfoguel nos convoca a realizar un ejercicio fundamental cuando dice que necesitamos hacer, en términos prácticos, una revisión de los problemas más cruciales que vivimos; el proceso de descolonización nos permite hacer una primera ruptura. Los aportes de Dussel son fundamentales en ese sentido, porque pensar una nueva política implica pensar otra ética, otro horizonte de sentido, otra forma de entender la vida y aquí es donde, en general, se ancla el debate, aunque pareciera que en Bolivia más bien comienza a avanzar con la construcción de otro horizonte de sentido.

El problema sustantivo es que seguimos pensando las alternativas con la lógica de la sobrevivencia y la defensa, o sea bajo los principios políticos del orden moderno colonial y no nos atrevemos a hacer también la ruptura en términos de los horizontes de sentido. Creo que el camino de descolonización va en paralelo, pero también lo que aborda Dussel en el sentido de ir construyendo otras formas de entender lo político a partir de un sentido ético, pero también de otros horizontes de sentido. Quizá cuando digo construir estoy utilizando mal



el término, porque en realidad ya existen muchos horizontes de sentido. El mundo musulmán, los budistas en Europa, donde hay experiencias recuperables como en el País Vasco, en Barcelona, en Andalucía; también en América Latina y el Caribe; lo que significa que en términos pragmáticos existen otros horizontes de sentido. Está también toda la propuesta en África que ha quedado relegada y que contiene otros horizontes ligados al principio de posibilidad de la existencia de la vida, el *tawhid* en el islam, que es la unidad dentro de la universidad. Existen horizontes de sentido que no fragmentan, que no tienen visiones duales y que nos permiten entendimiento de la totalidad, de la unicidad, y que nos lleva a la idea de la posibilidad de la vida.

El gran desafío es cómo a través del proyecto de la transmodernidad hacemos estas conjunciones entre la construcción de otras formas de vida y la recuperación de horizontes de sentido que son existentes y que han quedado relegados; campos de lo comunitario, de la espiritualidad, de las luchas. En ese sentido, la construcción de lo nuevo no es tan nuevo en realidad, sino que nos lleva a pensar lo político a partir de otro terreno ya existente.

Este proceso implica diálogo, pero también —creo que ésta es la clave— desestructurar lo establecido. Lo descolonial se puede encontrar con un límite, si no avanzamos a la posibilidad de construcción de otro horizonte o de múltiples horizontes que nos permitan entender la política desde otros fundamentos que tienen como principios la existencia, la vida y la unicidad. El problema está en la traducción de este proceso a la política, porque continuamente volvemos a la lógica del Estado-nación, de la representación. El reto está en pensar desde estos otros horizontes y estas otras formas del quehacer político y, al mismo tiempo, lidiar con las formas existentes.

Es importante que no perdamos la perspectiva crítica. Lo que está pasando, por ejemplo, hoy con la Cuarta Transformación es que no se ha salido del molde, de las lógicas eurocentradas, de los modelos democratizantes y no lo quiere hacer tampoco. Eso lo tenemos que decir porque si no lo decimos vamos a entrar en procesos de frustración muy pronto. Necesitamos empezar a hacer el quiebre descolonial y al mismo tiempo hacer la ruta de la transmodernidad. Aquí recupero la propuesta de Dussel de hacer de la actividad política un acto creativo, pero necesitamos también —y esto lo digo a todos los compañeros y compañeras que forman parte de las bases, los comités de Morena y los espacios de representación— atrevernos inevitablemente a ir construyendo de manera paralela, como lo hizo Hugo Chávez, el proceso de desestructuración de este orden y la configuración de una nueva forma. Trabajar en paralelo va a ser inevitable. No podemos esperar a que se destruya una cosa, para construir la otra, pero lo que es cierto es que el trabajo

descolonial implica un trabajo de desestructuración que tiene que dar un nuevo giro en el horizonte de lo que queremos construir.

KATYA COLMENARES. En el INFP estamos intentando llevar la descolonización a la formación política; nos parece fundamental hacer inteligibles todos estos problemas para que, aprendiendo de las experiencias pasadas, podamos iniciar nuevos caminos en la construcción de alternativas. Respecto al último aspecto que nos comentabas, me gustaría preguntarte: ¿cuál es el rol que juega la utopía en la construcción de alternativas y ahora también en la construcción de un sujeto? Porque finalmente hasta ese punto tenemos que llegar, estamos por la construcción de un ser humano nuevo y ahí la utopía es el camino que nos va a hacer andar de un modo distinto.

KARINA OCHOA. La inspiración utópica se vuelve muy activa en los momentos en que se desmantelan los sistemas o los órdenes previamente establecidos, es decir, la utopía como utopía, como apuesta, como posibilidad, se produce de manera muy activa cuando estamos en momentos de desestabilización del orden vigente.

Casi siempre se ha asociado el nombre de utopía con Tomás Moro, Bacon o Campanella; esto nos remite al siglo XVI. Casi nunca se resalta que la época en la que Tomás Moro está escribiendo *Utopía* en 1516, a sus 24 años de edad, está marcada por la experiencia de la colonización, del famoso y mal llamado descubrimiento de América, que además es el inicio del proceso de configuración del capitalismo y del expansionismo europeo. Es un contexto de ruptura del orden establecido, no sólo del orden europeo, sino del orden mundial y la inspiración utopista aparece en esos momentos. Ahora viene la gran desilusión, que casi siempre sucede, cuando yo cuento esta parte de la historia y también cuento que antes de Tomás Moro existió Christine de Pizan, quien nació en 1364, 150 años antes, y escribe el libro *La ciudad de las damas*, que es una inspiración utopista respecto a la posibilidad de una sociedad regida con los principios de las mujeres, una sociedad de mujeres. Curiosamente, Christine de Pizan está escribiendo en el Renacimiento temprano, en el contexto de la guerra de los 100 años, es decir, de las hostilidades inglesas ante el reino de Francia, o sea también en un momento de cisma, pero no como el que vivía Tomás Moro, porque el que vivía él, si nosotros seguimos todo el debate descolonial, es un momento en el que se está reconfigurando el sistema mundo, mientras que en el caso de Christine de Pizan se está reconfigurando sólo parte de éste. Es interesante su propuesta utópica. Lo comento sólo para mostrar que han existido diferentes momentos e incluso pensadoras mujeres que han hecho apuestas utopistas.



Qué es realmente esta imaginación utopista en momentos de crisis, qué significa. Comparto la perspectiva de Dussel al recuperar a Eduardo Galeano, cuando dice que la utopía sirve para caminar. Generalmente la utopía se asume como algo irrealizable y ahí no comparto. La utopía es justamente imaginar lo posible, como la no posibilidad de la manifestación absoluta de esa utopía. Es decir, no es la idea de que sea realizable en términos de copia y calca de lo que imaginábamos, porque al final esto pasa en nuestros procesos mentales: uno imagina las cosas, pero cuando las lleva al plano real nunca sucede exactamente lo que uno piensa, o sea, en ese sentido sí es irrealizable la utopía. Pero en realidad la utopía es el paso sustantivo y primero, justamente para la configuración de ese nuevo horizonte que tiene que ser manifestado y que en su manifestación va a encontrar procesos que no son similares a las formas que hemos pensado, pero que sí son la manifestación de esas formas de pensar. La utopía es realizable, pero no es idéntica a lo pensado.

Lo que quiero decir es que la utopía nos da la posibilidad de caminar, no porque sea irrealizable, sino porque es el punto de partida para constituir ese nuevo horizonte de sentido. Es el momento en que se empieza configurar ese otro sentido común que va a tener una manifestación que no será exactamente como lo pensado, sino de lo existido. Lo que tenemos que construir son utopías como un momento previo a la manifestación de lo posible; lo posible nos va a llevar a otros terrenos, donde lo utópico se va a desvanecer porque entonces va a ser lo posible.

Lo que estamos haciendo desde el debate descolonial es hacer un ejercicio doble, porque la deconstrucción implica al mismo tiempo un acto de construcción, e implica también el acto utópico, pero no el acto utópico como lo realizable, sino como el acto utópico que nos dará el horizonte de sentido que nos permitirá avanzar hacia una nueva manifestación de nuestra existencia. Esos procesos no son de corto plazo; ése es el problema sustantivo: son procesos que implican arcos de tiempo largo, que se llevan cien, doscientos, trescientos años. Es muy probable que no podamos ver los resultados y que lo vean los hijos de los hijos de nuestros hijos. Pero lo fundamental es que el acto utópico desafió el orden establecido y produjo en el arco del tiempo corto una práctica política y una manifestación pragmática, que no necesariamente va a generar de inmediato la desaparición del orden establecido, pero sí su desestabilización.

Ahora la apuesta tendría que ser empezar a construir ese horizonte utópico que nos abra la posibilidad de otro orden, el cual no va a ser una copia y calca en lo real. Tenemos que comenzar a construir nuestra utopía, eso es lo que nos toca hoy; dentro de cien años veremos si fue capaz de construir un

orden distinto. Lo que quiero decir es que hay que entrar al asunto de las utopías para la construcción de estos caminos de horizontes de sentido, que sí van a tener efecto en los arcos de corto tiempo y, en ese sentido, abrir los debates descoloniales. Hacer la desestabilización a partir de esta crítica descolonial nos puede ayudar a dar pasos para pensarnos desde una acción política y de vida distintas.

La utopía es realizable en la medida en que puede convertirse en sentido común, porque el sentido común se puede manifestar en la acción de la existencia. Recurrir a núcleos ético-míticos que tienen otros horizontes de sentido nos puede ayudar para hacer estos recorridos que ya están construidos y ya están manifestados. El diálogo, por ejemplo, con el mundo musulmán, con el mundo budista, con otros horizontes de sentido que vienen desde el mundo semita, desde los mundos indígenas, desde los mundos del África nos pueden dar elementos justamente para empezar a pensar ese otro mundo posible, que además sí está siendo posible, aunque está también limitado por el horizonte de sentido moderno colonial que excluye, invisibiliza y destina a la muerte a esos proyectos. ◉





La descolonización de la formación política.

Diálogo con Rafael Bautista

KATYA COLMENARES. En México, con la victoria de AMLO, hemos comenzado la construcción de la Cuarta Transformación, precedida de la Independencia de México, la Revolución Mexicana y la Reforma. La 4T vendría a completar un proceso de empoderamiento del pueblo mexicano que supone llevar a cabo una revolución de conciencias en virtud de que el pueblo pueda convertirse en la fuerza dirigente de este país. El INFP ha inaugurado sus trabajos en este contexto, para apoyar la revolución de las conciencias; para ello se facilitan materiales y acompañamiento para la formación política de la población y se contribuye en la construcción de redes que puedan servir de base a la organización política del país. Se está trabajando en todo el país en ese sentido y en ese esfuerzo se inscribe también la fundación de Escuela Nacional de Formación Política que hemos lanzado recientemente.

¿Cómo piensas la formación política con el objetivo puesto en llevar a cabo una revolución de las conciencias? La idea es que vayamos avanzando hacia las reflexiones que tienes desde el proceso de Bolivia, precisamente para aprender las lecciones de nuestro país hermano.

RAFAEL BAUTISTA. En primer lugar hay que clarificar qué tipo de conciencia ha producido la colonialidad moderna en la formación social y política de nuestros países. Me refiero al tipo de conciencia que la colonialidad ha producido en la subjetividad de los dominados y que yo llamo conciencia periférica o conciencia satelital. Esto es, aquel tipo de subjetividad que nunca se toma como centro a sí misma y, por lo tanto, siempre vive pendiente de un centro de referencia ajeno que prácticamente le ordena qué hacer, qué pensar, qué proyecto impulsar, qué política asumir, lo cual conduce, entre otras cosas, a nunca tener autonomía de decisión. Éste es un fenómeno que ni siquiera Quijano ha podido detallar. ¿En qué consiste la colonialidad del poder?

Así como lo estoy viendo, la colonialidad del poder puede ser mostrada como la transferencia sistemática de soberanía al centro del mundo. Esa transferencia unilateral de soberanía es transferencia de voluntad de poder, que en última instancia sería transferencia de voluntad de vida, cesión de plus-vida. Que literalmente unge de poder real al centro del mundo, o sea, al centro imperial. No solamente se transfieren materias primas y recursos energéticos, se transfiere plus-vida, que llena al centro y produce la realización plena y absoluta de su poder en cuanto poder imperial y universal. La colonialidad del poder provoca que los poderes locales no tengan ningún tipo de irradiación más allá de lo que establece el poder imperial y esto se da en todos los ámbitos y niveles, desde el académico hasta el artístico, desde el económico hasta el político, por eso decimos que se trata de transferencia de voluntad de vida, de poder soberano.

Toda producción, que podría ser propia y asumida como nacional, termina siendo simple renuncia a producir-se a sí mismo y anularse, para reconocerse como mero consumidor de lo que el centro produce. Por eso el imperio piensa de modo universal y condena a su periferia a no pensar y nunca tomarse a sí misma como referencia; sobre lo cual hay que subrayar: para ser verdaderamente universales hay que ser primero profundamente locales, y una conciencia satelital nunca empieza siendo local, o sea, nunca se ve a sí misma como centro de sus propias perspectivas. Entonces, si nos damos cuenta, ése es un factor decisivo para describir en qué consiste la conciencia colonial, la subjetividad colonial, o lo que preferimos llamar, la colonialidad subjetivada. Desde ahí el asunto ya no es meramente teórico o de aprendizaje formal o de educación, si se quiere, procedimental. Pasa por algo mucho más profundo; pasa por un ejercicio hasta de exorcismo de esta segunda naturaleza que, como un virus



invasivo, prácticamente nos condena a ser conciencia periférica, a estar siempre en torno a un centro que nunca es el nuestro sino en contra nuestra. Ahí nos condenamos siempre a ser, ya no sólo lo que dice Dussel, sucursaleros del centro en todos los aspectos, sino que básicamente nos privamos de nuestra propia voluntad de vida. Transfiriéndola a un centro que la recibe esa voluntad de vida como una unción, si se quiere, hasta superlativa, que la propia periferia le ofrece. Eso tiene como consecuencia inversa, en la propia periferia, la deshumanización plena y absoluta de todas sus capacidades morales, intelectuales, teóricas, productivas, etcétera.

Las propias elites del Tercer Mundo, como ejecutoras de esta situación, renuncian de modo voluntario a ser hacedoras y productoras de su propio poder, de su soberanía de decisión, cediendo eso al centro del mundo y privándose (y privando a su propia nación) de voluntad de vida, que de modo unilateral recibe el centro imperial como la magnificación absoluta de sus posibilidades; lo que, por dialéctica inversa, se manifiesta en nosotros como imposibilidades en todos los aspectos. Ser consciente de eso es básicamente entender por qué una revolución, en la propia subjetividad, tiene que ver con superar este tipo de percepción del sí mismo como mero reflejo de la percepción imperial. En ese sentido, «argumentar contra sí mismo» es la consecuencia de ser conciencia periférico-satelital.

KATYA COLMENARES. Entonces la formación política como medio para la revolución de las conciencias tendría que contribuir primero a la comprensión de cómo nos hemos constituido subjetivamente como colonia, pero en un segundo momento también será necesario que la conciencia emprenda el camino de la voluntad práctica hacia la producción de una nueva subjetividad y la construcción y organización de un proyecto político en concreto. ¿Ahí qué

papel tiene la formación política y cómo tendría que ser ésta?

RAFAEL BAUTISTA. Teniendo como referencia siempre a Bolivia, nosotros, en el Taller de la Descolonización hemos advertido que esto nos conduce a una transformación que no es simplemente teórica o política, sino existencial; es decir, tiene que producirse en cuanto cambio de vida.

La descolonización implica un proceso de limpieza de todo aquello que nos ha constituido como colonialidad subjetivada, es decir, como dominación naturalizada. Eso pasa por enfrentar al propio sistema de creencias y proponerse existencialmente una nueva creencia que inevitablemente pasa por la tematización o la toma de conciencia de las estructuras mítico-simbólicas que nos presuponen. La única forma que uno tiene de descreer definitivamente del sistema de creencias que ha producido la modernidad en nuestra propia subjetividad, es producir una especie de exorcismo en uno mismo, paralelamente a un tipo de formación política en el mejor de los sentidos, y acompañado de una necesaria restauración de lo ceremonial y ritual que poseían nuestras culturas. Aquí en Bolivia nosotros hemos descubierto una cosa: cuando los españoles en la conquista pretendieron concluir la con la famosa «extirpación de las idolatrías» (que básicamente tenía el propósito de sacarle el alma al indio), nuestros sabios respondieron con el *taki unquy*, una práctica ceremonial que cumplía la función de exorcismo, en el sentido de extirpar el espíritu invasivo que vino con la conquista y que no sólo destruyó los templos, aniquiló a nuestros sabios, amautas, quemó nuestros códices, *quipus* y, en general, el conocimiento de nuestras culturas; sino que, en última instancia, siempre se propuso extirparnos el *ajayu*, el espíritu, que es como la vida para nuestros pueblos.



Reponer el *ajayu* es algo que al pueblo le ha costado entender, pues mientras las relaciones moderno-capitalistas se expandían no sólo en la ciudad, sino incluso en el campo, más se desplegaba ese espíritu invasivo que, bajo la consigna de la modernización, apaga la capacidad popular de liberación mediante el abandono paulatino de lo más nuestro, desde los alimentos y la medicina, hasta la espiritualidad.

Entonces, una formación política vista de modo clásico no sirve si no es acompañada por esta necesaria vuelta al carácter espiritual que nuestros pueblos habían desarrollado en consonancia con una forma de vida natural, es decir, de respeto con la fuente de la vida. Esto pasa por insistir en la recuperación de esa vivencia telúrica que la política, hasta de izquierda, nunca ha tomado en serio. Por ejemplo, el hecho de *wajtar* (ofrendar como permiso, como agradecimiento) antes de hacer una reunión es fundamental para nosotros. En el Taller de la Descolonización hemos trabajado algo que a Karl-Otto Apel (el máximo representante de la ética del discurso), en su exposición del concepto de la «comunidad ideal de argumentación», le falta: un capítulo serio que nos indique el modo de ingreso a una «comunidad de argumentación». Eso nuestros pueblos lo tenían bien claro: no se ingresa directamente de modo práctico social, cumpliendo sólo formalidades, hay que ingresar de modo ritual. Por ejemplo, los indios de Estados Unidos antes de conversar fuman la pipa; aquí, antes de conversar nos pijchamos coca, ¿por qué? Porque necesitamos generar el ambiente ideal para que la discusión no se haga pelea, sino que se convierta en diálogo. Así se produce, de modo real, una «comunidad ideal de argumentación», es decir, se generan las condiciones plenas para que podamos crear palabra, ya no solamente palabra viva, sino palabra dulce y pacificadora, limpiadora y curadora.

En la *wajta* siempre invocamos a los ancestros, siempre invocamos al pasado, a la antigüedad sagrada, para que ellos también sean partícipes de la «comunidad de argumentación». Recuperar los rituales ceremoniales es fundamental, porque eso nos conduce a poder producir un nuevo *sistema de creencias* y eso es, en definitiva, el parteaguas que hace posible generar un nuevo sentimiento, una nueva sensibilidad, que es la base de todo nuevo pensamiento. Cuando esa nueva creencia la asumes ya de modo consciente y, paralelamente, realizas su articulación con una adecuada formación política, entonces se empiezan a desmoronar todas las falacias y las miserias en las cuales se revuelca el mundo moderno y el capitalismo. Ahí es cuando empiezas a ver que lo que comes, lo que piensas, lo que vistes, lo que lees, lo que aprendes está pensado y producido para hacernos miserables, para quitarnos la voluntad, el alma.

Descubrir eso en uno mismo es fundamental; de modo que si la formación política no tiene ese

componente, es una formación sólo superficial y no toca el meollo del asunto, que es sacarnos ese virus invasivo llamado modernización, que mediante sus propios mitos —el desarrollo y el progreso— básicamente opera en nosotros una segunda existencia que nos toma como simples mediaciones para que se reproduzca, se renueve y se restituya el espíritu depredador de la modernidad y el capitalismo.

KATYA COLMENARES. En México lo tenemos doblemente difícil en ese sentido, porque en Bolivia todavía hay una población originaria mayoritaria, pero aquí la mayor parte de la población de las urbes es mestiza, o sea, moderna, y hay un empobrecimiento muy fuerte de la cultura, entonces no tenemos ese bagaje, ni esas raíces tan cercanas. Las hay en los pueblos originarios, pero realmente pensemos que ahorita la población indígena originaria se reduce a menos del diez por ciento de la población de México.

RAFAEL BAUTISTA. No creas que aquí es tan distinto. El golpe en Bolivia fue provocado por ese racismo solapado a nombre de la modernidad, que impacta sobre todo en los sectores populares (quienes históricamente son los más excluidos del «goce moderno»). Por ejemplo, cuando se tiene poder adquisitivo para comprar un celular, cambian las nociones y los parámetros del horizonte de expectativas que se tienen, modernizándolas. ¿Dónde se podría incidir para que esto sea posible de interpelación en las propias expectativas?

La juventud actual está inclinándose, aunque sea de modo romántico, a estas opciones llamadas ecologistas, como, por ejemplo, la comida consciente; por ahí se puede abrir brecha para introducir esta tematización del retorno a lo natural, de la recuperación de lo espiritual y ceremonial en nuestras vidas. El ecologismo ahorita es una puerta que nos puede servir para recuperar lo espiritual que hemos perdido, lo mismo que un alimento consciente, para aprender a valorar lo nuestro. Esta moda de volver a lo natural debe dejar de ser moda y hacerse apuesta de vida; es necesario abrir capítulos referentes a eso en la formación política, además de permitirle al individuo sentirse como en una verdadera comunidad en la cual la producción no es mera producción, sino lo que produce humanidad.

Por ejemplo, la Escuela India de Warisata aquí en Bolivia era una escuela productiva, los estudiantes no solamente aprendían, sino que producían, sembraban, cosechaban. Yo creo que ahorita una escuela de formación política debe ser al estilo de Warisata, es decir, tiene que promoverse una generación de cuadros políticos que sepan qué significa producir el alimento, qué significa producir la vida, para desde ahí empezar a transformar su sistema de creencias. Ahí la formación se cualifica y encaja ya no sólo en el deseo de liberar al pueblo o producir un mundo nuevo, sino que se hace efectiva



actualidad en uno mismo: uno mismo tiene la experiencia de cómo su vida se está transformando para bien, y eso es lo que genera en uno lo que llamo conciencia anticipatoria, es decir, anticipar en uno mismo el mundo que queremos proyectar.

Efectivamente ése podría ser el camino para descubrir, como afirma Hinkelammert, «el circuito natural de la reproducción de la vida», que sería no un modelo utópico a seguir sino un horizonte para analizar las condiciones de posibilidad de la vida humana y producir alternativas prácticas al modo de producción capitalista que ha impuesto la modernidad.

KATYA COLMENARES. Ahora bien, pensando en la formación política que llevó a cabo el proceso de cambio en Bolivia, ¿cómo se puede entender lo que está pasando ahora?, ¿qué se hizo en formación política?, ¿qué no se hizo?, ¿qué faltó?, ¿cuál es tu lectura en ese sentido para poder comprender lo que está sucediendo? Porque de alguna manera, en procesos como el de México, nos estamos mirando en un espejo a propósito de lo que podría pasar también acá si es que no se hace un cierto trabajo de formación política. Nos llama la atención que Evo Morales llegó a la presidencia con una aplastante mayoría y con un pueblo sumamente organizado; era común ver a la gente de a pie reunida en las calles tomando decisiones en asamblea. ¿Qué pasó respecto a la formación política durante estos 13 años en los que Evo Morales ocupó la presidencia? ¿Por qué, cuando viene el golpe, no vimos inmediatamente toda esa organización popular?

RAFAEL BAUTISTA. Se descuidó por completo la formación, pero estoy hablando de formación en el pleno sentido de lo que eso significa, digamos como la conformación del sujeto de la revolución, es decir, la formación del «hombre nuevo», como decía el *Che*.

No hay que olvidar que Evo procede de una escuela sindical, y escuela sindical es entre comillas, porque básicamente los dirigentes se forman de modo improvisado, a la sazón de la lucha política. ¿En qué consiste la escuela sindical? En una que otra charla de algún intelectual, que suele, por lo general, hacerles un análisis de coyuntura. Pero eso no es formación, eso no es escuela. Mucha dirigencia que en el gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS) estuvo en ámbitos de decisión provienen de esa tradición sindical, es decir, nunca vieron la formación como algo fundamental. Muchos de los dirigentes sostenían: «yo no me he formado y mira, he llegado a ser dirigente máximo o diputado». En el fondo piensan que la formación no es tan necesaria. Entonces, cuando el MAS asume el gobierno, los dirigentes descuidan la formación política de las bases, porque ellos mismos no proceden de la experiencia de una sistemática formación política.

Alguna vez, uno de los que tenían un puesto de decisión me confesó: «hemos confundido formar con informar». A eso se acostumbraron. Para ese tipo de dirigencia, que se hace en la lucha y llega a instancias de poder, la formación es secundaria, porque la lucha lo es todo; entonces eso suele degenerar en la mera astucia y persuasión como mérito político y creen que les basta eso cuando ya se trata de ejercer el poder. Ellos han sido producto de una experiencia que no ha sido de las mejores. Por ejemplo, casi toda la dirigencia que ha acompañado a Evo es producto de una lucha sumamente hostil contra el régimen neoliberal y sus gobiernos. La lucha era a muerte, de manera que ellos vivían con ella a diario. Entonces, una vez siendo ya poder político, siguen actuando desde esa experiencia, no la superan y reaccionan ante cualquier crítica o desviación de la línea impuesta como si fuera traición; eso genera el celo político, la negación de cualquier desvío de la línea política. Es como si en la vida pública continuaran viviendo en la clandestinidad. Ese tipo de cosas debe saberlas superar el revolucionario, para que la formación no se reduzca a ser simple adoctrinamiento.

Alguna vez una dirigente criticó las escuelas de formación política, porque estaban formando «gente crítica». Entonces la pregunta era: ¿qué tipo de militante se quiere? Si el cuadro político no es crítico, será un simple obediente a todo lo que dicta la línea matriz de los dirigentes de arriba. Esa es la idiosincrasia que el sindicalismo tampoco ha superado. Y es una tara que se arrastra y que, en momentos decisivos, como fue el golpe de Estado de 2019, nos enseña a qué tipo de consecuencias conduce esa ausencia de verdadera formación política, como formación integral de un «hombre (varón y mujer) nuevo».

Por otra parte, previo al golpe, desde 2018 estuve anunciando que se estaba produciendo una revolución de colores en Bolivia; lo hice en un texto que se titula *¿Cómo se produce una revolución de colores?* El fenómeno consiste en implosionar un proceso desde adentro. Entonces, ¿qué pasaba? El gobierno del MAS, sobre todo desde la promulgación de la nueva Constitución, fue cediendo sistemáticamente las banderas de la propia revolución. Fue cediendo hasta el «vivir bien», la descolonización y el Estado plurinacional. El propio vicepresidente, cuando hablaba del Estado, no se refería a él como plurinacional, sino al Estado liberal. Por su parte, Evo estaba encantado con los logros económicos, pero en la misma lógica del capitalismo y la economía del crecimiento. Mucha gente que al principio había apoyado el proceso de cambio se empezó a desencantar cuando el gobierno hizo pactos bastante sospechosos con la agroindustria, con el sector oligárquico del oriente del país; incluso se postergaron normativas constitucionales sobre la tierra, lo que les permitía a los grandes



hacendados seguir acumulando enormes cantidades de tierra. Eso propiciaba que la oligarquía no sólo asegurara su poder económico y político, sino que lo amplificara.

Es costumbre que cuando la elite revolucionaria desconfía del pueblo tiende a pactar con la elite sobreviviente de la oligarquía todavía reinante. Esto condujo no sólo a una serie de errores, sino a una pérdida de horizonte histórico y político. El gobierno empezó a perder legitimidad y, por dialéctica, alguien tuvo que recibirla, como beneficio inmerecido. Sin hacer nada, la derecha empezó a recibir esa pérdida de legitimidad que estaba sufriendo el gobierno cuando ya no mantuvo la fidelidad a las banderas que hicieron posible el proceso de cambio. Las fue cediendo. El descontento se agravó cuando tuvimos el incendio provocado de la Chiquitania y el pantanal boliviano. Se manipuló muy bien el asunto para hacer creer a toda la gente que esto era responsabilidad absoluta del gobierno, cuando, por detrás, había intereses de los hacendados del oriente, quienes vieron como una amenaza el hecho de que el gobierno del MAS dotara de tierras a los interculturales (campesinos colonizadores de tierras) del occidente del país, con el fin de que fueran a poblar extensas zonas del oriente. El racismo señorialista vio esto como una especie de invasión *kolla* (del mundo aymara). El incendio se urdió como un falso positivo que concluyó en la escenografía perfecta para provocar el golpe. La quema no fue sólo responsabilidad de los interculturales en el chaqueo (chaquear se dice a la quema de tierras para sembrar). La mayor cantidad de quema de tierras fue responsabilidad de los hacendados, que necesitaban limpiar extensas cantidades de tierra para hacer posible la extensión de monocultivo de la soya y el palmito para su futura exportación.

En todo esto había intereses crecientes para desplomar la imagen del MAS y sobre todo de Evo, por lo que representa. De modo que todo se fue enervando, inflamando el regionalismo cruceño por la presencia de interculturales kollas; ese fue el pretexto para generar, otra vez, el regionalismo anti-kolla. El descontento se atizó más todavía cuando el MAS aprobó un decreto que extendía la frontera agrícola y permitía transformar bosques en tierras de sembradío (que favorecía más que todo a la agroindustria), aunque la reglamentación estaba en suspenso. Con todo eso, la merma de legitimidad del MAS sufrió la implosión definitiva. El desencanto coadyuvó a la insurgencia oligárquica y fue instrumentalizado muy bien para desencadenar el racismo señorialista urbano, que empezó a transferir a la figura de Evo todo lo peor que uno pueda imaginar. Ahí trabajaron muy bien los medios de comunicación para horadar la legitimidad del gobierno y, a través de una muy sutil propaganda de desprestigio, se encendió el racismo prevaleciente sobre todo en las clases medias urbanas.

No ha habido otro gobierno que haya desarrollado tanto la infraestructura nacional, incluso generando un amplificado ascenso social, sobre todo en las urbes, pero aun así el señorialismo urbano no iba a consentir jamás que un indio y «el indio hecho poder», le desafiara el liderazgo nacional. La oposición urbana, subsumida por el interés oligárquico que deseaba reponer su liderazgo, fue la base de legitimación de la insurrección derechista que, magnificada por los medios, hizo creer al mundo en una «rebelión popular contra el tirano». Por otra parte, el discurso gubernamental ya había ido vaciándose de contenido plurinacional y, de ese modo, cedió legitimación a una derecha de creciente empoderamiento. Los últimos discursos presidenciales, sobre todo del vicepresidente, ya no tenían la fuerza ni la mística de antes; mientras el pueblo estaba vaciándose de unción democrática por el empoderamiento derechista, no se dieron a la tarea de ungir, otra vez, al pueblo con el espíritu democrático-popular-revolucionario. Todo el discurso gubernamental se había hecho profundamente tecnocrático, fuera de foco, prácticamente anacrónico mientras se rearticulaba la reacción derechista bajo el lenguaje democrático, haciendo aparecer al gobierno como antidemócrata.

Cuando el pueblo estaba siendo vaciado de unción democrática y las clases medias empoderadas y cooptadas por el racismo señorial eran las depositarias únicas de lo democrático, se generaron las condiciones sociales y la escenografía de una supuesta revolución democrática. Entonces, cuando se da el golpe, con el ejército y la policía desconociendo al gobierno constitucional, el pueblo, que ha sido vaciado por el propio gobierno de su unción democrática, se encuentra arrinconado, huérfano, sin poder enfrentar la movilización urbana que ya decantaba un racismo abierto. Se había producido un vaciamiento de legitimidad del propio movimiento popular, cosa que el gobierno nunca comprendió y que se tradujo en la pérdida de los valores simbólicos del propio proceso (que tanta ilusión habían despertado). Incluso, retóricamente, se fue abandonando la descolonización, el vivir bien y el Estado plurinacional; el eurocentrismo de la izquierda exponía, otra vez, su ausencia de identidad plurinacional y aparecía con un lenguaje electoralista y con los mismos tonos de la derecha. Se había perdido lo sagrado de la política, el horizonte que daba sentido al proceso de cambio, y sólo quedaba el puro cálculo político, la lucha espuria por la pura mantención del poder.

En esa apuesta el gobierno se había metido de modo ingenuo en el juego de la derecha. Era como si el proceso de cambio hubiera sido sólo una aventura personalista, dictatorial, autoritaria, totalitarista; la derecha tenía todos los argumentos para defenestrar todo lo que hacía el gobierno, aunque fuera lo mejor para el país. Todos estos factores son



indicadores de que hubo una premeditada y sistemática provocación de un escenario que sólo podía acabar en violencia. La supuesta sucesión constitucional, con participación en su negociación incluso de agentes externos, demostrará que se trataba de la ejecución de una guerra híbrida, cuya conclusión fue un golpe blando, pensado para implosionar la propia democracia; se trataba de una revolución de colores.

Conclusión: el pueblo no puede ser abandonado a su suerte, no puede ser desplazado por un sujeto sustitutivo, que en este caso fue la representación gubernamental de la izquierda del siglo xx, empoderada en el proceso de cambio, que repitió simplemente sus dramas y sus credos revolucionarios —que ni en el siglo xx funcionaron— y que, de modo empecinado, quiso ver en el proceso de cambio boliviano una simple continuación de sus dogmas. Todo eso fue instrumentalizado muy bien, no por la derecha de acá, sino por injerencias externas que hicieron que esta suerte de transferencia de legitimidad a la derecha provocara el golpe blando, donde la función del ejército fue fundamental para que hubiera esa espuria figura de la sucesión constitucional.

Con Evo, ni el ejército ni la policía salieron a reprimir a los manifestantes clasemedios, pero una vez que los golpistas se hicieron del poder, ese mismo ejército y esa misma policía produjeron más de cincuenta muertos en la rebelión popular contra el golpe. Entonces tampoco fue un golpe tan blando, sino que fue un golpe digitado desde los ámbitos más oscuros de los poderes fácticos con capacidad de injerencia sobre los aparatos coercitivos del estado (que en Bolivia siempre tuvieron tradición antinacional y golpista).

KATYA COLMENARES. ¿Cómo ves el papel del partido en todo este proceso de construcción de la transformación? En México, Morena se consolida como partido con muy poco tiempo y realmente se registra como una maquinaria electoral que acompaña a Andrés Manuel López Obrador para poder lograr el objetivo de ganar la presidencia. Se aglutinan millones de voluntades en torno a su liderazgo y se alcanza la meta. Morena tiene muy poca historia como partido, e inmediatamente que AMLO ocupa la presidencia se vacía, porque los mejores cuadros, los actores políticos que tienen mayor claridad en el proyecto de nación, se van al gobierno. En consecuencia, nos queda un partido muy débil y viene la tarea de construir ese partido, pues en la vorágine de sumar para lograr el objetivo ingresó gente con intereses más bien autorreferentes, que no necesariamente ven la política como un ejercicio al servicio del pueblo y están más preocupados por ocupar puestos.

Me gustaría que nos compartieras tu reflexión sobre el papel que tiene el partido político una vez que se

ha logrado el objetivo de llegar a las instituciones del ejercicio del poder. ¿Qué trabajo tendría que haber hecho, por ejemplo, el MAS en Bolivia? Porque, como bien dices, el partido no se puede quedar en un adoc-trinamiento de nuevos cuadros, sino que tiene que formarlos para un futuro, para nuevas metas que quizá el mismo líder ni siquiera vislumbra. En este sentido, quisiera resaltar que Morena y el MAS tienen una similitud: los dos son partidos que se proponen ser movimiento. Morena es el Movimiento de Regeneración Nacional y el MAS es el Movimiento al Socialismo, es decir, son partidos que no tienen una identidad estática, sino que se fundan como un proceso, más allá de lo que son en el presente. Entonces, ¿cómo ves tú ese papel del partido, del partido-movimiento que tendría que haber tenido el MAS y del cual podríamos aprender ahora aquí en México?

RAFAEL BAUTISTA. Bueno, en primer lugar, mucha gente da por acabada la historia de los partidos, pero yo no lo veo de ese modo. ¿Por qué la derecha puede prescindir de la forma partido? Porque tiene, en todos nuestros países, a las universidades como sus ideales centros de formación política. Entonces no les hace falta la forma partido, porque el papel de centros de formación política lo cumplen las universidades que forman neoliberales, profesionales de derecha, incluso fascistas.

La izquierda sí necesita la forma partido como centro de formación política, como centro de formación de cuadros. Algo que aquí no se hizo y es una gran deficiencia que en su momento criticamos, y que creo es lo que deberían hacer en México, es generar, paralelamente a la forma partido y auspiciados por los ministerios o secretarías, centros de formación de la burocracia pertinente al Estado que quieran constituir, de tal forma que la actual pueda ser desplazada poco a poco por nuevos cuadros burocráticos que se formen con los nuevos ideales y el nuevo horizonte político del nuevo Estado. Con eso, como decimos, matas dos pájaros de un tiro: toda la burocracia en el nuevo Estado necesita de un aval, pero ese aval no puede ser político, tiene que ser un aval de formación que le permita al militante ascender jerárquicamente como burócrata, asegurando al mismo tiempo que no solamente tenga compromiso, sino que sepa muy bien hacia dónde se dirige y conduzca el horizonte político del Estado que se quiere construir.

Eso acá no se hizo, porque las escuelas dedicadas a la formación de la burocracia lo único que enseñaban era la modalidad normativa del neoliberalismo, es decir, las leyes canonizadas que hacían funcionar al Estado como mero administrador. Nunca formaron cuadros burocráticos que desarrollaran el papel político (lo político, no la politiquería) del Estado. En cambio ustedes podrían hacer lo que aquí no se hizo: los ministerios o secretarías tienen que tener sus propias escuelas de formación donde



se eduque a los funcionarios en el nuevo horizonte estatal y que eso sea requisito para el ascenso profesional, de tal forma que al interior de las secretarías se pueda ver quiénes son los mejores elementos, los más idóneos para estar en ámbitos de decisión, para poco a poco ir desplazando a la burocracia antigua para que ya no esté en ámbitos de decisión y que quien los ocupe sea la nueva burocracia, producto de las escuelas de formación político-ideológica.

El partido y las escuelas de formación de la burocracia deben formar cuadros burocráticos, ambos son paralelos, porque una vez en el gobierno hay que aprovechar esa circunstancia de poder conformar una nueva burocracia que sea pertinente al horizonte que se traza el nuevo Estado o lo que quieran hacer como nuevo gobierno.

Hasta ahora los partidos de izquierda nunca se pusieron a estudiar seriamente cómo las iglesias evangélicas logran no sólo audiencia, sino amplificar su foco de irradiación y, en el mejor de sus momentos, incluso logran ser una masa crítica suficiente para ser una suerte de referente nacional. ¿Cómo lo hacen? Yo creo que los políticos de izquierda deberían ponerse a estudiar, porque si te das cuenta la iglesia evangélica logra lo que los partidos políticos ya no pueden, que es básicamente llamar la atención e incluir a una buena cantidad de gente que sufre el anonimato, la pérdida de referencias vitales y hasta existenciales. Las iglesias evangélicas logran muy bien captar ese tipo de gente, y eso es lo que deberían de hacer los partidos políticos de izquierda. Por eso también estoy hablando de generar una nueva creencia, donde la gente pueda recuperar su propia humanidad perdida.

Me parece que los políticos deberían aprender cómo hacen las iglesias evangélicas, no para copiar, pero sí para entender, porque básicamente un partido debería constituir desde la base comunidades de argumentación política (subrayo comunidades). Por eso el factor productivo es clave. Imagínate cómo podrías formar políticamente a madres de barrio si no es a partir de darles insumos prácticos que les sirvan en su vida diaria, como, por ejemplo, cursos de cocina, promover alimentación consciente, cursos para aprender a tejer, fomentar la recuperación de la artesanía popular, actividades que son básicas y fundamentales, no sólo para sobrevivir sino para rescatar la identidad y conciencia nacionales.

Se puede empezar a generar y relacionar comunidad, producción y formación política; para esto se requiere la transformación de la idea misma del partido como un ente sólo político. El concepto de partido tendría que ser algo mucho más expansivo, como un centro auténtico de formación integral en todos los sentidos.

RAFAEL BAUTISTA. Claro, porque la gente, ¿a qué es fiel? A los lugares donde puede, de modo comunitario, solidario, recíproco, reproducir su vida, aunque sea sólo de manera afectiva; a eso es fiel la gente. Eso demuestra la vulnerabilidad humana y el hambre actual de reconocimiento y humanidad.

¿De qué le sirve a uno ir a un centro de formación donde lo que recibe es abstracto, especulativo o carente de interés? ¿Simplemente por un afán de buscar un posible trabajo? Yo no soy fiel a eso, estoy ahí de modo circunstancial. ¿Dónde soy fiel?, donde me siento persona, productivo. El problema de los políticos es que siempre tienen una visión inmediateista y quieren resultados rápidos, circunstanciales; pero la formación no es rápida, pero tiene logros mucho más contundentes en el largo plazo. 🍷



KATYA COLMENARES. *El partido sería un centro para la reproducción de la vida digna en comunidad.*



FEMINISMOS A LA IZQUIERDA





Feminismos a la izquierda en América Latina. Luchas hermanas y retos comunes

**Andrea Ávila, Verónica García,
Sol Magno y Tania Sánchez**

ANDREA ÁVILA. Pensando en los militantes de nuestro partido, Morena, mujeres y hombres que no sólo se concentran en la Ciudad de México sino en distintas entidades federativas, supongo que para ellos, en su mayoría, éste es el primer acercamiento a los temas de perspectiva de género. Es por eso que quisiera hacerles esta pregunta, a modo de una ronda inicial de definición: ¿qué es el feminismo?

TANIA SÁNCHEZ. El feminismo es un movimiento político. En principio es un posicionamiento político, que al igual que otras posturas tiene distintas vertientes que han ido evolucionado en el tiempo. Su objetivo principal es lograr construir, luchar, instaurar condiciones igualitarias para los seres humanos. Hay que partir de eso, tomando en cuenta que en un sistema patriarcal que tiene diversas expresiones, en un sistema capitalista, además, colonial, dependiendo de los contextos, son las mujeres, por su condición de mujeres, las que se ven en desventaja. Y es la mayoría de los hombres quien tiene ciertos privilegios que le cuesta soltar. El feminismo, a pesar de las distintas posiciones que tiene y las distintas vertientes teóricas que construyen este movimiento, tiene como fin específico lograr la igualdad y la equidad. Ahora, y es importante decirlo, desde qué feminismo militamos; porque no se trata de cualquiera, sino de lograr igualdad y equidad desde dónde y atacando qué. El feminismo sí plantea que la subordinación de las mujeres está altamente fortalecida y promovida por el capitalismo, por el colonialismo y por la apropiación del trabajo de las mujeres hacia fuera, el productivo, pero también el trabajo reproductivo.

SOL MAGNO. En Argentina decimos que el feminismo es justicia social. Y creo que eso es, en una

oración, y es importante al ser militantes de una organización política. En este caso, peleamos por la igualdad y principalmente por la justicia social, lo cual, para nosotros en Argentina, tiene que ver con un concepto que viene del peronismo, con una intervención del Estado para trabajar por la equidad. La nueva escuela feminista de los últimos años viene a sumar un nuevo concepto que es interesante, que le disputamos a la derecha, al neoliberalismo, que es el concepto de libertad. Se decía que entre la igualdad y la libertad había contradicción, pero queremos demostrar que no es así. Queremos ser iguales y para poder ser iguales también debemos ser libres. Así que el feminismo es esto: la búsqueda de igualdad y libertad.

VERÓNICA GARCÍA. El feminismo es un movimiento de izquierda que lleva varios años de lucha en favor de conquistar los derechos de las mujeres: gracias a las feministas tenemos la posibilidad de votar, de decidir sobre nuestros cuerpos, la posibilidad de luchar por los derechos laborales. Como movimiento colectivo y como partido apelamos a un feminismo popular, comunitario, un feminismo que represente mujeres latinoamericanas y que involucre a la gran diversidad que tenemos en la región; que se pregunte de qué modo hacemos interlocución con las mujeres indígenas, con las afroamericanas, con las afromexicanas, con las afrolatinas. Es necesario conectar con un feminismo que vienen trabajando mucho las bolivianas, que es el feminismo comunitario que posibilitó una lucha plurinacional y esa representatividad en las mujeres en Bolivia con Julieta Paredes. Ahora con tanto feminismo, habría que decir que hay un feminismo netamente de izquierda para nosotras, que surge de las mujeres que nos antecedieron y que nos han legado esta lucha histórica por la igualdad y por la justicia social.



ANDREA ÁVILA. *Es importante que se comparta esa visión de lo que es particularmente el feminismo, porque tenemos diferentes trabajos o diferentes actividades y desde ahí lo vamos alimentando. Y estos son conceptos que le van sirviendo a las compañeras militantes, simpatizantes y en general a la población para que hagan su propia realimentación.*

Reconocemos que el feminismo tiene que ser política de Estado, parte de lo que se tiene que desarrollar como políticas públicas. Ahora bien, si nosotras hablamos de que el feminismo es parte de un movimiento de izquierda, estamos hablando de una lucha, y cuando hablamos de lucha es porque tenemos situaciones adversas que nos conducirían a hablar de una cierta rebelión en tanto búsqueda para alcanzar una situación mejor de la sociedad. Es decir, el feminismo no busca sólo beneficiar a las mujeres o ponerlas en situación de superioridad sobre los hombres, sino que busca que la sociedad nos incorpore como iguales, que ofrezca una vida digna para todas las personas, de modo que tenemos que empezar por darle un impulso para poder llevar a las mujeres a eso. Ahora, el primer punto a tratar sería el de los feminismos frente a las izquierdas; o sea, los retos comunes y, particularmente, la legalización del aborto. Hay una estrategia que busca legalizarlo, pero sigue siendo un reto, dado que no se ha alcanzado una situación favorable para ello.

TANIA SÁNCHEZ. *Creo que en este punto tenemos mucho que aprender de lo que pasó en Argentina y en Bolivia. Hace tres años nosotras estábamos en el ajuste de nuestro Código Penal y dentro de él se acordó ampliar las causales para la penalización del aborto. En Bolivia, desde hace varios años tenemos aprobadas las tres causales para poder interrumpir un embarazo, y entonces se planteó la modificación del Código Penal y se promovió un debate muy fuerte en la sociedad sobre la interrupción*

voluntaria del embarazo. Se logró aprobar el Código Penal, pero dadas las movilizaciones incentivadas, en principio, por redes internacionales como la iglesia, se tuvo que retroceder y se abrogó lo que se había aprobado. Esto ocurrió a pesar de que en Bolivia hemos avanzado muchísimo en cuestiones como los anticonceptivos, y el proceso constituyente nos amplió muchísimo la carta de derechos y la opción de ir trabajando normativas. Por ejemplo, nosotras todavía no tenemos una ley de salud sexual y reproductiva, así que hemos visto que el avance de la sociedad no ha ido al mismo ritmo que el normativo. Esto tiene mucho que ver con la necesidad de posicionarnos, de definir qué desafiamos o cómo el feminismo se articula y con qué organismos, cómo hace las alianzas. Si bien el movimiento de mujeres en Bolivia ha hecho bien en ir incorporando propuestas legislativas, creo que hay que diferenciar cuáles movimientos han institucionalizado el feminismo, pero con una mirada individualista, liberal; con una mirada que no toma en cuenta la lectura específica de nuestra agenda, que no atiende las agendas sociales, de los colectivos y de los sindicatos que hacen parte de nuestras alianzas. El que no se haya trabajado esto a tiempo nos imposibilitó y nos hizo retroceder, pues teníamos, incluso, que haber fortalecido primero las alianzas internas, discutido esto.

En Argentina fue primero el movimiento Ni una Menos y esto trajo después la Marea Verde, posibilitando también la alianza entre diversos sectores que no estaban de acuerdo en todo, pero se plantearon objetivos comunes; y no sólo del movimiento de las mujeres, no sólo al interior de las alianzas de las cuales somos parte las feministas, porque las mujeres somos parte de las organizaciones y también parte de la sociedad, así que esto es un reto para el movimiento. ¿Cómo trabajar los feminismos populares para que no sean de elite, como ha ocurrido



en varios países, sino que sean parte de la lucha de todas: de la compañera que se levanta a las cuatro de la mañana porque tiene que ir al mercado, etc.? Y hay que pensar que ese trabajo es apropiado por un sistema capitalista que no le retribuye, por ejemplo, en términos de seguridad social; eso es hablar también de feminismos.

SOL MAGNO. Como saben, se aprobó finalmente, después de una lucha de muchos años, la ley de interrupción voluntaria del embarazo, exactamente el 29 de diciembre. ¿Cómo fue ese proceso? En Argentina ha tenido lugar una de las luchas feministas más antiguas; desde el 2005 se fundó la campaña por la seguridad al aborto, derecho y justicia, como un espacio de conjunción de mujeres de distintas organizaciones, de distintas procedencias, a fin de pelear por el derecho al aborto. El proyecto de ley se presentó a proceso parlamentario cada dos años desde 2005, y durante 15 años se presentó religiosamente con una campaña. Sin embargo, lo que permitió que se hiciera definitivo, lo que hizo que se pudiera aprobar la ley fue el neoliberalismo. En el año 2015, en el fin del gobierno de Cristina, se hizo la primera marcha de Ni una Menos en contra de los feminicidios; ahí el movimiento feminista se empezó a unir y se unió más cuando Macri perdió las elecciones. Las mujeres fueron las primeras que le hicieron un paro nacional, el 8 de marzo de 2016, pues si las mujeres dejan de trabajar, si dejan de hacer sus tareas, el país se para. El gobierno de Macri vio la ley del aborto como una forma de escapar de ese debate sobre las políticas en Argentina. Entonces decían: «Está bien, discútanlo, voy a abrir el debate», y se hizo y empezó a ver que el movimiento de mujeres tenía cada vez más presencia en la calle. Nos consta que después de eso apoyó fuertemente para que esa ley no se aprobara en 2017; ahora, en cambio, la ley se aprobó en la Cámara de Diputados y se rechazó en el Senado.

En todo ese proceso que duró desde la creación de la campaña, las jóvenes se fueron formando a la militancia política y nosotras siempre remarcamos que hubo un montón de políticas públicas hacia las mujeres, de los gobiernos de Néstor y Cristina, que hicieron que éstas se empoderaran para ir por más derechos. Desde la ley del día del género, la asignación universal por hijo, la ley de trabajadoras de casas particulares, las jubilaciones para amas de casa, esas fueron leyes que condujeron a que se pudiera discutir el aborto legal. Cristina, cuando era senadora, en 2017, durante sus dos presidencias, dijo que ella por su convicción religiosa no está de acuerdo con la ley de interrupción voluntaria del embarazo, pero en ese momento, en 2017, se dijo que lo que a ella le hizo cambiar de opinión fueron los millones de pibas muy jóvenes en la calle, que fue lo más llamativo y lo que más conmovió; todas ellas en la calle estaban exigiendo

un derecho, había que escucharlas y hacerles caso. Fue entonces cuando Cristina, a pesar de haber sido ocho años presidenta y doce años parte de un gobierno nacional, se animó a cambiar de ideas y dijo algo que a nosotras nos marcó hasta el año pasado que se aprobó: ella dijo que teníamos que ampliar nuestro proyecto político y convertirlo de un proyecto nacional, popular, democrático, a un proyecto feminista.

Con ese discurso nosotras militamos los siguientes cuatro años, porque no había compañero nuestro que estuviera en contra o que viniera a discutirnos el feminismo. Así llegamos a la campaña de 2019, donde directamente la fórmula de Alberto y Cristina tomó esa demanda como parte de su plataforma electoral y hubo promesa de Alberto de llevarla como proyecto de ley, junto con un montón de otras medidas que se tomaron en favor de las mujeres, como la creación de un Ministerio de género. Este gobierno entendió que eso era una demanda, algo que no podía tardar más; y por suerte en diciembre de 2020 pudimos aprobar la ley. Pero es muy importante que no cerremos nunca el feminismo o la idea de feminismo a una medida o a una ley. El feminismo no era el aborto; el aborto legal era una política pública que era necesaria para avanzar en la libertad y en la autodeterminación de las mujeres. Pero es un pedacito chiquitito, falta mucho aún, así que yo creo que tenemos muchos frentes abiertos; el aborto no es el único, aunque evidentemente es indispensable porque las mujeres se mueren, pero también necesitamos pensar el feminismo amplio como lo hacemos cada una de nosotras. Es necesario seguir pensando en políticas públicas desde el Estado. Nosotras siempre dijimos que no había forma que una ley de interrupción voluntaria del embarazo se apruebe en un gobierno neoliberal; pero si hubiéramos llegado con los votos, lo hubiéramos aprobado en 2017, pero Macri la iba a vetar o no la iba a reglamentar, incluso iba a complicar la aplicación. Sólo con un gobierno de izquierda, con un gobierno popular, podemos tener medidas de feminismo, porque el feminismo es justicia social y los únicos gobiernos que impulsan la justicia social son los gobiernos populares. Hay que tener muy presente eso, discutirlo, de modo que algo bueno que pasó en Argentina es que muchas mujeres se sumaron a la militancia política a través del feminismo y de la lucha por la legalización del aborto. Eso es una buena noticia, que el feminismo construya política y que se defienda un proyecto popular.

ANDREA ÁVILA. *Me haces recordar el seguimiento que dábamos en México a toda esta situación en Argentina, en 2017; ver a las niñas de los colegios a las que querían impedirles portar su pañuelo verde. El lenguaje incluyente fue importante; fue la primera vez que vi la fuerza que tomaba de forma natural hasta alcanzar un eco muy grande. A las mujeres*



jóvenes de México, al no tener esa explicación sobre por qué era necesario el lenguaje incluyente que sólo veían por cualquier medio en internet, les nacía decir que dicho lenguaje no era más que una moda o algo pasajero; pero meses después se acercaban y entendían que era la manifestación de que algo estaba cambiando, que algo estaba sucediendo, y que a través del lenguaje querían hacerse presentes. Yo veía todo esto con las mujeres jóvenes cerca de mí y me preguntaban muchas cosas a raíz de esta situación en Argentina. Veíamos los discursos que se daban en la Cámara y recuerdo que nos parecían de pronto ridículos los argumentos de los conservadores.

VERÓNICA GARCÍA. Debemos pensar estos movimientos como un proceso de largo aliento. Lo que sucedió en Argentina y su conquista histórica fue gracias a esta segunda oleada de progresismo, se dio después del macrismo; y en Bolivia después del golpe de Estado ejecutado por Jeanine Áñez. En un gobierno progresista hay actitud de democracia y eso permite organizarnos, tejer redes y, en este caso, conquistar derechos para las mujeres. En un gobierno de derecha, en cambio, jamás vamos a estar discutiendo una agenda feminista o la despenalización del aborto. A mí me impresionaba, el año pasado, la discusión a medianoche sobre la salud menstrual; a las doce de la noche los legisladores en México estaban discutiendo ese problema. ¿Cuándo íbamos a ver mayor apertura con el priismo y el panismo? Nunca. Ante esto hay que ejercer la crítica desde el feminismo y por eso es importante organizarnos, porque nosotras vemos el problema de raíz, el problema estructural, y además tenemos conciencia del plazo muy largo en que hemos llegado a la conquista de nuestros derechos y sabemos bien en qué momento es que partimos ahora. Hemos llegado a la repartición de las izquierdas, a un momento muy importante como mujeres en el partido, en el gobierno, pero no es fácil; es muy difícil sacudirse años de gobierno neoliberal, de un esquema de derechas en donde nos ninguneaban y ni siquiera había un gobierno paritario.

La paridad es una conquista de las mujeres que están acompañando este gobierno, estando ahora en lugares de elección popular y en cargos de gobierno importantes. La secretaria de Gobernación, Olga Sánchez Cordero, la secretaria de Trabajo, María Luisa Alcalde, una mujer de primera, como Nadine Gasman, y una mujer comunista, feminista, a cargo de la Tesorería, Elvira Concheiro. Esto muestra varios avances en este momento. En Argentina se ganó la batalla por la legalización del aborto gracias al acompañamiento del movimiento social y por su empuje junto con la reflexión académica y los tres pisos de gobierno. Si no hay esta complicidad y este trabajo en conjunto, no se llega a nada. Aquí de repente hay una crítica al Estado y a todo lo que suene a gobierno cuando no se tiene aquella

claridad, pero lo que hay que hacer es trabajo en conjunto, diferenciado, porque en Argentina, hasta las mujeres que no pertenecían al Estado, miraban en el Senado la despenalización del aborto.

En México estamos empujando este proceso como sociedad. Es muy importante el nivel del ejecutivo (desde el cual están entregando muchas ayudas sociales con las que las más beneficiadas son las mujeres indígenas, precarizadas, en condiciones mucho más vulnerables), pero por la parte judicial no hay un avance. Se están deteniendo los procesos en esas instancias. Entonces, ¿de qué manera transversalizamos esto, entre el movimiento feminista en las calles y su materialización en leyes concretas que posibiliten una transformación real? Por ejemplo, algunas cosas que han dicho en el Legislativo y ahí pierden visibilidad son la «ley Ingrid» y la «ley Olimpia» contra el ciberacoso, el registro que se dio en la Ciudad de México contra los abusadores sexuales, también la «ley tres de tres» para quien tenga antecedentes de acoso no llegue a ningún cargo de elección popular, el veto a misóginos, la ley de cuidados. Hace mucha falta pensar en esta vinculación entre los distintos pisos de gobierno y la justicia social, así como pensar de qué manera empezamos a reflexionar sobre la modificación y la necesidad de tener una reforma judicial que recientemente tuvieron las compañeras en Argentina. Es necesario presionar a los municipios y a los gobiernos estatales y ver de qué modo vamos alcanzando la justicia para las mujeres. Hace falta en el partido mucha formación política en el feminismo. Incluso, por ser mujeres feministas a veces somos criticadas dentro del mismo partido, pues creen que por una crítica estamos criticando al gobierno o al presidente y no es así. Es necesario ver que no está peleada una cosa con la otra. Creo que las conquistas para las mujeres son conquistas para construir una sociedad igualitaria y con derechos para todas las personas.

ANDREA ÁVILA. *Coincidimos en que la despenalización del aborto es un reto, sigue siendo una cuestión pendiente; por lo menos en México, tenemos muchos estados en la República en donde no se ha logrado. En torno a los derechos reproductivos y sexuales de las mujeres se nos está negando esa decisión. El asunto se ha repetido en varios espacios y siempre se piensan las condiciones en que las mujeres van a practicar un aborto. No nos dan el derecho a decidir y eso implica violencia de género, y este punto sigue siendo un pendiente de la agenda de la izquierda, declararse abiertamente contra la violencia de género. ¿Qué está haciendo la izquierda, por qué estamos hablando de esta situación pendiente?, ¿de qué tamaño es el reto que tenemos en contra de la violencia de género?*

TANIA SÁNCHEZ. Sí hemos avanzado. Yo vengo militando desde hace ventitantos años, desde



chiquita, sin saber qué era el feminismo. Eso nos ha pasado a muchas, y es real cuando decimos que somos las hijas, las nietas de las abuelas que estaban exigiendo el derecho al voto. La violencia machista es el efecto de un sistema inequitativo, depredador, que se ha hecho del trabajo de todas y de todos, de hombres y mujeres. Los gobiernos progresistas son los que tienen mayor oportunidad para generar condiciones para la justicia social, que es lo que queremos y lo que las feministas, desde distintas posiciones, también hemos construido.

El feminismo tiene una agenda que ha ido impulsando con dificultades, de modo muy complejo, articulando con instrumentos internacionales y, con ello, obligando de algún modo también a los gobiernos, buscando que nos pongan atención en algún momento. Pero eso se ha transformado. La irrupción de gobiernos progresistas, Cristina, Evo, Lula, Correa, etc., planteó una nueva forma de articular y abrir espacios en los que nosotras hemos ido aprendiendo en la construcción de estos feminismos populares, porque al final la participación política de las mujeres todavía es limitada, pues hay organizaciones donde el 80 por ciento son mujeres y los liderazgos son hombres; eso es parte de una construcción social que hace que las mujeres piensen: «yo no voy a ser capaz, no voy a poder hacerlo». Deconstruir eso es la tarea y el reto. Muchos de nuestros Estados han avanzado en términos de políticas públicas de igualdad y equidad durante los gobiernos neoliberales, sobre todo porque éstos estaban fundados en derechos individuales y agendas sectorializadas. Esos gobiernos neoliberales han contribuido, pero han generado posiciones en las que se afirma en qué debemos las mujeres ocuparnos de hablar, como la salud y la violencia; éstos son los asuntos de las mujeres, se piensa, saber de salud reproductiva y cuidados. Pero eso no es así, nosotras como parte de un todo, de nuestros gobiernos, peleamos por nuestra democracia, por nuestro modelo económico, por la distribución social, de la justicia, de la política... Somos parte de todo el aparato estatal, así que nos corresponde que haya condiciones mínimas para que podamos participar. En este sentido, los gobiernos progresistas tienen una mayor responsabilidad porque también estos debates tienen que darse al interior. Muchas veces se nos ha planteado el «después»: primero el bienestar común y después lo de ustedes. Pero nosotras también somos parte de ese común y esas cosas hay que discutir las. Ahora una gran ventaja es que hay voluntad política expresa y no meramente discursiva. Lo que está pasando en México, Argentina o Bolivia no es gratuito; hay detrás un movimiento social diverso de mujeres que cada vez más incorporan nuestros asuntos a la agenda pública; asuntos que no son sólo nuestros, sino de todas y de todos, como el de la interrupción legal del embarazo, que no es sólo de las mujeres sino de salud pública. O la

violencia de género en todas sus expresiones, cuyas causas son muchas veces económicas.

Hay que ir articulando, fortaleciendo y debatiendo entre nosotras y con los demás al interior de nuestras organizaciones. Creo en el fortalecimiento de las organizaciones desde la crítica constructiva, planteándonos que somos parte de otros colectivos y que queremos participar y construir esa patria grande, pero eso no será posible si nos siguen mirando sólo como un sector.

ANDREA ÁVILA. Ése es el reto: la organización. Si estamos hablando de que el feminismo es una lucha, entonces es importante aclarar cómo hacemos frente a esta cuestión. ¿Cómo nos estamos organizando las mujeres habiendo encontrado toda una nueva forma de responder a la nueva situación? Hoy se conoce el término colectiva, y he empezado a conocer a muchas mujeres que se han vuelto mis amigas no por ser mujeres o coincidir en un punto personal, sino porque coincidimos en una ideología y estamos inmersas en la lucha contra la violencia de género. Ésa es la raíz de todo.

SOL MAGNO. Tenemos nuevos desafíos, el primero de los cuales es que el feminismo ingresa por primera vez a las organizaciones políticas de masa y con mucha fuerza. Entre los nuevos desafíos que tenemos todas nosotras, en primer lugar y el más urgente es que el feminismo viene a cambiarlo todo. Nosotras decimos que en Argentina, como en el resto de América Latina, tenemos un problema enorme con los feminicidios brutales; en el último mes, hubo por lo menos dos feminicidios en los que la víctima había hecho no una denuncia ni dos, sino diez veces, y la justicia no respondió. En ese sentido, nosotras estamos trabajando una reforma feminista que es necesaria y urgente, porque mueren mujeres en el camino. Eso implica un problema con la justicia. Esto no quiere decir que seamos punitivistas y que pensemos que la violencia se acabará metiendo a todos los hombres a la cárcel. El problema es cultural, pero mientras tanto necesitamos que a las mujeres no se les mate más y para ello tiene que haber una justicia que funcione. En América Latina estamos conviviendo con instituciones de los siglos XVIII y XIX que, además, no son buenas. Bolivia y Venezuela son un buen ejemplo de países que cambiaron sus constituciones y buenos ejemplos que tenemos sobre cómo pensar un cambio de gobiernos que nos fueron importados de países europeos, los cuales muchas veces no tienen nada que ver ni cultural ni económicamente con nosotros. La reforma judicial feminista es indispensable para llevar el feminismo a la justicia.

Ahora quiero resaltar una cuestión que me parece muy importante: la violencia política dentro de las organizaciones, lo cual es algo que tenemos que



trabajar unidas. Esto sí lo hemos hablado mucho nosotras. No puede haber violencia dentro de organizaciones que buscan la igualdad. Nosotras, en Argentina, incluimos dentro de nuestro marco de ley la violencia en contra de las mujeres; e incluso se incluyó la violencia política el año pasado. Lo que estamos trabajando ahora son los protocolos de las organizaciones para tratar los casos de violencia de género, y buscamos incluir también la violencia política para que tengamos organizaciones que nos traten bien. No puede ser que para las compañeras sea un sufrimiento militar políticamente, queremos militar con alegría y con libertad. Todas lo sabemos, estoy segura de que todas lo saben, que a veces parece que tenemos que pasar distintos retos de violencia dentro de las propias organizaciones que son de izquierda y populares, supuestamente buscadoras de la igualdad. Ésa es una transformación que tenemos que hacer nosotras desde adentro. Es por eso que me quedo con la necesidad de la reforma judicial feminista, la inclusión de la violencia política de los Estados y de los partidos políticos. Es importante dar juntas ésta y todas las luchas, desde la patria grande tenemos muchas similitudes y creo que va a ser mucho más fructífero si lo trabajamos juntas. Es por eso que invito, ya que estamos en esto, al INFP de Morena a que nos ayude a armar esta plataforma que tenemos, con el fin de empezar a pensar desde lo técnico y lo intelectual qué reformas necesitamos y qué más necesita la justicia en nuestros países. Como vimos en los últimos años la justicia fue utilizada por el neoliberalismo para el avance de los gobiernos de derecha; es muy conocido lo que ocurrió en Ecuador o Bolivia, con Añez y el golpe. No puede ser que los protagonistas estén libres y como si nada después de un golpe de Estado. Hay algo que tenemos que transformar entre todas y todos, y que tiene que ser con perspectiva de género y con una mirada feminista.

ANDREA ÁVILA. En México, en Sonora, mujeres que vivían cerca de una mina que excavaba cada vez más cerca de sus hogares, se organizaron porque consideraron que no era justo y sí muy riesgoso; se asesoraron y consiguieron un amparo para que la mina detuviera los trabajos. Esas mujeres se organizaron no para defender una causa como mujeres, se organizaron para defender una causa como sociedad, que beneficiara a sus esposos, a sus hijos y a todas las familias que vivían en la zona. En ese sentido, si hablamos de organización, las mujeres estamos organizándonos porque tenemos cosas que decir y una perspectiva para las políticas públicas. Si mejoramos como mujeres mejoramos como sociedad; es decir, es un camino integral, pero si no tenemos las condiciones de seguridad para organizarnos, entonces cómo vamos a tener la participación segura en las políticas públicas. Es tan importante nuestra participación, como importante es la organización. A los hombres se

les ha permitido por siglos la participación política en partidos, es algo como adherido a ellos. Pero cuando hablamos de mujeres, prácticamente surge la crítica desde el primer momento: si la mujer sabe hablar, si conoce de la cuestión, si está preparada, si tiene un liderazgo previo, si es lideresa en su comunidad. Se le analiza en todo sentido. Se exige que tengamos ciertas cualidades para aceptar que tengamos participación en el ámbito de la política.

Qué pasa, sin embargo, cuando estamos dentro de los partidos políticos hablando de la cuestión de violencia de género. No podemos acceder a estos lugares de toma de decisión porque no estamos inmersas en una situación favorable. Toda la organización a nivel estatal o federal es hostil porque implica una situación de poder y los hombres están tan acostumbrados a eso que no están dispuestos a cederlo; no están, en principio, cómodos, cuando la que va tomar de inicio la decisión es una mujer. Es una situación cultural que, a final de cuentas, es sobre la que estamos avanzando, contra toda esta situación ideológica que nos está afectando socialmente. Esto es parte del reto pendiente que tenemos en cuanto a la violencia de género. ¿Qué está haciendo la izquierda favorablemente para ir en contra de esta violencia?

VERÓNICA GARCÍA. Hay muchos retos que, además, nos agarran ahora en plena pandemia. Ha aumentado el índice de violencia contra las mujeres en el actual contexto de estar en casa, ejerciendo jornadas triples o cuádruples de trabajo. Se trata de la institucionalización del trabajo doméstico, no sólo en México, sino en todo el mundo; el trabajo de los cuidados, en donde recae todo el peso sobre las mujeres. Todo esto se acentúa en este contexto, al que se suma un desempleo muy importante en el país y la precarización económica sobre las mujeres. Es por esto que digo que nos tocó el mejor gobierno que hemos tenido en la historia de nuestro país en uno de los peores momentos históricos del mundo.

Todo esto ha evidenciado los retos que tenemos pendientes dentro del partido y del gobierno, y también muestra que hay cosas que han terminado por ser conquistadas en espacios sociales. Ahora, por ejemplo, por primera vez estamos dialogando sobre un tema de feminismo y contra la violencia de género; incluso está la propuesta de un protocolo para los mismos militantes, pues ¿de qué forma tenemos seguridad, certeza, de con quién estamos militando en la izquierda? Porque el patriarcado y el capitalismo oprimen lo mismo a hombres que a mujeres. Muchas veces no nos damos cuenta del nivel de violencia que estamos reproduciendo o el nivel de violencia que algunos reproducen contra los distintos cuerpos y los distintos ámbitos, es por eso que es importante pensar que en este feminismo interseccional, en esta postura de clase, de género, incluso de lo geográfico, nosotras, como colectiva, como militantes de un partido, hemos



puesto sobre la mesa la necesidad de descentralizar los espacios, pero es necesario pensar de qué forma se está hablando, pues muchas veces se hace desde una realidad de ciudadinas, con privilegios. Y es así como queremos entablar un diálogo con las mujeres chiapanecas o presionamos a las mujeres empresarias del norte del país. Es importante ver que todos estos son distintos retos que nosotras sí estamos reflexionando, entre los que están, además, la necesidad de que nuestros compañeros se despatriarcalicen y rompan con el llamado pacto patriarcal, ese pacto de impunidad, esa reproducción de la violencia machista en lo interno. A esto se suma incorporar a todas las instancias de gobierno y a la parte judicial. ¿En qué momento destrabamos el proceso jurídico de las compañeras que sufrieron acoso, violación, que fueron víctimas de violencia física? Muchas veces no se puede avanzar porque hay ese pacto de silencio y de impunidad, que muchas veces funciona muy bien si no eres mujer con reflector o con un espacio de poder.

Como gobierno, entonces, tenemos que operativizar y hacer mucho más visible esta cuestión. Hay muchas compañeras que están dándolo todo, que han hecho muchos avances y muchos cambios a nivel ejecutivo y legislativo, pero que están invisibilizadas. Es por eso que vemos que en las marchas se dice que la 4T no es feminista, que Andrés Manuel no es feminista. Y aunque no lo sea, sí es un gran aliado, y la 4T está haciendo grandes avances que no están siendo visibles. Es necesario pensar cómo descentralizamos y cómo logramos que la 4T llegue a todo el país, a todo el territorio, a lugares mucho más rurales; pensar de qué modo desurbanizamos estas políticas públicas. En la Ciudad de México, por ejemplo, ya hace muchos años que se despenalizó el aborto y se normaliza; también hay matrimonios igualitarios, se aplicó la «ley trans». Pero es urgente que trabajemos en conjunto y entablemos un trabajo organizativo, colectivo, incluyente con las mujeres de todos los estados, en los lugares más recónditos. Es el reto de escucharnos, de entablar canales de comunicación importantes en los que estén representadas las mujeres más vulnerables. La 4T tiene avances importantes en materia de género; y es mucho lo que nos falta, principalmente apuntalar la organización entre todos los niveles de gobierno.

ANDREA ÁVILA. Es muy importante la presencia de mujeres militando, porque le damos la perspectiva de mujeres a toda la cuestión de izquierda; sin este punto de vista estaría incompleto. Hablando de esto y para continuar en el punto, hablemos de feminismos frente a las derechas. ¿Se puede ser feminista de derecha?

TANIA SÁNCHEZ. Pienso que no, aunque sí hay movimientos que se asumen feministas y se han ido

funcionalizando. El liberalismo global ha sido el que ha dado mayor acceso a ejercicios de derechos individuales, pero este proceso que ha abierto, también ha dividido y le ha quitado contenido político al feminismo. El feminismo no plantea el hecho de las mujeres por mujeres, creo que es importante plantearlo y tratar de cuestionar relaciones de poder inequitativo donde lamentablemente somos las mujeres las que tenemos menos oportunidades. Creo, en todo caso, que hay un feminismo liberal, aunque para mí no es posible una feminista que sea, por ejemplo, a su vez provida; hay movimientos feministas que lo son y están en contra de la despenalización del aborto. Para mí, ni aquí ni en Marte.

Lo que nos diferencia son posturas ideológicas, el hacia dónde vamos; o sea, no puede haber un feminismo que no busque la justicia social, pero hay feminismos que te plantean primero derechos individuales. Sin embargo, si nos fijamos, mucho de lo que el movimiento de mujeres ha ido planteando son, efectivamente, derechos individuales, pero la diferencia es que esos se circunscriben en el marco de una comunidad, de lo comunitario, no interpellando un orden dado. Por eso es importante decir que luchamos contra un sistema patriarcal que promueve discriminación y opresión de los seres humanos, y que hay grupos que están privilegiados y son prioritariamente los hombres, quienes desde esa mirada eurocéntrica, colonial, del hombre blanco, letrado, detentan poder y lo vemos desde lo cotidiano hasta en los noticieros cuando notamos quién da los datos del tiempo y quién las noticias. En un comercial televisivo, por ejemplo, tú no escuchas a un hombre diciendo «éste es el mejor producto para lavar vajillas». Esto debemos cuestionar. En fin, personalmente creo que no hay feministas liberales, pero en la región se siguen instrumentalizando también las luchas nuestras y hay compañeras que se asumen feministas liberales y que tienen también una agenda; en algunas cuestiones se coincide, pero desde otra mirada política. Es parte de lo que hay que cuestionarnos.

ANDREA ÁVILA. Sin duda hay que cuestionarnos, tenemos que analizar esta invasión conservadora. Debemos hablar del papel de los medios en la producción de los estereotipos de género, en los roles. En la actualidad, el feminismo, además, ha tenido que vérselas hasta con los medios de comunicación.

SOL MAGNO. El sistema patriarcal es el que sostiene al capitalismo neoliberal, así que partiendo de ahí nos damos cuenta de que todas las corporaciones, mediáticas judiciales o económicas transnacionales, son parte de ese sistema y de lo que estamos combatiendo. No existe un feminismo de derecha liberal. Hay una apropiación de nuestras banderas, de modo que creo que el feminismo es popular o



no es feminismo; es justicia social o no es feminismo. Hay que tener mucho cuidado, porque esa apropiación ha ocurrido con dos de las demandas masivas de los dos últimos años, que son el feminismo y el ambientalismo, que han sido apropiadas por el neoliberalismo básicamente para seguir teniendo el poder. En Argentina conocemos mucho de apropiación: durante diez años tuvimos un gobierno neoliberal que se decía peronista dentro del partido; se suponía que era de izquierda y popular. Pero no se trata de los nombres, sino del sentido que le damos y de su concepto.

En cuanto a los medios de comunicación, nosotros claramente pusimos en el Senado, y ojalá se apruebe, una ley de paridad en los medios públicos de comunicación, porque en Argentina prendes la televisión a las 8 o 9 de la noche, la hora de los programas políticos y programas de opinión, y todos —como decimos acá— bajándote línea, diciéndote cómo son las cosas porque ellos siempre saben cómo son las cosas. Todos son hombres. Imagino que eso ocurre en todos los países. Incluso, ahora que el feminismo tomó las calles y tiene tanta fuerza popular, también son ellos los que hablan de feminismo y te quieren explicar cómo es. Afortunadamente nosotros, en América Latina, tenemos muchísimos medios de comunicación comunitarios que tienen otra perspectiva y objetivos, pero las corporaciones de los medios de comunicación hoy están al servicio del neoliberalismo y por lo tanto del patriarcado, así que lo reproducen; de modo que es un espacio en donde tenemos que combatir y en el que hay muchas compañeras (periodistas, productoras) que están trabajando en ese sentido. En Argentina, por ejemplo, editoras y productoras se armaron una productora feminista superinteresante, pues muestran otras formas de ver las cosas. Hay, también, periodistas que son impulsoras del Ni una Menos y del movimiento feminista; también las actrices, incluso la colectiva de actrices en Argentina tuvo mucha importancia en la legalización del aborto. Sólo con organización vamos a combatir estas cosas.

Cuando en los últimos años la crisis del neoliberalismo se hizo más evidente, se empezó a expandir esto que nosotros llamamos la posverdad, las *fake news*, mismas que reproducen los medios de comunicación al tratar de sostener en el poder a los de siempre a partir de mentiras. Esto es cada vez más evidente. Pero subestiman a los pueblos pensando que son tontos y eso quedó muy claro en Argentina, ya que después de cuatro años con Macri, con todos los medios de comunicación a su favor, perdió de cualquier manera las elecciones; lo mismo en Bolivia con Evo, donde después de un golpe de Estado y de haber silenciado a todos los medios de comunicación para convertirlos en funcionales al gobierno golpista, aun así, cuando el pueblo tuvo que decidir (sabios nuestros pueblos,

que se reconocen en su historia), no lograron engañarlo. Tenemos que seguir dando la batalla. En Argentina perdimos en algún momento la disputa comunicacional, pues cuando tuvimos una ley audiovisual que establecía una comunicación mucho más horizontal, más repartida, menos monopólica, fue volteada y declarada inconstitucional por los medios, que constituyen otro poder que hay que combatir. Lo que nos quedó como saldo de esa ley de comunicación audiovisual es que cuando uno agarra los diarios de las corporaciones, como *Clarín* o *La Nación*, la gente les cree fácilmente. Pero hoy hasta el más de derecha desconfía y eso es un logro; hay que ir por mucho más.

ANDREA ÁVILA. La cuestión de las fake news y del fake-minismo se ha vuelto algo contra lo que hay que luchar: esos sectores que se visten de feminismo pero que todos sabemos que traen una posición totalmente diferente a la justicia social, porque si no fuera así, serían coherentes con otras ideologías o puntos de vista que también defienden el feminismo. Pero esos sectores no, sólo se dirigen contra situaciones particulares, es decir, hay mujeres que no están a favor de la despenalización del aborto, pero sí van a la marcha y sí hacen actividad contra el gobierno. Es una actitud golpista que toma falsamente la bandera del feminismo. ¿Qué implica esto? ¿Cómo se posicionan contra las fake news y el falso feminismo?

VERÓNICA GARCÍA. Es complicado cuando pasa un 8M en el que se calientan las calles y hay un descontrol impresionante, como nunca lo habíamos visto, muchísimas jóvenes marchando. En este contexto, los partidos de oposición tomaron esta bandera como si fuera la suya, pero como lo decían Rosa Luxemburgo o Emma Goldman: «quien es feminista y no es de izquierda, carece de estrategia; y si es de izquierda y no es feminista, carece de profundidad». Eso lo vemos todo el tiempo; por ejemplo, con Lily Téllez, quien se sube y dice que está a favor de la no violencia, que está a favor de las mujeres y vota en contra de la despenalización. O el PRI, que me impresionó con ese comercial que dice que es el partido más feminista de México.

Me gustaría problematizar todo esto en dos sentidos: el *fake-minismo* y el feminismo liberal que ha permeado en la sociedad. Hay que señalar las características y las condiciones sociales en las que vivimos como latinoamericanas, como mujeres mexicanas, como mujeres diversas; a partir de ello entiendo que hay ciertos feminismos distintos con los que no compaginamos, que son más liberales, mucho más blanqueados, más colonizados, y que están reproduciendo estas estrategias de lucha poco adecuadas a nuestra época y a nuestra condición histórica y social. Yo no invalido ciertas posiciones, porque me parece que la acción directa es totalmente legítima cuando hay una bandera



y un objetivo que lograr; pero la derecha no tiene objetivos, por eso no hay feminismo en ella, lo que hay es un uso discursivo para golpear en plena campaña preelectoral. A mí me impresiona cómo la industria comercial se apropia de nuestras banderas y las va reproduciendo y tergiversando. Es entonces cuando vemos una marca de tenis con un eslogan feminista, ropa de marca y hasta venta de capuchas chilenas.

Por todo eso es importante señalar que hay una postura histórica y una ideológica, y visibilizar el tipo de feminismo que queremos nosotras construir como mujeres. A mí también me parece que es necesario fortalecer la estrategia comunicativa, porque de lo contrario viene la derecha y se monta, criticando y diciendo que es superfeminista; o viene Adela Micha y manipula imágenes. Es así como se construye esta posverdad de la que hablaban, y se dice falsamente que hay un gobierno represor que no establece diálogo, ocultando que por primera vez estamos en un gobierno en el que podemos hablar sin ningún tipo de miedo. Yo sí recuerdo cómo, en las primeras manifestaciones por Ayotzinapa, daba un pavor acudir a ellas porque sabías que había detenciones arbitrarias y uso de la fuerza. Ahora lo que hay, en cambio, es un movimiento tendencioso para boicotear, por eso en el momento en que se están votando las leyes es cuando a esos sectores se les cae el discurso. Más allá de estos grupos, sin embargo, no hay que negar la existencia de distintos feminismos, sino ver de qué modo acompañamos y de qué modo entablamos diálogo entre feminismos latinoamericanos, fortaleciendo una agenda internacionalista como latinoamericanas con causas y conquistas en común.

ANDREA ÁVILA. Pienso que este tipo de espacios son justo para definir en qué acciones coincidimos en diversos puntos de América Latina, así como conocer los avances en un camino que es largo. Es necesario que nos reconozcamos entre nosotras, que sepamos quién está haciendo qué en otra región del país y de otros países; qué se está haciendo, cómo nos realimentamos, cómo nos organizamos para ayudar, para difundir la información; todo eso para que se socialice lo referente al movimiento feminista. Es importante que las nuevas generaciones tengan como punto de partida la información, pues es muy fácil que algunas mujeres o incluso hombres se llamen a sí mismos feministas, pero cuando ya hay que votar cosas a favor de los derechos de las mujeres se les cae el discurso. En eso deberíamos estar atentas todas, para ver cuál es la diferencia entre el discurso y las acciones de los personajes y de las posiciones de poder.

TANIA SÁNCHEZ. Hay una arremetida contra los gobiernos democráticos en la región y nosotras también somos parte de esos gobiernos, de la discusión,

de la crítica y autocrítica; es importante fortalecer nuestras luchas a nivel regional, no solamente en nuestros países. Sigamos construyendo patria grande, sigamos construyendo despatriarcalización.

SOL MAGNO. Tenemos un origen común y creo que también el futuro, de modo que nuestra patria grande será feminista, estoy segura de ello.

VERÓNICA GARCÍA. Se va a profundizar la lucha feminista. Estoy plenamente segura de que la Cuarta Transformación será feminista. Hay que seguir trabajando arduamente por nuestros procesos, para lograr muchas más conquistas para las mujeres y lograr un espacio de justicia y equidad social. 





Convergencias entre las demandas de las mujeres y el proyecto de la 4T. Análisis de coyuntura

Tania Arroyo, Daniela Campero, Violeta Vázquez-Rojas y Yazmín Ugalde

YAZMÍN UGALDE. ¿Qué decir de la coyuntura actual? Hemos tenido en estos días una serie de jornadas que hemos denominado Feminismos a la izquierda y en las cuales abordamos distintos temas. Es importante hablar de los retos pendientes que tiene la Cuarta Transformación precisamente con la lucha de las mujeres, la lucha del feminismo. Es decir, hay ciertas demandas desde las mujeres con las cuales el proyecto de la Cuarta Transformación tendría que analizar si converge con ellas.

TANIA ARROYO. La convergencia es una cuestión complejísima, sobre todo cuando estamos obligadas a hablar de feminismos. Esto implica un enorme reto en términos de identificar con claridad hacia dónde camina este gran impulso que han tenido los feminismos a partir de 2015. En el contexto de Morena es igualmente difícil identificar una ruta común, porque los feminismos de alguna manera se van articulando a partir de las especificidades que tienen cada uno de los grupos. Sabemos que el feminismo está atravesado por cuestiones de clase, de raza, de localidad. Es un asunto muy complicado y existe un gran reto dentro de Morena para lograr articular una agenda común, pero ésta es, creo, la ruta por la que se debe transitar. A nivel mundial, nacional, local, a nivel de Morena, a nivel del gobierno federal, el feminismo atraviesa transversalmente todo. La Cuarta Transformación no podrá avanzar si no incorpora, dentro del tronco y como eje central de su agenda, al feminismo. El gran reto que tenemos es articular una agenda común, pero ¿cómo hacerlo?

VIOLETA VÁZQUEZ-ROJAS. Gracias al INFP por la invitación a hablar de este tema tan urgente. Coincido

con el hecho de que en este momento todo mundo tiene la obligación de pensar la agenda política del feminismo, pero creo que quienes tienen una responsabilidad mayor aquí somos las que militamos dentro de Morena, porque es aquí donde las cosas no son tan sencillas. Es una agenda obligada y una convicción política de muchísimas de nosotras y probablemente de la mayoría de nosotras.

Hay que hablar del elefante en la sala. Tenemos una resistencia dentro del partido, dentro de la Cuarta Transformación en general y tenemos una resistencia en el presidente.; aunque me parece que esta resistencia suya es discursiva, no en los hechos. Yo no creo, en absoluto, que López Obrador como presidente de México sea un obstáculo para el feminismo; pero sí creo que discursivamente es muy reacio a aceptarse como feminista y a aceptar la agenda como prioritaria, lo que genera una inercia y una resistencia contra la que las mujeres y feministas dentro de Morena han estado batallando de manera encomiable en los últimos años y especialmente en los últimos meses. Entonces, ¿cómo hacer que empaten las agendas? A mí me parece que por principio no son incompatibles. La Cuarta Transformación tiene ciertas políticas muy visibles, que son muy concordantes con las demandas feministas, con los derechos de las mujeres. Se pueden ubicar estas políticas importantes en cuatro rubros: el primero es la política de paridad, que es la más visible. Nunca hemos tenido un gabinete tan paritario como ahora y hay que recalcarlo; nunca se había logrado tal paridad en las legislaturas. Esto es histórico y creo que es un avance real, no hay que regatearlo. La segunda política importante, y por importante quiero decir que es una política crucial en la que tiene que haber mucha más exigencia, es la política contra la violencia en contra de las mujeres. Aquí me parece que ha habido buena voluntad política por parte de algunos actores, pero no necesariamente buenos resultados,



y habría que ver por qué. Creo que nuestro deber es enfocarnos en el papel de las fiscalías, en el poder judicial, en el papel de los estados y de los municipios en procurar justicia. Hay ciertas demandas que no necesariamente se deben llevar a la misma ventanilla, sino que hay demandas específicas que hay que hacer en los municipios (que es donde las mujeres sufren su cotidiana violencia) y en los estados. La tercera política es la del derecho al aborto legal. Éste es un tema espinoso y siempre será una bandera de la lucha feminista, pero que se va a enfrentar a inercias sociales y políticas en este sexenio. Pero no las veo insalvables, sino como una batalla que con mucho debate público se va a ganar; no ahora, pero eventualmente, así que hay que seguirla dando. Lo último tiene que ver con las políticas sociales, que no están discursivamente encaminadas a beneficiar a las mujeres, por lo menos no a todas, como los apoyos a madres solteras. Hay otras políticas que no son exclusivas para las mujeres, pero que en los hechos benefician más a éstas que a los hombres, y es otra de las cosas que hay que reconocer. Por ejemplo, de las becas Benito Juárez las beneficiadas son más mujeres que hombres, igualmente en Sembrando Vida y Jóvenes Construyendo el Futuro. Como dice Grecia Benavides: «el apoyo a adultos mayores, para muchas mujeres, es el primer ingreso de su vida». Entonces cómo eso no va a ser una diferencia cualitativa enorme en el reconocimiento a los derechos de las mujeres. El problema es que no tenemos un presidente que articule discursivamente estas políticas. Quizá eso es parte de nuestro trabajo, tratar de empatar un discurso que no necesariamente reconoce los derechos de las mujeres como prioritarios, aunque sí los reconozca en los hechos, con las demandas de un movimiento legítimo que no considero en absoluto que se oponga a la Cuarta Transformación, sino que es un movimiento que debe acompañarla.

YAZMÍN UGALDE. Es un asunto interesante el de la perspectiva de género al interior de nuestro movimiento, de nuestro partido, cuestión que va más allá de la paridad. No basta con la participación de las mujeres, sino que falta hacer una política más transversal. También está el asunto de las políticas públicas que si bien el presidente no enmarca en un discurso feminista, en la praxis denotan una posición favorable hacia las mujeres. Daniela, ¿qué nos puedes decir al respecto?

DANIELA CAMPERO. Pareciera que el único gobierno que tiene estos problemas es el de Morena, pero hay que entender que ha habido otros gobiernos progresistas en América Latina para los que no siempre fue fácil el feminismo. Por ejemplo, Cristina Fernández de Kirchner, en Argentina, quien tuvo una política clara sobre los derechos de las mujeres pero no pudo llevar a cabo el derecho al aborto, de modo que tuvo que realizarlo otro gobierno. Tampoco en Bolivia, con Evo Morales, la lucha feminista fue prioritaria; lo mismo con Rafael Correa, en Ecuador. En este sentido, no es que AMLO por sí mismo, la 4T o Morena, sean los únicos que no ven la obiedad de todos los problemas del feminismo. Pareciera que los únicos que estamos ciegos somos nosotros y que este es el único gobierno que no quiere avanzar, pero no es así. Si no hay memoria histórica, de pronto nos podemos confundir mucho y permitir que cosas atroces ocurran, como que compañeros de derecha se autodenominen feministas y en este momento salgan a decir infinidad de cosas al respecto.

Me parece que la 4T no está lejos de lo que el feminismo quiere. Una de sus grandes luchas es contra la desigualdad y la corrupción, y hay que considerar que las mujeres somos las personas que sufrimos más desigualdad y quienes somos víctimas de esta corrupción cuando, por ejemplo, no tenemos un sistema judicial que nos apoye en lo mínimo. Entiendo que la violencia no empezó con la Cuarta Transformación, pero discursivamente nos estamos quedando cortos en esa parte. Si bien en las acciones se están haciendo muchas cosas, en el debate público, en las mañaneras, día a día, y con las decisiones que de pronto toma el partido, pareciera que se está diciendo una cosa y se realiza otra.

Una de las grandes cosas que reconozco y aplaudo son estos espacios en los que podamos decir las cosas que no están bien dentro del partido, es decir, que hagamos el esfuerzo de estar siempre hablando de lo que no nos parece. Creo que AMLO y el partido se equivocan mucho en su forma de comunicar. Yo de pronto me cuestiono: ¿quién es el enemigo adentro que lleva la comunicación social para decir tantas cosas tan fuertes y sin sentido? Estoy convencida, sin embargo, de que no puede existir una transformación sin nosotras y que la bandera que enarbola la 4T básicamente nos afecta a las mujeres. Al final es solamente cuestión de



percibirlo. De pronto el presidente no quiere ver todo en lo que coincidimos, simplemente a razón de que pareciera que el feminismo se concibe como algo individual, cuando son muchas cosas las que lo atraviesan. Siempre hemos dicho que no somos iguales, y yo creo que en realidad no lo somos y hay muchas acciones que lo demuestran; pero también es cierto que a razón de que no somos iguales se le debe exigir más al presidente, al gobierno y al partido, porque no podemos esperar sus tiempos para articular cosas. Éste es el momento del cambio y si no asumen que los feminismos y todas las mujeres somos parte de él, será un problema.

YAZMÍN UGALDE. Algo muy importante es que uno de los combates más fuertes que ha llevado a cabo este gobierno ha sido no sólo contra la corrupción, sino también contra las desigualdades. En un sistema desigual, en todos los casos, la mujer es la que está en peores condiciones; combatir la corrupción, en consecuencia, ya implica automáticamente un cierto beneficio para ellas. Tania, ¿te gustaría decir algo con respecto a lo que decía Daniela sobre lo ocurrido en otros gobiernos progresistas?

TANIA ARROYO. Ha sido un gran reto para los gobiernos progresistas de América Latina incorporar la agenda feminista. Sin embargo, creo que hay batallas muy importantes, como en Argentina, en donde se está avanzando a pasos agigantados en relación con otras experiencias. Hay que voltear a ver lo que sucede ahí, pues nos permite el análisis en términos comparativos de este triángulo que siempre se piensa entre gobierno, movimiento social y partidos políticos. Lo que sucedió en Argentina es que se articularon las tres partes, pues se armonizó una agenda y a través de esta gran articulación se logró una demanda muy concreta que es la legalización del aborto.

Eso es lo que a mí me preocupa en el caso de México. Vemos un movimiento feminista que está sustentado mucho en el clamor de justicia, en esta fuerte reacción de la rabia, la ira, que se expresa en términos simbólicos de manera muy fuerte en las manifestaciones que hemos visto estos últimos años. Pero más allá de lo legítimo de ello, creo que hay que reflexionar en cómo logramos que la agenda feminista avance, contemplar que si no nos articulamos con otras instituciones y con otras entidades, esta agenda no va avanzar. No podemos quedarnos en el gritar, en el destruir, en el expresar esta rabia y esta ira que, sobre todo en las jóvenes, se ve claramente expresada. No podemos quedarnos ahí, tenemos que ir más allá, y para lograr esos avances tenemos que ver la manera de articular. Por eso hablaba de la importancia de construir una agenda nacional que atraviese, que construya vasos comunicantes entre el movimiento social y Morena, y que a su vez logre articular una agenda muy

concreta que sea viable a través de las instancias pertinentes, en términos legales.

A mí me da lo mismo si el presidente se asume como feminista o no. Él está haciendo lo que tiene que hacer (cosa que me parece fundamental), que es atender las necesidades más urgentes de las mayorías que han estado abandonadas durante años. A partir de ahí, se recuperan y se está dando cumplimiento a una serie de necesidades que vienen expresando las mujeres desde hace muchísimos años. Entiendo que en el feminismo una de las grandes batallas que se da es a nivel discursivo, pues la lucha por la palabra es fundamental, pero también tenemos que atender y recuperar la experiencia de los movimientos sociales, ya que en el caso de América Latina éstos se quedan en meros movimientos y no son capaces de subir estas demandas. Ahora tenemos una oportunidad única, con un gobierno de derecha no lo vamos a lograr jamás. Vemos ahora a Felipe Calderón que se asume como feminista, pero cuando estuvo en el gobierno jamás retomó esa agenda, sino todo lo contrario, y en el asunto de los feminicidios ni siquiera tenemos estadísticas ni números de las víctimas que dejó la guerra contra el narco.

Actualmente estamos en condiciones distintas, de modo que los movimientos feministas tienen que reconocer que ahora es un momento en que se puede salir a las calles, derribar muros, pintar, destruir y tener expresiones artísticas, porque están dadas las condiciones para esto. Pero más allá de ello se tiene que avanzar e ir subiendo estas demandas a través de la construcción de una agenda muy clara, muy específica. Para mí, la legalización del aborto es una demanda concreta que se puede lograr, si bien vivimos en una sociedad conservadora en donde la resistencia a la legalización del aborto no sólo proviene de los hombres, de los políticos, sino también de las mujeres, de las ciudadanas de a pie; incluso las legisladoras actuales que ocupan escaños tienen una postura distinta. Lo que hay que hacer es trabajar en una transformación cultural, construir espacios de discusión que viabilicen el logro de una demanda fundamental, en donde haya experiencias contundentes. Yo creo que ahí es necesario construir esos puentes entre movimiento, partido y gobierno. Si no logramos hacer esta vinculación el movimiento se quedará como movimiento y vamos a desaprovechar una oportunidad histórica para viabilizar y avanzar en el cumplimiento de la agenda feminista.

YAZMÍN UGALDE. Estamos en un espacio, la Cuarta Transformación, que permite la articulación del movimiento feminista con nuestro partido y con el gobierno. Tal vez aquí venga a cuento lo que mencionábamos respecto a la paridad de género. No basta con que haya mujeres al interior del gobierno, con que la mitad de los cargos estén ocupados por mujeres; no basta con que las mujeres participen



en un movimiento de transformación, sino que es necesario que sean ellas quienes integran estos espacios y quienes empujen una agenda feminista. En este sentido, ¿hay una agenda tal dentro de la Cuarta Transformación y el partido? ¿Este movimiento feminista con tanta rabia la tendrá?

VIOLETA VÁZQUEZ-ROJAS. Es difícil no estar de acuerdo con la propuesta de articular al partido con los movimientos feministas, incluso con los movimientos que están afuera de él, porque me parece que es urgente y posible. Pero al mismo tiempo me preocupa que tengamos resistencias muy fuertes adentro y afuera. Hay muchos movimientos feministas que no quieren tener nada que ver con el sistema de partidos en general, pero específicamente con Morena, y eso es lo que me preocupa. ¿Por qué se está dando esta ruptura con algunos feminismos? Aunque no todos, pues un importante movimiento feminista está dentro del partido. ¿Cómo hacer para no alienar esa relación? Sobre todo, ¿qué es lo que la está alienando? Yo creo que hay que pensar no sólo qué se puede hacer, porque ahí no se me ocurren muchas cosas, pero me parece importante voltear a ver a los movimientos más pequeños de los estados. Por ejemplo, las chicas de Quintana Roo que dieron una batalla histórica y lograron que se descongelara la discusión sobre la despenalización del aborto en su Congreso, y aunque hayan perdido la votación el logro enorme fue que se votó, pues hay iniciativas que se quedan congeladas y ni siquiera pasan al pleno. Ellas lograron que se votara e incluso lograron desenmascarar que hay legisladores de nuestro partido que votaron en contra. Por un lado se entiende, porque el partido es muy plural y al reconocer esta pluralidad (y con esto no quiero decir que tenemos enemigos dentro) caemos en cuenta que es un movimiento amplísimo, representativo de la sociedad mexicana, que también es variopinta y conservadora. Entonces tenemos gente conservadora al interior del partido y creo que una de las cosas que hay que pensar es qué debemos evitar y contra qué inercias es que tenemos que pelear y qué tipo de cosas hay que sortear para lograr esa articulación. Es urgente la articulación, pero la pregunta es cómo, cuáles son los cómo y, sobre todo, qué cosas no hay que hacer y contra quién vamos a tener que dar esas batallas.

YAZMÍN UGALDE. *En este sentido el movimiento feminista puede picar dentro, al interior de la gente. La mirada de la izquierda tiene que estar impregnada del feminismo (y precisamente por eso la jornada que ha propuesto el INFP en el marco de la conmemoración del 8M ha sido denominada Feminismos hacia la Izquierda). Habrá quien esté desde su escritorio y desde luego que ahí también se da la lucha; no solamente el feminismo está en los movimientos, en las calles, hay que escuchar a esos sectores, pero hay*

que cambiar de raíz. Algo que ha promovido el Movimiento de Regeneración Nacional ha sido, precisamente, la revolución de las conciencias. Ahí está, en la conciencia de la ciudadanía, el patriarcado que nos tiene sumergidas en este asunto.

DANIELA CAMPERO. ¿Qué es lo que busca el partido? Porque de pronto pareciera que el lugar de donde emergen todos los males es el presidente y no es así. Yo también creo que esta idea del caudillismo, de la figura, y que él es todo, está mal y no debemos de reproducirla. Tenemos que ver que hay cosas que no podemos cambiar del presidente, para no enojarnos al escuchar las Mañaneras hay que asumir que él es así, pero mientras las cosas cambien con las políticas que implementa vamos bien. El partido no puede ser omiso ante cosas pavorosas que suceden en su interior. Una cosa es el presidente y sus limitaciones y otra cosa es Morena. Cuando éramos movimiento se decía que al convertirnos en partido habría desmovilización porque entonces ya no se vale la crítica, pero es al revés. Yo creo que, al ser partido, el movimiento debe criticar y señalar lo que se está haciendo mal, como la candidatura en Guerrero, que los estatutos del partido no tendrían que haber permitido. La 4T está haciendo paridad de género y muchas cosas que no se hacían antes, pero también da bofetadas a las mujeres. Nosotros hemos votado por algo diferente, sabíamos que sería difícil y reconozco a las mujeres que dentro del partido han levantado la voz para denunciar lo que está mal. Como movimiento no debemos desarticularnos, pues éste es el momento para que la agenda feminista avance. No todo es blanco y negro con la 4T, hay cosas que se están haciendo bien y hay otras con las que podemos no estar de acuerdo y está bien señalarlo; no debemos quitar el dedo del renglón en esa parte. El movimiento feminista es algo en lo que debemos estar ahí todo el tiempo.

TANIA ARROYO. Me surge la inquietud de diferenciar entre el partido y el gobierno federal, que son instancias distintas y funcionan de manera distinta. La derecha se aprovecha de esta falta de claridad y se habla de Morena y del presidente como si fueran la misma cosa; pero aunque haya una influencia, no es como el PRI cuando partido y gobierno eran una misma cosa. Ésta es una diferencia muy importante que nosotros desde la izquierda debemos tener clara. No caigamos en el error de ver una línea directa entre partido y gobierno federal; son cosas distintas, instancias distintas.

Morena es un partido relativamente nuevo, pero nace de un movimiento; su lógica de construcción es particular. Es toda una ola de movilización social que se decanta en la vía institucional hasta consolidarse como un partido político. Otro elemento muy importante que hay que tener presente es que en el funcionamiento como partido hay una crítica



que me parece muy saludable, una capacidad de autocrítica a la que tenemos que seguir abonando; en el caso de la agenda feminista es nuestra responsabilidad. Tenemos muchos personajes que vienen de otros partidos políticos, que se han incorporado a Morena, y ellos reproducen las mismas viejas prácticas a las que estaban acostumbrados, es decir, a funcionar bajo la lógica de cuotas de poder en las que un personaje controla determinado grupo y toma las decisiones jerárquicamente. El movimiento tiene que desmontar estas políticas para que finalmente podamos seguir renovando el partido; esa es una tarea muy importante por la que las mujeres, desde el nivel local hasta el nacional, no podemos dejar de pugnar: transformar las mentalidades en las que no cabe una agenda feminista y donde no caben otras formas de hacer política. No podemos permitir que eso siga sucediendo dentro del partido. Lo digo a propósito de Salgado Macedonio, pues hubo una crítica al interior del partido que se expuso claramente: «no estamos de acuerdo en que las cosas sucedan de esa manera». Eso a mí me parece muy saludable y no sucede en otros partidos, pues en ellos todo se hace a nivel de pugnas políticas. En Morena, desde las bases, desde el movimiento y desde el feminismo se está dando un posicionamiento muy claro que visibiliza que esto no está bien, que a pesar de que todos somos Morena esto no debería hacerse dentro de un partido que se propone transformar el país; pero que no podrá transformarlo si no reformula las prácticas políticas y si no incorpora la práctica política desde el feminismo, donde nosotras las mujeres hacemos las cosas de una manera muy diferente. El partido sigue funcionando con estructuras y viejas formas políticas. Ése es el gran reto que tenemos en estas dos grandes esferas: por un lado, el gobierno federal; por el otro, Morena. Para mí es muy saludable que se dé esta crítica, pues justo ahí se expresa la potencia del movimiento, al hacer críticas abiertas y fuertes dentro del partido, eso hace que sea posible seguir siendo parte de Morena y señalar lo que no está bien hecho. Hay que seguir visibilizando, aunque de la impresión de que se pierde la batalla.

YAZMÍN UGALDE. La batalla no es contra las personas, es contra las prácticas políticas, en este caso las que atraviesen el género o el feminismo. Hay rescatar lo que está haciendo Morena y este nuevo gobierno, es decir, este nuevo espacio, y digo espacio en términos históricos, en tanto momento que está realizando algo inédito. Iremos construyendo al andar, podremos no tener la varita mágica, no tener trazado el camino, la ruta, sobre todo en este asunto que es tan complejo, pero lo que sí hay son espacios donde se puede empezar a construir y donde será obligación de todas empujarlos, no solamente desde el gobierno ni solamente desde la Presidencia de la República. Podemos rebasar el discurso del presidente y hacer válidas

las agendas feministas. Creo que hay condiciones para hacerlo, más allá de si quiere o no quiere el presidente; eso es la Cuarta Transformación. Tal vez no se ha comprendido, tal vez siguen siendo los medios de comunicación los que quieren hacernos ver que Morena es igual a los otros partidos. ¿Qué otro partido organiza foros sobre feminismo? ¿Esos que se estén diciendo feministas? No vemos ningún otro instituto político debatiendo esta cuestión. Los otros partidos sólo salen y utilizan los medios de comunicación para fijar posturas, pero no se meten al debate, no hay ideas, no tienen ni propuesta de proyecto político, menos agenda feminista.

En este sentido, qué opinan del modo en que se ha comportado la derecha y los medios de comunicación. El neoliberalismo y el capitalismo desde hace mucho han lucrado con el feminismo. Nos han vendido algunos espacios para felicitar por el 8 de marzo, pero son formas de lucrar con estas luchas. ¿Qué piensan?

VIOLETA VÁZQUEZ-ROJAS. Es cierto que hay que diferenciar el partido del gobierno federal, sobre todo por la necesidad de reforzar a Morena en los estados y municipios, porque de pronto los aspirantes a representantes parecen ser gente que viene a reproducir las lógicas de los antiguos partidos y viene aquí por pura ambición. Ése es un ángulo que hay que cuidar muchísimo, pues ahí es donde se cometen los errores graves y es el motivo por el que se aleja la gente y las mujeres que en sus localidades están tratando de construir un movimiento por sus derechos. Es muy importante fortalecer el partido en esos niveles.

Últimamente estoy muy impactada con el hecho de que no hay otros partidos haciendo estos foros feministas. Es una muestra de cuando la preocupación es *fake* y cuando es auténtica. A mí me preocupa, sin embargo, cuando pienso en la posverdad que están manejando; por ejemplo, el hecho de que no se pueda criticar la violencia feminista porque entonces eres de derecha. En las redes me ha tocado que me dicen que «quemar gente está mal», cuando para mí es algo del sentido común más básico. Resulta que eres de derecha si dices eso. ¿Por qué se está tratando de hacer eso sentido común? Me alarma, porque es una manera de retorcer la verdad que ya a nadie le parece perversa y de pronto veo a mucha gente cayendo en eso, incluso de izquierda. No entiendo muy bien cómo está sucediendo ese retorcimiento, pero noto el manejo que le está dando la derecha. Existen lo que Jason Stanley llama batallas semánticas, que es una parte de la batalla cultural en donde el significado de las cosas es cambiado y resulta ahora que significan lo contrario, como, por ejemplo, el racismo inverso. Uno denuncia el racismo y se replica con que eso es racismo inverso, de modo que resulta que lo que significaba racismo ya no significa eso. Esto está pasando ahora con la violencia, que resulta que no es violencia. Este



tipo de cosas me parece que son muy peligrosas y hay que estar muy pendiente de no dejar escalar la apología de la violencia. Nosotros llevamos la penitencia de ser un partido porque nos resistimos a ser un movimiento violento, porque López Obrador no optó por recurrir a ella, aunque respeta esa manera de transformar las sociedades; éste fue siempre un movimiento pacífico y me parece extraño que ahora nos acusen de ser de derecha por rechazar la violencia. Estas batallas se tienen que seguir dando en el discurso cotidiano.

DANIELA CAMPERO. Yo quiero hacer hincapié en esto: no existe un feminismo de derecha por más que lo quieran vender de ese modo. La prueba de ello está en todas las acciones que se ven a diario. No solamente nos descalifican, ejercen acción sobre nosotras los gobiernos de derecha. Ahí están las pruebas. Y no creamos que porque nosotras criticamos nos convertimos en gente de derecha. También es importante decir que las transformaciones no surgen de lo individual, como se nos quiere hacer pensar, surgen de los movimientos sociales.

Quiero insistir en esta otra parte. No podemos no articularnos, no podemos quedarnos fuera del partido, del movimiento; no podemos decir que nosotras no queremos entrar porque este es el momento de entrarle, de incidir realmente en lo que podemos ganar como mujeres en este gobierno. A lo mejor no alcanzamos los grandes proyectos ni las grandes conquistas, pero seguramente vamos a alcanzar mucho más que en todos los gobiernos anteriores, y esto es algo que debemos reconocerle a este gobierno. No es lo mismo AMLO que el partido; qué bueno que así sea. Le podremos reclamar muchas cosas a Obrador, pero él no es el partido, no es el único que llevó a México a tener un gobierno de izquierda por primera vez en tantos años. Entonces no dejemos que esto, que se nos dice en los medios de comunicación, intentando poner el feminismo y la 4T en confrontación todo el tiempo, sea lo que se nos deje como mensaje a las mujeres, porque no es así y en el día a día podemos verlo: compañeras que reciben apoyos, la paridad de género en el gobierno, que Morena lo hizo posible antes de que fuera fuerza y que ahora es ley.

Yo sí quiero reconocer todo lo que se está haciendo bien, pero también insistir en que esto no es cosa de una sola persona, sino asunto del movimiento. Siempre hay que reconocer que los cambios están en el movimiento y que no debemos, por el enojo, llegar al punto de querernos salir de Morena, de llamar a votar por otro partido, porque ya hemos padecido lo que es estar bajo esos gobiernos. Es cierto, de pronto hay cosas que como ciudadana no puedo entender del proceso. A veces parece que se trata sólo de palabras, pero el discurso es importante y lo que no se nombra no existe y las descalificaciones se quedan en el colectivo social. El

feminismo no es un movimiento que esté fuera de Morena, sino que estamos muy dentro, prueba de ello es este espacio donde se nos permite alzar la voz y se nos escucha. En otros partidos no existen. En este momento ponemos el dedo en unas personas, pero no son representativos de Morena, es cuestión de voltear a otros lados y ver que hay cosas que nos distinguen del resto.

No es Morena el problema, no es AMLO, no es la izquierda. Nos hace falta escucharnos entre nosotras, no cerrarnos creyendo que estamos unos contra otros y colocarnos en esta posición donde todo es blanco o negro, porque ahí es donde perdemos y ya no nos escuchamos pensando que somos contrarios. La vida y la política tienen claroscuros y podemos tener desacuerdos sin llegar a la cerrazón, sin construir polos irreconciliables en los que estás de acuerdo o en desacuerdo totalmente.

TANIA ARROYO. Desde el feminismo tenemos muy claro que no es posible un feminismo de derecha, incluso es reiterativo hablar de feminismo de la izquierda. Es algo que nosotros tenemos claro, pero hace falta explicitar las razones por las cuales no puede haber coincidencias entre la agenda de derecha y la feminista. Es muy sencillo ir a los supuestos que dan sustento a los partidos políticos de derecha y no encontraremos ninguna coincidencia. Lo que me parece grave, y ahí no se ha puesto mucho énfasis, es la cuestión de los financiamientos, porque hay colectivos “feministas”, asociaciones civiles que no lo son en realidad, sino que están recibiendo financiamiento de diversas instancias para coordinar no una agenda feminista, sino un discurso opositor al gobierno federal. Entonces hay una tarea pendiente de investigación, porque siguiendo el dinero se llega al origen y al interés político que realmente tienen estos organismos falsamente feministas. Hay que dejar claro que esto no pretende deslegitimar al movimiento feminista y a otros colectivos con intereses auténticos. Esto no solamente se reproduce en un discurso mediático, en estos personajes que se asumen como feministas cuando se la han pasado objetivizando a la mujer, cuando la han cosificado y menospreciado sus clamores de justicia. Es el colmo del cinismo. Hay financiamientos para ciertas organizaciones que se encargan de abonar a la provocación para evidenciar al gobierno como represor; ésa es su verdadera agenda.

Hay que tener cuidado, además, con el «Señor presidente, yo le demando», porque estas formas reproducen el patriarcado. No le pidamos cosas al presidente, hay que arrebatarle cosas al Estado; es posible presentar iniciativas. Hay que tener claro que la Cuarta Transformación no es AMLO, es un movimiento social, plural, diverso, que si bien no tiene articulada la agenda feminista, ésta está ahí y hay que potenciarla, ya que las condiciones políticas actuales dan para avanzar en ella. ◉





Armadura de Cortés, Mayo Monero

ANTONIO HELGUERA
(1965-2021)



67

IN MEMORIAM



